





Los SUPER-BÁRBAROS

John BRUNNER



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



John Brunner

LOS SUPER-BÁRBAROS

Título original: *The Super Barbarians*
John Brunner, 1962
Traducción: Fernando M. Sesén

I

Es sorprendente lo de prisa que puede crecer una leyenda bajo las condiciones adecuadas. Cincuenta años desde el armisticio; no más que veinticinco desde que el Gran Dogal comenzara a aflojarse un poco; apenas diez desde que de mala gana se les concedieron derechos a los terrestres en Qalavarra. Y sin embargo, la actuación se balanceaba de manera automática en la mente: Terrestre en Qalavarra, igual al fabuloso Acre de la Tierra.

Pero yo había estado en Qalavarra la mayor parte de siete meses y nunca había puesto los ojos en el Acre ni siquiera había puesto un pie dentro de él. Casi comenzaba a creer que el renombrado barrio de la ciudad en donde los terrestres hacían lo que les venía en gana era sólo una leyenda. De todas maneras, la idea de su existencia era muy dura de digerir, y cuando la Sud-dama Shavarri me dio la dirección, las instrucciones y el soborno, sentí que mi corazón me daba un vuelco. Una vez. Muy pesadamente. Tanto que esperé que del sobresalto me sintiera desmayado unos momentos. Porque la dirección a la que me enviaba —cuatro números mal escritos en un pedacito de papel— caía en medio del Acre.

Me di cuenta de que la dirección estaba escrita en numeracos desaliñados. En realidad más parecían copiados, dibujados probablemente de algún original impreso. La Subdama Shavarri era la novena en la serie de las esposas de mi amo y como tal no estaba obligada socialmente a poseer relamida cultura; su educación no incluía tales refinamientos como el saber leer y escribir, con toda probabilidad y si sabia los incluyó en el pasado; ella no había tenido ocasión de poner en práctica esos conocimientos. Hasta ahora la había clasificado como otra de las ocupantes del serrallo, la más joven y —para mis ojos terrestres— la más linda.

Y ahora me estaba entregando cinco platinos, casi el salario de un mes, y diciéndome que corriera al Acre con un mensaje en apariencia sin sentido. Fue una sorpresa. Sin embargo, oculté mis pensamientos y dije tan sólo:

—Como su sub-señoría ordene.

Hablé en vorriano de alta casta, naturalmente; la traducción está hecha tan literal como me es posible. Ninguna lengua moderna de la Tierra tiene las inflexiones del vorriano formal, como las escalas de precedencia que me obligaban a dirigirme a ella en vocativo femenino, caso de inferior a superior, de varón a hembra.

Ella dio media vuelta a su cabeza lo que equivalía a un gesto para que me fuera y comencé a retroceder hacia la puerta. Ya casi la franqueaba cuando me dijo:

—¡Date prisa!

—¡Tan deprisa como pueda! —respondí.

Ella había entrecerrado sus dorados ojos y se había movido una fracción en el lujoso montón de pieles en donde estaba sentada.

—Eres extraño —dijo con brusquedad—. ¿Por qué sois siempre tan precavidos?

Al usar ella el plural inferior comprendí que se refería en general a todos los terrestres, no a mí en particular.

—¿Precavido, vuestra sub-señoría? —repliqué con precaución.

—¡Sí! Y dejando aparte que tú no eres de mi séquito, sino del de mi hermana-esposa —el vorriano tenía una sola palabra para designar tan extraño parentesco, claro— de haberme dicho cualquier otro asistente "tan de prisa como pueda" en vez de "en seguida" le hubiera hecho decapitar.

—Quizás nuestras circunstancias actúales nos han enseñado que debemos contar siempre con lo imprevisto —sugerí, sintiéndome muy incómodo.

—Pero tú siempre pareces saber qué es lo que estás haciendo y que lo haces de manera... conturbadora —musitó Shavarri—. No importa; vete en seguida. *¡Recuerda, tan deprisa como puedas!*

Turbado por sus observaciones, me fui. Era claro que había subestimado a la novena esposa de mi amo. Otra cosa me confundía todavía más: la cuestión de qué clase de asuntos en Acre valdrían para Shavarri los cinco platinos. A menos que ella no tuviera noción del valor del dinero y que me lo hubiese dado simplemente porque era lo que tenía a mano para un trabajo que valdría una propina de doce rhodias, a lo sumo.

Claro que, como ella dijo, yo no era de su séquito sino que servía a su superior —esposa-hermana— la llamada Super-Dama Llaq, decana de las esposas de mi amo. En teoría eso me daba una situación especial; en la realidad, como Shavarri sabía con certeza, encontraría yo más fácil obedecer órdenes también de las esposas menores. Rehusar me habría hecho la vida insoportable. Las ocupantes del serrallo eran expertas en la puñalada por la espalda y en las mezquinas persecuciones. Un rumor poco amable decía que las intrigas de serrallo constituían la razón principal para que los nobles vorrianos prefiriesen pasar la mayor parte de su tiempo lejos del hogar.

Pronto, sin embargo, me sentí demasiado excitado para seguir preocupándome más. Volví a mirar la dirección que ella me había dado mientras me apresuraba a dirigirme a mis habitaciones en la planta de los sótanos. Las direcciones en el centro de la ciudad consistían en un número clave de cuatro partes, indicando la primera cifra la calle norte-sur, la segunda la calle este-oeste, la tercera el edificio de la manzana y la cuarta el piso, bien fuera a nivel superior al del suelo o a nivel interior. No, no me había equivocado. El Acre de la Tierra decíase que se extendía entre el 658 y 664 norte-sur, y entre el 122 y 129 este-oeste. Suponiendo que Shavarri no se hubiera equivocado al copiarla, aquella dirección adonde tenía yo que ir estaba en el 660 y 127 justo clavado en el centro del Acre.

Tan de prisa como pude me coloque una capa de calle y ajusté mi escudo al brazo izquierdo. Le llamaban escudo, pero era meramente un adorno;

consistía en un disco da cuarenta y cinco centímetros de diámetro con las armas de la Casa de Pwill, que los servidores utilizaban fuera de su propio territorio para identificarse y demostrar que iban en misión de servicio por cuenta de sus amos. La mayoría de las grandes casas eran en extremo sanguinarias; la Casa de Pwill no constituía una excepción y en sus escudos se veía la imagen de una espada atravesando un corazón sangrante.

Estaba a punto de meter los cinco platinos que me había dado Shavarri en mi cofre particular, cuando se me ocurrió que quizás ella no tenia intención de que todo aquel dinero del soborno fuese para mi y que quizás a quien iba yo a ver requiriere el pago de sus servicios, por consiguiente, me guardé en el bolsillo cuatro de las pesadas y blancas monedas y salí a la puerta principal para registrar mi salida.

El portero, un hombre mayor llamado Swallo, era ya para entonces casi amigo mío. Yo me veía obligado a tener menos contacto con él que con los demás miembros de la casa y quizás por tal motivo no parecía compartir los celos reflejos de los demás hacia mí. Me saludó con una sonrisa que era el normal y horrible retorcimiento de su boca en una de las comisuras; fue herido por uno de nuestros rayos destructores durante la Batalla de la Cuarta Orbita, poco antes del armisticio. Pero no tenía por eso ningún rencor personal.

Utilizando las formas de igual a igual, me dijo:

—¿Te tomas tu día libre, camarero?

Hice un gesto negativo.

—Voy a un recado para la Sub-dama Shavarri —dije—. ¿Quieres comprobarlo con ella antes de anotarme en el libro de salidas?

Miró el reloj que tenía a su lado en la pared del pequeño despacho y tomó una estilo para grabar un asiento de salida en el registro que estaba abierto ante mí.

—No es necesario —dijo—. ¡Pero cuidado con la hora! El y la Super-dama deben de volver dentro de una hora, al ponerse el sol y será mejor que estés aquí cuando lleguen. De todas maneras, ¿dónde vas?

Dudé.

—Al Acre —respondí por último.

—¿De veras? ¿De verdad vas allí? Bueno, no quiero meterme en camisa de once varas, pero quizás debiera preguntarte si llevarás el escudo cuando llegues allí.

—Creo... que sí —repuse parpadeando.

Se encogió de hombros.

—Bueno, que tengas suerte. Supongo que sabrás lo que te haces.

Anotó algo en el registro y lo cerró de golpe. Salí por la puerta, ceñudo él. Esa manifestación era bastante peculiar, máxime viniendo de una persona tan poco complicada como Dwano.

* * *

Desde mi llegada a Qalavarra yo no había tenido contacto, prácticamente, con ningún otro terrestre. Era el único empleado en la casa de Pwill y de no haberse tomado interés por mí la Super-darna Llaq yo no habría llegado hasta aquel mundo. Pero antes de salir de la patria había oído que en el Acre los terrestres ahora hacían poco mas o menos lo que les venia en gana. Y que, se murmuraba, que mis paisanos no aprobaban a los terrestres de mis características; es decir, al servicio de alguna de las grandes casas.

Aparté a un lado mis aprensiones mentales. ¿Qué sabría Swallo de todo aquello? Seguramente en el Acre no impedirían a un terrestre solventar sus asuntos sólo porque llevara escudo.

Además, ¿cómo iban a poder impedírselo?

Una vez franqueada la imponente puerta, seguí el camino de escoria fundida entre los setos verde-parduscos, hacia la carretera principal. En los campos de la izquierda el ganado pastaba sujeto por las orejas perforadas, con sus burdos abrigos grises; a la derecha en donde crecían las cosechas en espesas y ordenadas filas de cereales, los labradores arrendatarios de la casa de Pwill sembraban algunas parcelas. Eran hombres pequeños y mujeres también pequeñas, musculosos que cantaban con voces fantásticas para mantener el ritmo de trabajo. Traté de captar el tema de la canción, pero usaban el dialecto común abreviado de la localidad y era tan distinto del lenguaje formal de las clases superiores que todo lo que pude pescar era algo sobre la grandeza de los Vorra que habían llegado hasta conquistar las estrellas del firmamento.

En un punto en el que el camino se unía a la carretera general me detuve y miré en derredor. Hoy el aire era excepcionalmente claro y bajo el alto sol podía divisar el emplazamiento de la ciudad en el fondo del valle, redondo como un tazón. Incluso podía ver el brillo de la luz en la cúpula de cristal de la Casa de Shugurra, la mayor de todas las grandes casas, a unos buenos treinta y siete kilómetros de distancia, Llaq me llevó una vez allí en la visita anual dictada por alguna costumbre que yo desconocía por completo: puesto que el nombre de la casa significaba literalmente "hachas sin filo", presumí que todavía quedaba algo del ceremonial amistoso en muchas de las costumbres vorrianas desde los días en que la guerra civil entre las casas era una cosa normal y corriente.

Llevaba un minuto o cosa así de espera cuando oí el zumbido del motor del autobús impulsado por energía solar, al acercarse por la carretera general. Extendí mi brazo izquierdo para mostrar el dibujo de mi escudo y el conductor se detuvo para recogerme y permitirme la subida a bordo del vehículo Había sólo otros cuatro pasajeros —dos particulares, de apariencia nada próspera y dos criados que llevaban las armas de la Casa de Shugurra, un cráneo hendido sobre campo negro. Eran todos vorrianos: por lo que ocupé el asiento más trasero, como correspondía a un terrestre.

El conductor con la mano jugueteando sobre el botón de la máquina de cargar las tarifas del viaje y que llevaba grabados los emblemas que

adornaban mi escudo, me llamó:

—¿En viaje de servicios para tu Casa?

—Y a nombre de la sub-dama Shavarri —confirmé.

Gruñó, pulsó el botón para que el importe del recorrido quedara automáticamente cargado a la cuenta de mi amo, y puso en marcha el autobús.

Cuando los arrabales de la ciudad propia comenzaron a estar cerca de la carretera, me sentí agobiado por un agudo presentimiento, cuya naturaleza me era imposible conjeturar. Miré a las aceras para ver si veía a otros terrestres; esperaba en cada parada que subiera a bordo alguien de mi propio planeta a quien poder estrechar la mano y con quien hablar mi lengua terrestre. La fuerza del deseo me sorprendió. Me había estado creyendo perfectamente resignado para pasar sin compañía terrestre hasta que expirara mi contrato de dos años.

Pero no vi ningún terrestre en absoluto, aun cuando el autobús atravesó el 640 Norte-Sur y nos hallábamos ya a distancia de paseo del Acre. Para entonces, mi excitación dejó paso a una especie de cinismo. Después de todo, aquellos rumores acerca del Acre de la Tierra eran ridículos y con toda seguridad exagerados por los deseos y las ansias reprimidas. Con toda probabilidad lo que mayormente encontraría sería una especie de ghetto o judería.

No obstante, sería maravilloso sí.

II

Traté de mirar el asunto de manera objetiva. Éramos una raza sumisa y derrotada. Ahí estaba el punto crucial. No importaba cuanto tratásemos de disfrazar la desagradable verdad de nosotros mismos... fingiendo que la guerra entre la Tierra y Qalavarra había sido una especie de ensayo, ni por referirnos al fin de ella como un armisticio en lugar de la conquista como la llamaban los vorrianos... era preciso hacer frente a los hechos eventuales.

Yo era quince años demasiado joven para acordarme de la guerra, pero sabía bien lo fuerte que el Gran Dogal apretaba cuando yo tenía diez o quince años. Claro, estudié la guerra —versión oficial— en el colegio había tenido ocasiones en abundancia de hablar con los ancianos y con los que lucharon en ellas. Además, desde mi venida a Qalavarra yo había logrado reunir el punto de vista vorriano de la batalla más importante —la Batalla de la Cuarta Orbita — gracias a mis conversaciones con el portero Swallo.

Toda clase de cosas sutiles me recordaban nuestra derrota. Por ejemplo, nosotros mismos llamamos ahora aquella Batalla, la de la Cuarta Orbita en lugar de su título original terráqueo, la Batalla de la Esfera Marciana. Los vorrianos, naturalmente, designaban a los planetas solares por números, no por nombres.

No siendo un físico del súper espacio, yo nada sabia de la razón por qué las batallas de aquella guerra habían tenido lugar en tan bien definidos volúmenes del espacio excepto las frases repetidas incesantemente que constituían las lecciones de historia: tenia algo que ver con las relaciones armónicas keplerianas en la vecindad de los soles lo que imposibilitaba que una gran cantidad de naves saliesen de manera simultánea al espacio real excepto a distancias toscas de los planetas representados por las órbitas de los astros mayores. Siendo y sintiendo ansiedad por tomar la máxima posible ventaja de este hecho, ellos poseían impulsión subespacial y nosotros, no, por eso las fuerzas vorrianas siempre concentraban sus ataques en los puntos vulnerables de llegada.

En su espacio era meramente una hipótesis para los físicos de la Tierra cuando ocurrió la matanza de los vorrianos. Nuestras naves marchaban en torno al sistema con motores iónicos y de algún modo con la errática forma inversa de la gravedad por la que la inercia negativa permitía velocidades muy próximas a la de la luz, pero que hacía estallar las naves a veces inesperadamente. Aun más raro, pudimos encontrar uno de nuestros pocos puntos de consuelo en ese asunto. La primera vez que abordé el sujeto de la guerra con él, Swallo me lo mencionó sin que yo tuviese que hacerle preguntas ni apremiarle.

A pesar de la brecha en apariencia desastrosa que la técnica entre nuestras naves y las de los vorrianos había abierto, logramos obtener un análisis del cerebro electrónico de sus sistemas de ataque y descubrimos esta relación

entre distancias planetarias y los puntos de emergencia. Así cuando la Gran Flota apareció en la Cuarta Orbita los estábamos esperando y logramos alcanzarles, además, efectivamente. Claro que nos sobrepasaban en número y nuestra arma principal era el rayo destructor con un alcance d« apenas cincuenta mil kilómetros; no obstante, gracias a llegar allí primero y ser capaces de aventajar la desventaja mecánica que sufría el equipo electrónico tras haberse sumergido en subespacio, destruimos casi un seis por ciento de sus fuerzas totales antes de vernos arrollados. Por otra parte, perdimos el ochenta y cinco por ciento de nuestros efectivos y no teníamos nada con que reemplazarlos, mientras que los vorrianos, sí.

Se descubrió que eran luchadores lógicos; que se aplicaban al asunto con toda su potencia hasta salir de él, y mientras estaban preparados para hacer de la Tierra un planeta ampliamente desierto si insistíamos, se dieron cuenta de que sería un mal negocio. Así, actuando bajo el principio de que quien pelea y lucha...

Claro que nunca lograron apaciguarnos por completo. Pero tras quince o veinte años de sabotajes, de resistencia clandestina, de asesinatos y de otros golpes en donde dolía, llegamos a una tolerancia mutua tácita. En el lado vorriano esto quedaba templado por una especie de asombro. Me sorprendió enterarme de tal cosa, pero no me quedaba lugar a dudas, porque lo averigüé directamente de mi amo, Pwill, de la Casa de Pwill mismo.

En conversaciones, los de Vorra nos turbaban. Una de las cosas se relajaron basta el punto que en donde los terrestres recibíamos derechos menores en la propia Qalavarra, tuvimos oportunidades en abundancia para estudiar su sociedad, y lo que nos sorprendió fue que era prácticamente feudal. Toda la potencia residía en las grandes casas, que combinaban en sí mismas las funciones de las naciones, grupos étnicos y corporaciones comerciales. Había unas sesenta de estas casas, cuyas sedes estaban en el continente temperado meridional, pero cuya influencia era algo más que planetaria. En cualquier temporada quizás media docena de los sesenta compartían una ascendencia sobre el resto. Corrientemente la Casa de los Shugurra era la más poderosa de todas, pero la Casa de los Pwill podía en su momento deshacer el equilibrio si las cosas así lo requerían. Por eso era por lo que Pwill, de la Casa de Pwill vino a la Tierra como teniente gobernador para un período de cinco años, llevando consigo a la mitad de su ejército particular, a los tres cuartos de su flota espacial, a un enorme séquito de criados y a sus cuatro esposas decanas.

Para nuestra mayor confusión, Pwill decidió a su llegada que quería un tutor terrestre para su heredero, el hijo mayor. Me eligieron a mí por una confluencia peculiar de motivos. Yo era cinco centímetros más alto, podía correr, nadar, luchar y sobrepasar en pensamiento al heredero aparente de Pwill. Y lo que más importaba, por coincidencia, yo tenía el doble de edad de la del muchacho el día en que me contrataron, hasta el mismísimo día. Para Pwill, eso era muy /importante.

Poco a poco descubrí que Pwill creía que podía encontrar sobre la Tierra el secreto de hacer de su casa la fuerza dominante en Qalavarra; por eso se había dedicado al peligroso juego de ausentarse de Casa durante cinco años. Quería que su heredero viese las cosas del mismo modo, pero aquel joven bastardo (en sentido figurado; las nobles familias vorrianas se aseguraban muy bien de que su heredero fuese legítimo) prefería pasar el tiempo peleándose, jugando y corriendo tras las mujeres. Así que no logré enseñarle mucho.

Sin embargo Llaq me tomó cariño. Cuando llegó el momento de que la familia regresase a Qalavarra, ella me pidió que me uniese a su séquito personal durante un par de años.

Yo no podía engañarme a mí mismo diciéndome que era del calibre de los independientes que habían conseguido ir a Qalavarra porque tenían personales habilidades que vender. Aquella constituía mi única posibilidad concebible de hacer un viaje que todo el mundo deseaba. Así que acepté.

¿Qué era lo que había causado tan súbito interés entre los vorrianos respecto de la gente de la Tierra... un planeta que habían conquistado, cuya población habían reducido eficientemente y por completo al estado de una satrapía dependiente?, yo presumí que los propios vorrianos lo sabrían.

Pero sorprendió muchísimo descubrir que no.

Estaban ellos sólo convencidos de que debíamos tener algo que les faltaba, de que carecían, que nos permitía, mejor dicho, nos permitió causar un daño inmenso a la flota vorriana contra todas las previsiones posibles, lo que nos permitía también reunirnos de nuevo y recuperamos tras el armisticio. La comparación más cercana que se me ocurría era que como los romanos, respecto a los griegos después de añadir Grecia a su imperio, los vorrianos experimentaban lo mismo por la Tierra. Los griegos habían sido bien y definitivamente derrotados: no obstante dieron la impresión de conservar algún secreto que los romanos no podían arrebatarles porque eran demasiado torpes v materialistas para averiguar qué secreto codiciado poseían todos los griegos en general.

Y así los esclavos griegos alcanzaron los más altos precios: una familia acomodada compraría a un griego educado para preceptor de sus hijos y el griego mismo se convirtió en un idioma elegante con el que salpicar la conversación normal.

Bien tuviésemos ese importante y misterioso *algo* o no, nos dimos rápida cuenta de que podríamos aprovecharnos de esa creencia vorriana en lo que nosotros teníamos. Allá en Casa un hombre que había pasado bastante tiempo en Qalavarra vino a verme cuando se enteró de que iba a ser el tutor del Heredero Aparente dé Pwill. Me dijo que la principal característica de la sociedad vorriana era su ruido. No un ruido actual, verdadero, que molestase a los oídos, sino un ruido en el sentido técnico de esfuerzos desperdiciados de potencia mal usada y sin razón.

—Puede que tengan motores subespaciales —me dijo ese hombre—. ¡Pero sus organizaciones sociales prácticamente neolíticas! Mira el tiempo

que ellos pasan tratando de alcanzar una buena posición y de derribarse mutuamente. Otra cosa. ¿Cuántos vorrianos has visto llevando reloj? Sólo los nobles y los oficiales. Me enteré de que tenían que enseñarles a sus soldados a leer un cronómetro cuando los alistaban en el ejército. Las cosas son así. Y la medicina... en eso son ignorantes. Y las ciencias sociales no las tienen, por ser únicamen'e nociones empíricas de cómo mantener reducida a la impotencia a un pueblo concruistado y cómo explotar su productividad.

—Expresado así —dije interrogador—, parece imposible que nos hayan conquistado. Y sin embargo, lo hicieron.

* * *

Conquistados o no, les causamos gran impresión. Se estaba haciendo de moda entre los nobles leer traducciones de literatura terrestre y de adquirir alguna habilidad en cualquier instrumento musical de la tierra. El violín era el más popular porque podía ser con facilidad afinado a la escala vorriana en lugar de la nuestra.

Había toda clase de campos en los que los vorrianos habían en apariencia considerado como por debajo de su digna atención y en los que nosotros éramos soberbiamente eficientes. Aquel autobús en el que yo viajaba, por ejemplo, estaba construido en la Tierra y funcionaba con células solares terrestres; quince años atrás los vorrianos tenían navíos subespaciales pero en su patria empleaban animales como elementos de transporte para cualquier habitante que tuviese un rango inferior al de noble y coches movidos a vapor, bastante ineficientes, para el resto. Aquella misma carretera había sido proyectada, trazada y construida con máquinas terrestres que fundían la sílice del suelo —aquella parte de Qalavarra era arenosa— en una superficie áspera pero utilizable como carretera. Con ese sistema habían construido la autopista del Sahara.

Yo tenía una buena cantidad de razones para alegrarme de que los vorrianos estuviesen tan impresionados. De otro modo no habría estado yo allí.

No, pensándolo bien, no es que la estancia me hiciese mucho bien. Yo había tenido sueños de ser capaz de llegar a Qalavarra y ver aquel mundo extraño. En vez de eso, yo había visto —después de casi siete meses- la hacienda de la Casa de Pwill, una o dos otras casas en donde Llaq me había llevado en visita de cortesía y parte dé la capital.

Oh, me sentía muy contento. El salarlo era bueno; tenía habitaciones cómodas. Mis obligaciones consistían principalmente en tareas administrativas y en la instrucción ocasional de los hijos más jóvenes a los que enseñábamos unos cuántos cumplidos terrestres para hacerles ir adelante unos cuantos pasos, y llegar a ser el equivalente vorriano de los Pérez. Pero no tenia amigos y de repente me di cuenta de que eso me estaba desmoralizando.

La hacienda, claro, era enorme. Había tres grandes casas situadas cerca de la ciudad, Pwill, Shugurra y otra de menos categoría. Cada Casa era casi

propiamente una ciudad; la población de Pwill sobrepasaba los ocho mil en un gran complejo de edificios rodeados por un muro y más allá de él había unos doce mil vasallos villanos, el ejercito, las tripulaciones espaciales, todo el personal técnico desde los mineros hasta los metalúrgicos cuyos chalecitos desparramados en los quinientos mil kilómetros cuadrados de la hacienda llegaban hasta el borde del mar a trescientos sesenta kilómetros de la casa. Ninguna de las haciendas controladas por las seis casas mayores era más pequeña que aquella. Y no se detenía en el mar, claro; en otros continentes el sello de Pwill aparecía en las minas, plantaciones y en todas las fuentes de poder humano.

Casi dos millones y medio de personas estaban directamente relacionadas con la Casa de Pwill. Y por lo menos otros tantos tenían concesiones de individuos particulares, pero pagando sus instalaciones una contribución crecida, precio de su manumisión.

Casi el noventa por ciento de la población de Qalavarra era libre, nominalmente; controlaban sus propias vidas y nada más. Los ligados a una casa tenían que saltar cuando se les ordenaba, pero vivían mejor en el sentido de que tenían información y parte de cuanto ocurría antes que cualquiera otra persona lo tuviese. La gente en las ciudades era casi toda libre y los celos mutuos de las casas aseguraban esa libertad. Unos cuantos siglos antes, las casas poderosas habían tratado de apoderarse de las ciudades prósperas para si mismas, pero el hábito murió en favor de la exploración de otros mundos. De cuantos, no podíamos estar seguros: pensábamos que eran cuatro, además de la Tierra y, posiblemente, otros controlados por pequeñas alianzas de casas, guardadas en celoso secreto.

La Tierra era la única que tuvo que ser reducida por todas las casas trabajando al unísono. Eso era otro punto que les molestaba cuando pensaban en nosotros.

Y por eso es por lo que los terrestres eran sólo una raza sometida de los Vorra a la que permitían caminar ocasionalmente sobre la superficie de Qalavarra. Eso es porque había allí un Acre de Tierra y no un Acre de cualquier otro planeta. Por eso es por lo que corrían los rumores de que los terrestres habíanse apoderado literalmente de los bloques ciudadanos en los que vivían hasta hacer que la policía vorriana no se atreviese a entrar en las calles. Los nobles de Vorra tenían que venir en persona si querían negociar y sólo se hablaban lenguas humanas.

Pero me dije a mí mismo que después de diez años tales nociones eran increíbles. Me preparé para llevarme un completo desencanto; estaba dispuesto a no encontrar ni un grano de verdad en todos aquellos relatos.

Por eso me sorprendió descubrir que eran absolutamente ciertos.

III

El autobús habla cruzado por la ciudad como una flecha recogiendo y dejando a los ocasionales pasajeros; ninguno de los que estaban cuando yo subí permanecía en el vehículo. Dio un giro, sin embargo, en el 656. La razón de ese giro se me apareció enseguida... pero la aparté a un lado, no creyéndola.

¿Se negaba a atravesar el Acre? ¡Absurdo!

No obstante, eso era lo más cerca que me dejaría. Me encaminé a la puerta y en la siguiente parada bajé a la calle, parpadeando.

Para entonces, ya me había acostumbrado bastante a la inmutable apariencia provincial de la ciudad. Los edificios —digamos casas—, y la idea será más clara; las casas, entonces, eran en su mayoría bastante mezquinas, pocas de ellas poseían más de tres pisos de altura. Estaban construidas con cemento de un color arena sucio. A nivel del suelo se hallaban los establecimientos comerciales. Carniceros, sastres, bisutería, y tabernas, predominaban en aquel distrito. Las calles eran estrechas y a pesar de estar bien pavimentadas, lodosas, porque el sistema de alcantarillado era malo y las basuras de las casas generalmente obturaban y atascaban los albañales. Además, la mayor parte de las carretas y carros eran tirados por animales de carga y sus excrementos rara vez eran barridos del todo, de las calles, por la lluvia.

La mayor parte de las más estupendas ciudades de la Tierra, habían sido asaltadas durante la guerra; sin embargo me sorprendió la primera vez que llegué aquí y encontré una diferencia entre esta ciudad y cualquiera de las de mi planeta materno. A través de la pobreza de una ciudad terrenal, causada por el ordeño durante una generación, de nuestro potencial industrial para satisfacer la codicia de los vorrianos, habla supervivido una cierta sofisticación. Una calle terrestre tenía color y a menudo un diseño básico y rítmico. Las calles vorrianas jamás. Por todas partes los colores eran sombríos y las casas parecían como si las hubiesen dejado caer allá donde estaban, sin plan de ninguna clase ni ordenación urbana.

En la calle había mucha gente, lo que animaba las cosas un poco. Mientras me detenía para comprobar en el plano de acero qué dirección debería seguir para llegar a mi destino lo más rápidamente posible, mujeres con cochecitos de grandes ruedas se abrían paso por mi lado para recoger las provisiones familiares, hombres en viaje de negocios, correos con sus cascos rojos dando una muestra de colorido brillante, policías de negro con correajes pintados en blanco y arrieros maldiciendo a sus bueyes obstinados cuando no querían andar, me rodeaban por todas partes.

Pero no parecía haber ningún terrestre. Eso era todavía sorprendente.

Me encogí de hombros y crucé la calle hasta donde tenía que ir. Una voz aguda me gritó, diciéndome que me quedase donde estaba y mientras

retrocedía dobló la esquina un grupo de soldados en período de instrucción, portando unas insignias que no supe yo dilucidar a quién pertenecían.

Como por ensalmo, cada cual dejó lo que estaba haciendo y saltó en busca del refugio del umbral más próximo; a falta de puertas donde esconderse, se apretaron contra la pared o se agazaparon detrás de cualquier carro. La misma voz áspera que me había gritado a mí —pertenecía al jefe del pelotón—, ordenó, el alto, la posición de su lugar descanso y la prueba de las armas.

El método vorriano de comprobar las armas era lindamente sencillo; cada hombro alzaba la suya, apuntaba y disparaba. Una pared que se les enfrentaba cuando se detuvieron, y que por fortuna tenía sólo una ventanita, sería inmediatamente acribillada a balazos. Oí antaño decir a los veteranos lo infantil que parecía ser la infantería vorriana ya que disfrutaba utilizando sus armas después de su aterrizaje en la Tierra, cuando tenía que enfrentarse a bolsas de resistencia y en particular de su afición a las ráfagas espectaculares. Habrían pasado felices media hora contemplando un edificio en llamas, mientras las tropas terrestres se aprovechaban de su retraso para escapar tranquilamente.

Bueno, eso era bastante espectacular; habían disparado balas de magnesio, que se inflamaban por la carga de la recámara y salían como cohetes para estallar sobre la pared con breves y cegadores resplandores plateados.

Un poco avergonzadamente, la gente que había buscado cobijo comenzó a moverse de nuevo. Consciente de la impresión que había causado, el jefe del pelotón dio unas cuantas órdenes y paseó arriba y abajo delante de sus hombres, olisqueando los cañones de sus rifles para asegurarse de que todos habían disparado.

A menos que fuesen de nuevo a abrir fuego, ya no vi motivo para quedarme como mirón. Comencé a cruzar la calle y eso fue lo que hizo que la gente me mirase con atención por primera vez.

La mayor parte de los vorrianos eran gruesos, de ojos luminosos y ligeros y vestían ropas de calle como las mías; casi uno de cada ocho o nueve de los hombres salían, iban y venían por las calles usando el escudo de cualquier casa como yo. A primera vista no era tan evidente mi condición de terrestre. Las diferencias eran principalmente internas.

No obstante, un terrestre siempre se delataría si no imitara a conciencia el modo vorriano de caminar, el ángulo en el que la cabeza vorriana va colocada sobre los hombros vorrianos y la forma de colgar las manos vacías; en Vorra las gentes mantenían los dedos rectos a sus costados.

Alguien detrás de mí dijo en un tono de larga incredulidad:

—¿Terrestre...?

El jefe del pelotón oyó la palabra, me miró y se puso rígido. Bajo su lado inferior, bigotudo, vi aparecer sus dientes.

Me quedé plantado, como si fuese una estatua de mármol, no gustándome el súbito aire de austeridad que me rodeaba, no gustándome el modo con que todo el mundo en la calle se había vuelto a mirarme.

—¡Pelotón! —ordenó el comandante—. ¡Media vuelta!

Como muñecos mecánicos los hombres giraron sin moverse del sitio. Al lado de cada cual el arma recién disparada despidió un brillo al reflejar el sol.

—¡Apunten! —dijo el jefe del pelotón y las armas saltaron a posición de fuego.

Quizás esperaba que me quedase donde estaba... no lo sé. Pienso que quizás lo hubiera hecho, porque estaba asombradísimo. Pero algún miembro superentusiasta de la multitud cogió un tubérculo de un carretón con verduras y me lanzó... y eso rompió mi situación de trance.

Eché a correr.

Había una nota de cólera salvaje en la voz del comandante mientras gritaba:

—¡Fuego!

Pero yo acababa de doblar ya la esquina de una casa y la única bala que pasó cerca de mí rasgó el vuelo de mi capa.

¿Qué diablos era todo aquello? ¿Una broma?

Pero parecía una broma muy seria. Mientras seguí corriendo y saltando a lo largo da las calles, el ruido de la turba me siguió. Yo no quería que volviesen a disparar, pero empezaron a lanzarme cosas y un par de huevos acertaron ensuciándome la capa. Por fortuna yo había pasado ya la mayor parte de la gente que encontré antes de que se diesen cuenta de lo que ocurría y se uniesen a la persecución, pero un vendedor ambulante reaccionó de manera rápida y mandó un barril rodando en mi dirección, haciéndome tropezar y caer cuan largo era.

Con la rodilla lastimada y las manos escocidas —aquella calle poseía en abundancia basuras del mercado— me levanté y seguí adelante, corriendo, el corazón desbocado.

De manera inconsciente me dirigí hacia Acre. Sólo tenía que cubrir un par de manzanas, pero me parecían kilómetros Cuando me arriesgué a mirar atrás vi que tenia por lo menos una buena cantidad de perseguidores.

¿En dónde me había metido?

De repente vi delante de mí, colgando por encima de un callejón miserable, el cartel de unos almacenes escrito con letras terrestres.

¡Milagro!, pensé, y me lancé hacia allí. A pocos pasos delante de mí un joven —quizás de veinte o menos años— que había sido atraído por los gritos que seguían a mis espaldas, entró en el callejón, Prácticamente tropecé con él.

—¿Terrestre? —dijo, tranquilo, como si aquello ocurriese cada día.

—¡Sí! —jadeé, sin tener apenas alientos suficientes para pronunciar una sola palabra más.

—Entra en el callejón. ¡Gustav! ¡Mari- jane!

Pasé por su lado. Desde el mismo umbral del que había salido, otro joven y una chica con despeinado cabello rubio, aparecieron. Inmediatamente diéronse cuenta de la situación en menos de un segundo. Cogiéndose del brazo de mi salvador, la chica del centro, bloquearon el extremo del callejón

con sus cuerpos.

Al principio pensé que estaban locos, porque cuando mis perseguidores quizás llegaron hasta la boca del callejón estaban furiosos y blandían garrotes. No obstante el ver a los tres jóvenes tranquilos esperando pareció actuar sobre ellos como un cubo de agua fría. Sólo uno más acalorado se levantó, abandonando el resto, para agitar amenazador su maza.

—¿Qué habéis hecho con él? —preguntó en vorriano, usando las formas de superior a inferior.

Mi salvador me daba la espalda, así que no pude ver su expresión, pero oí su voz áspera.'

—El Acre comienza aquí —dijo-—. Si quieres entrar, hazlo solo y con las manos vacías.

Lo que en realidad dijo fue con "las garras vacías", en efecto, porque usó las formas de humano a animal reservadas para los animalitos pequeños, el ganado doméstico y para los Insultos más vejadores. Escondido en el umbral de la tierra, cerré los ojos. ¡Ningún vorriano iba a soportar tamaño insulto de nadie!

Sólo que allí no hubo ningún ruido de pelea. Cuando volví a mirar, alguien más de la multitud se había adelantado y señalaba al acalorado, lanzando miradas furiosas por encima de su hombro.

Los tres esperaron hasta que la multitud se hubo dispersado de mala gana. Luego se soltaron los brazos y se sacudieron las manos con aire de satisfacción. Mientras regresaban a donde me escondía, me r»use en pie, sintiéndome extrañamente avergonzado.

—Gracias —dije—. Yo no estaba preparado para eso.

—¿Qué pasó? —preguntó el llamado Gustav.

—Un pelotón en período de instrucción... quería utilizarme para prácticas de tiro —traté de hablar de manera tan casual como ellos.

—No deberías haber salido solo por allí, entonces —repuso Gustav—. Están haciendo exhibiciones de fuerza en torno a Acre desde hace unos buenos treinta días.

Una expresión de turbación asomó a mi rostro.

—¿Cómo has logrado venir hasta aquí solo, de todas maneras? —me preguntó—. ¿Y quién eres? Me parece que no te he visto antes.

—|Ken! ¡Gustav! —habló Marijane, la muchacha, en tono autoritario. Extendió un brazo y señaló.

Yo había estado de pie en medio de la puerta de la tienda mi brazo izquierdo, con el escudo de mi casa que quedaba en la sombra; el callejón estaba muy oscuro porque los edificios se hallaban muy próximos y el sol apenas pasaba entre ellos.

Los jóvenes siguieron con la mirada la dirección que señalaba el brazo. Un momento más tarde y con una expresión de manera estudiada que jamás habla visto en los ojos de mis perseguidores, sus rostros se descompusieron.

Ken se adelantó, me cogió el brazo derecho, me lo retorció con furia a mi espalda y me arrastró al centro de la calleja; de una funda Gustav sacó un cuchillo y lo colocó delante de mis asombrados ojos mientras Marijane cogía el borde de mi escudo con dos manos y lo levantaba para que los demás lo inspeccionasen tan agudamente que casi me dislocan el codo.

—¡Casa de Pwill! —dijo Gustav pensativo-—. Bueno, evidentemente se ha vendido al mejor postor. No sabía que tuviésemos a ninguno de los nuestros de servicio allí.

Marijane soltó el escudo como si estuviese al rojo vivo y me dirigió una mirada de disgusto. Infiernos y condenación... ¡Qué le habla hacho yo a aquella primera mujer terrestre que veía después de siete meses para que se reuniese contra mí de tal manera?

—¡No seas tan cínico, Gustav! —saltó ella—. Gran impostor... gran intrigante...; Todavía es un sucio cerdo! A mi criterio deberíamos dejárselo a la multitud esa de ahí fuera.

Bruscamente Ken soltó mi brazo derecho. Me enderecé, frotándome la parte dolorida en donde sus manos me habían apretado; aquel joven tenía músculos.

—Calma, Marijane —dijo—. ¿Y bien, esclavo, qué te trae por aquí?

Desamparadamente confuso, contesté:

—Yo tengo que... dar un recado de parte de la novena esposa de mi amo.

—¿Qué recado?

—,¡No estoy muy seguro! Tengo que ir a esta dirección en el Acre y repetir un mensaje que me dio y...

Me interrumpí. Ken había chasqueado los labios y agitaba su cabeza con energía.

—Comprendo —dijo—. Comprendo. ¿Por casualidad es una dirección que está en el 660 al 127 ?

—¡Oh... si!

—En Casa de Kramer —dijo Ken a sus compañeros. Gustav asintió.

—¿Un lugar conocido? Jamás estuve aquí antes...

—¡Eso está claro! —saltó Marijane—. Todos sabemos que hay bastardos esclavos como tú. ¡Pero no nos gusta que nos lo pasen por las narices! *¡Si* consigues salir de aquí, y *si* reúnes el valor suficiente para volver, esconde primero ese cochino escudo y no lo luzcas por el Acre!

Miró a Ken.

—¡Supongo que no le vas a dejar suelto por el Acre! —exclamó—. Puede que mienta... ¡Puede que nos esté vendiendo durante todo el tiempo!

Gustav asintió.

—Estoy de acuerdo con Marijane —dijo con su voz suave y bastante agradable—. Puesto que nos hemos apoderado de él, es cuestión nuestra mostrarlo limpio a las gentes de arriba.

—Asunto resuelto, entonces —Ken hizo un gesto señalando la callejuela —. ¡Adelante, tú! Y ves exactamente donde nosotros te digamos, ¿me oyes?

IV

Yo estaba lo bastante ansioso de cooperar y hacer cuanto pudiera y enderezar las cosas después de mi estúpida y torpe entrada en el Acre por primera vez. Aunque de todas maneras, no me quedaba más remedio. Gustav seguía empuñando su cuchillo.

Con algo de retraso pensé en mi escudo y me lo desprendí del antebrazo, para envolverlo en mi capa.

—Eso está mejor —dijo Marijane desdeñosa cuando se dio cuenta de lo que hacia y yo me sentí algo más animoso.

Allí no había nada del ajetreo sin ton ni son que advertí en, el resto de la ciudad. En el Acre la gente marchaba con algún propósito y no se veía caminar a muchos de ellos. Atravesamos varias manzanas y bloques y vimos quizás a una docena de personas, sin contar unos cuantos chiquillos juguetones. Lo que Habían sido tiendas a ras del suelo de las cochambrosas casas parecían en general haberse convertido en talleres y obradores; por lo menos, mientras pasamos por allí se oía el zumbido de la maquinaria procedente de muchas puertas y ventanas. Claro que la comunidad humana no podría sostenerse a sí misma sin algunos servicios básicos; había tiendas de trecho en trecho, como barberías y una o dos verdulerías, pero menos de las que hubiera creído yo necesarias para mantener los supuestos miles de habitantes terrestres.

Sin embargo, no hice preguntas.

Llevábamos caminando quizás unos diez o quince minutos, siguiendo una ruta sinuosa, cuando llegamos a una casa más bonita que las demás, con fachada a la calle más amplia que atravesaba el Acre... la 125. Ya mi consternación por él modo en que me habían tratado comenzaba a palidecer ante el alivio de verme una vez más entre seres humanos: más altos y más delgados que la mayoría de los vorrianos, con piel de tonos familiarmente terrestres desde el rubio al chocolate, pasando por el bronceado, en lugar del eterno color ladrillo sucio propio de Vorra; que hablaban idiomas de la Tierra y que rotulaban sus tiendas con carteles escritos en caracteres terrestres. Pero aquella estupenda casa a que me llevaron me causó una profunda sorpresa.

Tenía amplios ventanales de vidrio en la planta a nivel del suelo, sin contraventanas y en aquellas ventanas esmeradamente escrito en oro o en algún material similar se veían las palabras:

BANCO CENTRAL TERRESTRE Y CASA DE CAMBIOS.

A la puerta un hombre de mi edad aproximadamente, vestido con suma elegancia en comparación con mis compañeros —que no parecían preocuparse demasiado de sus atuendos— nos detuvo. Ken habló en nombre de todos.

—Esclavo. Por primera vez en el Acre. Pretende venir a un asunto inocente. Pero uno no puede fiarse de los esclavos.

El portero asintió.

—¿Así que lo habéis traído para que investiguemos?

—-Eso mismo.

—Entrad, entonces. Aguardad a que se os llame. Esperad en los asientos de la derecha del vestíbulo.

Me tomaron por los brazos y me condujeron al interior.

Aquello no tenía nada parecido a lo que antes vi en Qalavarra. Era un vestíbulo, bastante oscuro, con una escalera curveada que subía a los pisos superiores desde un lugar opuesto a la entrada. Había cuadros de la Tierra en las paredes —uno de una ciudad que no reconocí, dos de colinas y bosques. Había asientos en forma de banco, duros, sencillos, probablemente hechos a mano por algún carpintero artesano y con madera de cualquier bosque local, pero indiscutiblemente de la Tierra mejor que vorrianos por su diseño. En el suelo había un acabado plástico azuloso y las paredes eran rojas y grises.

Aquello era un golpe a los vorrianos, a pesar de que no era probable que hubiese muchos de ellos en situación incluso de poderlo apreciar. Rojo, azul y gris juntos constituían una combinación de colores reservada para la alta nobleza y cualquier otra casta que tratara de usarla lo pagaría caro.

El centinela entró con nosotros, habló a un hombre de ojos duros vestido de negro, recibió un lacónico gruñido de asentimiento y se volvió a Ken.

—Tendréis que esperar unos minutos; tienen una visita. Pero dice que las cosas van bien y que no se os hará esperar mucho.

—Perfectamente.

Después de eso se produjo un silencio. Gustav sacó del bolsillo una piedra de afilar y comenzó a agudizar el filo de su cuchillo, ya de por sí cortante como una navaja de afeitar. Ken y Marijane se limitaron a vigilarme —el primero con expresión tranquila, la segunda con disgusto. Traté de decir algo para excusarme un par de veces, pero ellos me ignoraron, por completo.

Comencé a enfadarme. ¿Qué derecho tenían para tratar así a un paisano terrestre/

Sin embargo, antes de que mi impaciencia me hiciera hervir la cabeza, hubo cierta conmoción en el principio de la escalera. Una puerta se cerró con violencia chirriando los goznes. Se oyó en el rellano el batir de pesados pies y el sonido de voces creciendo encolerizadas.

Miré hacia arriba, haciendo crujir mi cuello y vi a un noble vorriano bajando furioso por la escalera.

Una acción refleja me hizo poner en pie cuando reconocí quién era. Apenas me había levantado cuando violentamente me obligaron a recuperar mi asiento y me colocaron la capa en torno a mi cabeza de manera que me sofocaban, casi impidiéndome respirar.

—¿A qué diablos te crees que estás jugando? —me susurró cerca del oído la voz de Marijane—. Estás en el Acre, ¿ todavía no te has metido esa idea en tu dura cabezota? Cuando uno de esos nefastos vorrianos pase por tu lado, *ignóralo,* ¿entendido?

Las pisadas atravesaron el vestíbulo y salieron por la puerta; no pude verlo, pero lo oí perfectamente porque todo se había hecho con la estridente falta de control de quien estaba echando chispas de pura rabia.

—Está bien, subidlo arriba —oí decir a alguien.

Cuando me quitaron la capa otra vez, miré en mi torno como tratando de excusarme.

—No era mi intención ponerme en pie —dije—. Me impresionó tanto ver quién era.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gustav.

—Que era mi... ejem... mi amo. Pwill.

—¡No perdáis más tiempo! —era aquel el hombre de ojos duros con quien había hablado el centinela al hacerme entrar y que ahora estaba apoyado en la barandilla del descansillo del piso superior. Ken y Gustav me hicieron avanzar sin contemplaciones.

—Su Señoría el Juez Olafsson —me dijo Ken con la comisura de los labios mientras me acompañaba al interior del despacho—. El es quien importa aquí... no Pwill, ni ningún otro más.

Olafsson alzó la vista desde detrás de su tosco escritorio de madera. Era un hombre de gran estatura, aún sentado. Deduje que tendría unos sesenta años, pero no estaba viejo. Su rostro era firme y sin arrugas y sus ojos eran brillantes, los parpados sin surcos. Comenzaba a calvear en lo alto de la frente. Cuando habló lo hizo con una resonante voz de barítono.

—Tengo entendido que este es un esclavo que vino al Acre por primera vez... ¿me equivoco?

—No, vuestra señoría —dijeron a coro Ken y Gustav.

—¿Cómo te llamas? —Olafsson me apuntó con el dedo índice.

—Shaw —respondí—. Gareth Shaw... ejem... vuestra señoría.

Su expresión no cambió, pero el tono de su voz sí lo hizo.

—¿A quién sirves? —casi ladró la pregunta.

—A la Casa de Pwill —respondí parpadeando.

La gélida mirada de Olafsson barrió a mis compañeros.

—¡ Fuera ¡ —ordenó—. Y no mencionéis esto de nuevo, ni en el Acre ni fuera. ¿Comprendido?

Abrumados por completo, mis acompañantes comenzaron a tartamudear sus objeciones. Olafsson los atajó con sequedad.

—¡Fuera! —repitió enérgico.

Cuando se fueron, dejándome solo, con Olafsson y el hombre de los ojos duros que se había colocado a la derecha del magistrado *y* parecía algo así como una especie de asistente personal; el juez me indicó una silla. Me senté agradecido, porque mi escaramuza con la multitud, mi caída por causa del barril *y* lo duramente que me habían tratado las manos de Ken y Gustav, me habían dejado dolorido.

—Siento haber causado tantas molestias, vuestra señoría —dije—. Nunca había estado en el Acre y cometí el error de... ejem... de no quitarme antes el

escudo de mi casa...

—¿Cuánto tiempo llevas en Qalavarra? —Olafsson no parecía haber oído lo que yo acababa de decir.

—Casi siete meses —respondí tragando saliva.

Olafsson medio se volvió *y* alzó una ceja en dirección al hombre de ojos duros.

—-¿Qué deduces de eso, Sessions? —dijo.

El hombre de los ojos duros se encogió levísimamente de hombros.

—¿Por qué es esta la primera vez que vienes del Acre? —prosiguió Olafsson dirigiéndose a mí de nuevo.

No se me ocurrió ninguna respuesta que no me avergonzara. Nada dije.

—Muy bien. Shaw. Al servicio de Pwill. ¿Cómo lograste llegar a conseguir ese puesto tan cómodo? Supongo que debe de ser cómodo o de otro modo te habríamos visto antes por aquí.

—Yo era... ejem... en la patria —dije—, era tutor del Heredero Aparente de Pwill.

Sessions gruñó. Su expresión no me gustó en absoluto.

—Comprendo. ¿De modo que el tuyo es un puesto de bastante responsabilidad? ¿Un puesto de confianza? —Olafsson plegó sus enormes manos encima del escritorio.

—No, no mucho —me alegré de tener oportunidad de explicarme—. Miren, era completamente imposible enseñar al Heredero Aparente de Pwill y al regresar a Qalavarra me relevaron de ese trabajo. Yo soy sólo una especie de camarero y superviso los asuntos de la casa y...

Olafsson gruñó.

—¿De manera que tienes mucho tiempo libre?

-—No mucho, no.

—¿Algo?

—Bueno... sí.

—Y esta es tu primera visita al Acre. Bien bien. Dime, Shaw, ¿para qué viniste a Qalavarra?

Me sentía tan apabullado como el colegial travieso recibiendo una reprimenda de su abuelito. Tuve que humedecerme los labios antes de hablar.

—Para... para ver este mundo y... y porque el empleo estaba muy bien pagado y no era en realidad muy penoso y...

Sessions adoptó una expresión gemela a la que mostró Marijane cuando vio por primera vez el escudo de mi casa en mi brazo.

Olafsson, sin embargo, parecía bastante tranquilo.

—¿Y te tratan bien? —se interesó—. ¿Cómodamente? ¿Qué tal son tus habitaciones?

—Estoy muy bien tratado. Ejem... tengo una habitación con agua corriente y calefacción... para mí solo.

Olafsson se puso en pie. Se inclinó sobre Sessions y sobre mí; debía tener por lo menos dos metros de altura, estimé. Me hizo un gesto mientras se

dirigía hasta la ventana.

—¿Ves eso? —dijo señalando—. Eso es el Acre. Catorce mil personas en unas cuantas manzanas. Puede que haya aquí quien tenga para él sólo una habitación con agua corriente y calefacción; pero yo no conozco a nadie que goce de tantas comodidades. El agua uno se la proporciona racionada en latas de diez litros pozándola de uno de los seis pozos del Acre. Los alimentos se obtienen comerciando con los pocos tenderos que hay en los límites del Acre y que no temen negociar con nosotros. Pero la comida vorriana carece de unas cuántas vitaminas y posee en cambio otras propias a las que nosotros somos alérgicos. ¿Cómo te las arreglabas tú?

Miré al suelo.

—Trajeron para mí algunos vegetales terrestres... yo los cultivo en persona.

—No hay espacio para jardines en el Acre. Tenemos que depender de comprimidos. —Olafsson lo dijo con indiferencia, sin hostilidad—. Ahora tienes tú un poco del cuadro. Por otra parte, nosotros aquí somos nuestros propios dueños; cuando tu patrón Pwill viene a verme lo hace a solas, sin. séquito y le gusta.

—¿Por qué?

—Uno de su familia adquirió ciertos gustos terrestres durante su mandato como gobernador de la Tierra —dijo Olafsson—. Y ellos aquí son costosos.

—Comprendo...

—Ahora vayamos derechos al fondo. ¿Por qué viniste hoy al Acre?

Repetí con todo detalle la explicación que antes había dado.

Olafsson no hizo comentarios que fueran más allá de mirar a Sessions y alzar de nuevo la ceja. Volvió a su escritorio, habiendo acabado conmigo en apariencia.

—Bueno, lleva a cabo el pequeño servicio que te han mandado —dijo—. Confío en que de vez en cuando visites a tus primos menos prósperos dentro de un inmediato futuro, antes de que te retires a tus posesiones en el campo o a lo que puedas comprar en la patria cuando seas lo bastante rico.

Abrumado repuse:

—¿Hay... algo que pueda hacer? ¿Por ejemplo, traer aquí mis vegetales o cosa por el estilo?

—Tú pareces vivir estupendamente —gruñó Olafsson—. Un puesto de responsabilidad, cómodo, en una de las casas más grandes... ¿qué más puedes pedir? ¡Fuera! ¡Tengo otros asuntos que atender!

V

Agradecido me batí en retirada por las escaleras y volví a la calle. El centinela de guardia junto a la puerta me dirigió una mirada de curiosidad, pero no dijo nada. Tratando de aparecer compuesto, caminé hasta encontrar una esquina en donde las calles estaban numeradas de modo que pude descubrir hacia donde tenía que encaminarme ya.

Allí parecía haber más personas en la calle y por los alrededores que cuando llegué; comprobé mi reloj y me imaginé que seguramente seria la pausa del mediodía del trabajo. Todo el mundo parecía flaco y mal vestido, especialmente los jóvenes, pero había cierta vivacidad en su manera de andar y una amabilidad en sus rostros que contrastaba con los modales de los vorrianos entre los que yo había vivido, tanto tiempo.

Me orienté y caminé hacia... ¿cómo se llamaba el hombre que yo tenía que ver...? Kramer, Ken había dicho. Quería terminar mi misión y salir de aquel infierno y volver a donde me pudiese recobrar de la impresión.

No había andado muy lejos, sin embargo, cuando sentí que alguien venía muy cerca detrás de mí, como siguiéndome. Por el rabillo del ojo me cercioré de que me seguían y me volví en redondo.

—¡Sigue andando! —me ordenó la ahora familiar voz de Marijane—. Olafsson dijo que no hablásemos con nadie excepto contigo. Pero no dijo que ninguno de nuestros nuevos amigos no debiese venir y asegurarte de que no perdías el camino.

Su sarcasmo era mordiente.

-—Mira —dije-—. Sé que no te simpatizo porque soy lo que tú llamas un esclavo. De acuerdo, lo comprendo. ¿Pero qué diablos te hace sospechar de mí? Vine aquí a hacer lo que te dije... ¿quieres que te lo jure?

—Los juramentos son para los vorrianos —respondió.

Se había colocado ya a mi lado, acompasando su paso al mío con una especie de viril determinación. Yo no pude evitar mirarla; después de todo, era la primera chica terrestre que yo había visto en todos aquellos meses. Apenas vi a algunas mujeres entre los habitantes de Acre; parecía haber una medida de hombres en una proporción de cinco o cuatro a uno. No sólo su manera de andar era varonil. Además del pelo suelto y de cierta delicadeza en su rostro y de su pecho poco desarrollado, ella podía haber pasado por hermano de Ken y Gustav con su tosca camisa —rota en un hombro—sus pantalones de trabajo y sandalias.

¿Qué edad tendría? ¿Dieciocho?

—No me mires —dijo tajante.

—Lo siento.

—Yo lo siento más... por ti. No me gusta tener que odiar a uno de mi propia clase. Pero métete esto en tu cabezota dura, ¿quieres? Cualquiera de

nosotros en el Acre, como mis propios padres podrían vivir cómodos como tú vives. Son gente muy especial que labró para nosotros esta Tierra en Qalavarra. Tienen pericia y talento de que los vorrianos carecen, y por eso era por lo que esos bastardos del diablo los querían tener aquí. La diferencia entre ellos y tú... es que ellos también tienen valor. Así en lugar de venderse a sí mismos y de conseguir sitios privilegiados y cómodos en las haciendas vorrianas siguen durante años en el Acre, hasta que consiguen las cosas del modo en que las deseaban. Hasta que los vorrianos ansíen las cosas que ellos tienen con tanta fuerza que se vean obligado» a tratar con nosotros aceptando nuestras condiciones. ¿Te haces cargo ya del panorama?

Asentí.

—Conozco todo eso —dije.

—¿Sí? —su labio se curvó un poco—. ¿Entonces cómo viniste aquí actuando tal y *como* lo hacías?

Una súbita inspiración cegadora se apoderó de mí. Deseé haber pensado en eso para explicarme el frío desdén de Olafsson unos cuantos minutos antes.

—¡Mira! —exclamé, fingiendo exasperación—. ¿No se te ha ocurrido a ti que no todo el mundo puede estar en el exterior mirando a entrar? ¿Cuál es la última mira? Arreglar las cosas en toda Qalavarra... y volver a casa, lo que es más... así que fuera pasa lo mismo que en el Acre. Por eso los vorrianos nos piden nuestra autorización; por eso decimos lo que hay que hacer. ¿Cómo diablos crees que iba a alcanzarse esa meta si ninguno de nosotros estuviese dentro de los vorrianos para estudiar su manera de vivir desde el interior y saber qué es lo que apetecen?

Casi la había convencido. Dudaba en lo que tenía que contestarme. Aguardé.

—Entonces, si tú eres uno de esos... ¿por qué paseaste por el Acre llevando un escudo?

—¿Pasear por el Acre? —estallé—, ¡No paseé... me persiguieron! Sé que era indigno para mí comenzar a correr, pero me gustaría ver al hombre que es capaz de mantenerse firme con una multitud hostil y un pelotón de ocho soldados armados tratando de arrancarle la cabeza.

Un empujoncito más y habría ganado. Seguí adelante.

—Es más, ¿cuánto tiempo crees que yo mantendría mi posición de confianza con la Casa de Pwill si pasase todo mi tiempo libre en el Acre? A los vorrianos no les gusta tenernos aquí; comienzan ahora a darse cuenta de lo que significa actualmente el Acre. ¿Porqué, sino, se toman la molestia de hacer esas exhibiciones de fuerza en torno a la ciudad? No para impresionar a su propio pueblo, sino para impedir que nos hagamos ilusiones.

Mi mente estaba entonces alcanzando su punto máximo. Cuando más pensaba en lo que decía, de hecho, más seguro me hallaba de que no era todo una nube de humo.

—Bueno... lo siento —dijo Marijane por último—. Comprendo lo que quiere decir. No puede ser muy agradable actuar como esclavo, lo reconozco.

La simple idea me revuelve las tripas. así que perdóname por formar juicios precipitados. ¡Creí que cualquiera lo bastante bajo como para ser un esclavo era también bajo lo suficiente como para vender a su propia raza, como para ser espía para los vorrianos... cualquier cosa de ésas!

—Bueno, yo no soy tan bajo —dije tajante—. No hubiera venido aquí si no me hubiesen enviado sinceramente a realizar un recado. Si me hubiese negado, sin embargo, eso habría sido peor.

Ella frunció el ceño. Las cejas se le unieron formando una especie de línea negra en su frente como si ella quisiese precisar algún pensamiento. Con seis pozos para toda aquella gente, probablemente la escasez de agua imposibilitaría el cuidado perfecto de las personas, su aseo personal y sus cejas tenían rastros de tizne.

Puede decir que le costó-un esfuerzo desprenderse de su concepto de mí v variarlo de acuerdo con lo que le había dicho; sin embargo, lo hizo y me sentí agradecido.

—Ahí está la Casa de Kramer... en, la manzana siguiente —dijo—. No te molestaré más. Buena suerte, de todos modos.

Se volvió para marcharse.

—-¡Aguarda un momento! —dije—. ¿Por si acaso las cosas mejoran, puedo saber tu nombre y a dónde encontrarte?

—Soy Marijane Lee. La hermana de Ken. De ordinario me encontrarás rondando por la callejuela por la que entraste en el Acre. Pero si me dieses a elegir preferiría que no lo hicieses.'

No tuvo que explicar la razón de sus palabras. Me encogí de hombros.

—Está bien. Pero quizás las cosas mejoren, ¿no?

Le tocó el turno a ella de encogerse de hombros v se alejó caminando con paso vivo.

* * *

KRAMER. DOCTRINA DE LOS ARCANOS.

Miré el cartel pintado a mano oscilando desde la pared en donde estaba colgado. Aquel era el lugar, de acuerdo. Pero... *¿doctrina de los arcanos?*

Frunciendo el ceño, abrí la desvencijada puerta y me encontré en una oscura sala de espera, que olía a una especie de incienso y estaba débilmente iluminada con velas en un candelabro de vidrio. Su oscilante resplandor me mostró unos cojines en el suelo, amontonados en pilas desaliñadas, con pieles sin curtir, con cuadros blancuzcos en las paredes. Me dirigí a examinar a algunos de esos cuadrados (cuadrados, más bien que cuadros) más de cerca. Era un mapa de parte del cielo nocturno vorriano, las constelaciones representadas por puntitos de tinta roía y las órbitas de los planetas locales indicadas por negras líneas de puntos. Había inscripciones vorrianas junto a algunos grupos estelares: fortuna, benevolencia, salud, rivalidad.

Se oyó un chasquido detrás de mí. Me sobresalté y miré en redondo. Un

umbral —un vago manchón amarillo dentro de la lobreguez del ambiente— había aparecido en la pared lejana. Algo enorme y corpulento y negro se movió distintamente en el marco de la luz crepuscular.

En perfecto vorriano una voz atronadora me preguntó que quería.

—Soy... soy Gareth Shaw —dije—. La subdama Shavarri me envió.

—¿Terrestre? —preguntó la voz atronadora.

—¡Sí!

—Oh, entonces está bien. No necesitamos perder tiempo en el juego de las preguntas y respuestas. Vamos a la parte de atrás —el aire de amenaza había desaparecido de la voz, tomo sí hubieran quitado del circuito sonoro, el dispositivo lúgubre de una cámara de ecos. Quizás eso era.

Porque cuando entré por el umbral me encontré en una habitación perfectamente corriente, las paredes cubiertas con estanterías en las que se veían jarros, latas, picheles, tapados con mimbretes de plástico. Había un fuerte olor animal que no pude identificar.

-—Soy Hans Kramer —me dijo la forma enorme, quitándose una capa negra de su cabeza y hombros y revelando su rostro redondo, una cara de pastel en sus rasgos, con ojos que parecían dos pasas colocadas para adornar el dulce—. ¿En qué puedo servirte? ¿Shavarri no es una de las esposas de Pwill?

Súbitamente pareció mostrar interés. Asentí.

—¿Tienes algo que ver con la organización de todo esto? —me acució.

—No, me temo que no. Ni siquiera sé de qué se trata.

—¡Hum! Entonces, me pregunto quién lo preparó. Bueno, no importa. Supongo que tendrás prisa.

Antes que pudiese responder se produjo un débil gruñido de una habitación más allá de la que estábamos entonces. El rostro de Kramer mostró alarma.

—Espero que no sea tan malo —mormuró.

—;Eh... quiere usted ir a ver? Le esperaré si gusta.

—¿Puedes? —parecía agradecido—. Bueno, ¿por qué no pasar? Ouizá le haga bien ver a un rostro desconocido.

Apartó a un lado la espesa cortina y me condujo a una tercera habitación.

Allí yacía una mujer enferma. Se parecía mucho a Kramer —regordeta, rostro redondo— excepto que sus mejillas estaban consumidas y comenzaba a verse en ellas hoyuelos de depauperación y su piel brillaba de sudor.

—*Liebchen*, ¿estás bien? —preguntó Kramer—. Te oí gemir.

Con ojos opacos la mujer le miró. Parecía venir de una gran distancia su voz cuando respondió en un susurro.

—Lo siento, Hans. A veces la fiebre hace que pierda la cabeza. Espero que no tengas un cliente... se dio cuenta de que estaba presente yo y se interrumpió.

—¡Sólo un nuevo amigo, un amigo terrestre! —exclamó Kramer con falsa cordialidad—. Amigo Shaw... mi esposa, claro.

Asentí y me humedecí los labios, sin saber qué decir. Kramer se dirigió a un lado del lecho de su esposa, acarició su rostro cálido con la yema de los dedos y frunció el ceño. Sirvió un poco más de agua de un jarro a una taza sobre una mesita baja junto a la mujer y luego en apariencia ya no pudo hacer más.

—No te preocupes por mí —dijo su esposa con voz débil—. Cuida de tus asuntos. Yo estaré bien pronto.

así que regresamos a la habitación dé las estanterías con latas y jarros.

Cuando la cortina cayó tras Kramer, dije,

—¿Qué es?

—¿La enfermedad? ; Oh, la mezcla ordinaria! —había amargura en su voz—. Un germen mutante, más el agua impura, más deficiencias en los elementos necesarios para la alimentación, más la comida vorriana, más simple debilidad. ¿Qué puede hacerse? No somos los primeros en padecerlo ni seremos los últimos. ¡Vamos a tu asunto!

Su tono me advirtió que no hiciese más preguntas. Simplemente recité el mensaje qué Shavarri me había dado para que se lo dijese. Tenía muy poco sentido. En realidad me pregunté al principio si llevaba un recado en código para un amante de la vorriana, antes de darme cuenta de que tenía que entregarlo en el Acre.

—¡Vaya, vaya! —exclamó Kramer, comprendiendo en apariencia lo que yo había dicho mejor que yo mismo—. Bueno, eso serán cinco platinos. ¿Lo sabe ella?

Con aire culpable saqué los cuatro que había traído conmigo.

—Me ha dado cuatro, pero le obligaré que me de el quinto antes de comunicarle su respuesta —improvisé.

—Sí, hazlo —asintió Kramer sin Recelar. Hice tintinear las monedas juntas—. El pago al contado es nuestra norma inflexible. Sin embargo, ella es una cliente nueva... ¡Me gustaría saber quién le dio mi dirección! Trata de averiguarlo. ¿querrás?

—Seria más fácil -—me aventuré—, si supiese qué es lo que ella busca.

—¿No lo sabes? —Me miró con asombro antes de coger una latita de medio litro sin etiqueta de uno de los estantes junto a él—. ¡Una porción de amor, un filtro de amor, claro! tómalo. Y aquí buscó en su bolsillo v sacó un trocito de arrugado papel—, están las instrucciones para su uso. Puedes leerlas tú mismo antes de entregárselas.

—Tendré que leerlas de todos modos —dije—, creo que ella no sabe leer.

¿Un filtro de amor? ¿Doctrina de los Arcanos? ¿Qué diablos .?

—Mire —dije—, ¿es esto serio? Me refiero al filtro de amor.

—¿Dónde has estado hasta que viniste a Qalavarra? —preguntó Kramer —. Yo creí que todo el mundo lo sabía...

Y vi que sus ojos se ensombrecían con sospecha. Apresuradamente le interrumpí.

—Lo siento, hace poco que estoy aquí. Entonces, de milagro, se volvió a

abrir la puerta de la calle. Kramer señaló tajante.

—¡ Sal por el otro camino ! —susurró—. ¡ Y de prisa!

Mientras tanto volvía a coger su negra capa.

Mientras salía través de la puerta trasera, oí débilmente cómo en vorriano preguntaba al nuevo cliente lo que deseaba.

VI

Hice con mi capa una especie de alforja y me la colgué del hombro con la latita y el escudo de mi casa dentro, y salí del Acre sin más dificultades. Pero esperé a estar bien lejos de los límites de aquella zona antes de sacar el escudo y colocármelo en el brazo y tanto antes de eso como después tuve buen cuidado en imitar el ángulo de cabeza vorriano, la forma de andar y la posición de mis dedos.

Tomé sin novedad el autobús de regreso. Una vez en el asiento trasero, con una hora da viaje ante mí, me fue posible empezar a pensar en lo que me había ocurrido.

La cosa más extraordinaria de un conjunto de cosas extraordinarias era esta. ¿Por qué —siendo como yo lo era y reconociéndoseme por cuanto sabía leal a los terrestres— por qué no me había aprovechado de mi posición privilegiada tal y como dejé comprender a Marijane que me estaba aprovechando?

Nunca me había fijado, pero todos comprendían que existía una única razón para aprovechar cualquier oportunidad de ir a Qalavarra. La razón era poder actuar en la retaguardia de Vorra.

No hay que decirlo en voz alta. Uno se daba cuenta de que los habitantes del Acre no estaban allí por gusto, o para hacer fortuna y regresar a la Tierra. Se pasaban el tiempo imaginando medios de vencer a los conquistadores y derribarles. Por mí mismo había visto el éxito alcanzado ya —Pwill de la Casa de Pwill, él en persona, saliendo del despacho de Olafsson furioso, enrabiado porque, con toda seguridad, le habían negado alguna de sus demandas.

¿Cómo podía un puñado de terrestres explotar las debilidades de los vorrianos? No lo sabía hasta aquel momento, pero una vez pude reflexionar acerca de ello me di cuenta de que tenía de primera mano la experiencia de una posible técnica: la de Kramer.

Sopesé la lata del "filtro de amor" envuelta en mi capa.

Aun no siendo un punto esencial, Shavarri era una ignorante. Incapaz de leer y escribir su propio lenguaje, menos aún podría leer un idioma de la Tierra. Probablemente seria también supersticiosa. Los vorrianos entraban en combate con cánticos, encantamientos y ritos; había una docena de cultos contrapuestos que reclamaban la fidelidad de sus adeptos en la hacienda de Pwill como pude comprobar por mí mismo. Swallo, el portero, pertenecía a uno de ellos y proclamaba a voz en grito que ese culto supersticioso fue el que le salvó la vida en la Batalla de la Cuarta Orbita.

Los nobles de alto rango profesaban tales creencias, y aunque en público las trataban despectivamente, no obstante cualquiera de ellos habría dudado bastante en extirparlas por completo de sus súbditos. Y sus esposas, mucho menos educadas y menos expuestas al mundo exterior, habían percibido el indefinible respeto que los varones sentían hacia la Tierra y las cosas terrestres

especialmente en la Casa de Pwill, cuyo cabeza estaba convencidísimo de que la Tierra escondía algún secreto que él podría usar.

Casi me caigo del asiento por causa de la excitación. Por fortuna nadie se dio cuenta de mi sobresalto. ¡Oh, había cientos de maneras en que uno podría explotar las supersticiones de una dama noble! E indirectamente eso influiría en el esposo de ella y en su parentela; las esposas jóvenes puede que no gozaran de un estado muy oficial, pero indudablemente tenían alguna influencia.

¡Y aquí estaba yo llevando un "filtro de amor" a Shavarri! ¿Con quién querría ella utilizarlo? ¿Para algún amante de la hacienda, quizás el capataz u oficial de alguna tripulación espacial? ¿O con el propio Pwill? no era descabellado; una joven esposa con ambiciones, celosa de sus hermanas-esposas más antiguas en el estado civil, podía muy bien tratar de utilizar el filtro para conseguir que su esposo la dedicase una mayor atención.

Cuanto más lo pensaba, más probable me parecía. Era un verdadero pasatiempo para las jóvenes esposas tener amantes; sólo la propia Llaq era capaz de viajar con su esposo y participar en los asuntos mundiales, mientras que el resto, excepto cuando se las permitía visitar otras casas, lo que no sucedía muy a menudo, por regla general permanecía en el hogar, dentro del serrallo y entretenían el tiempo peleándose mutuamente.

No, no era probable que Shavarri quisiera emplear una droga para persuadir a un hombre que la gustaba para que fuese su amante. Ella era, sin contar otra esposa, la más joven pero según los gustos vorrianos una de las más atractivas sub-damas de los Pwill (bajo mi punto de vista terrestre ella era con mucho la más guapa, pero los gustos vorrianos las prefieren con cara de luna llena, tipo de belleza también preferido por muchas civilizaciones de la Tierra que también permitieron los harenes en el pasado; para los vorrianos, Shavarri tenía rasgos demasiado delgados, aunque estaba, por otra parte, muy bien formada.

Mi mente errante pasó de Shavarri a Marijane y una nueva peculiaridad me sorprendió. Marijane —y su hermano y Gustav, para el caso daba igual— se habían mostrado vehementes en su disgusto contra las gentes como yo que tenían cómodos trabajos o empleos en las casas nobles, llamándolos esclavos e insultándonos. ¿Qué opinaban de eso allá en la patria? Fruncí el ceño mientras trataba de recapacitar. Mirándolo así, yo era un hombre normal para mi concepto —ciertamente lo bastante normal para que mi imaginación trabajase en Marijane después de no haber visto ninguna mujer terrestre desde mi llegada a Qalavarra. Es de presumir que durante los cinco años pasados como tutor con la familia Pwill en la Tierra yo no había sido un joven para quien la castidad era la joya más preciada. Tuve amigas y contactos sociales...

Y si allí estaban, claros en mi recuerdo.

Seguramente, sin embargo, allá en la Tierra en donde el paso de dos generaciones no había sido suficiente para borrar las cicatrices de la derrota, una persona como yo en privilegiada posición viviendo como vivían los

vorrianos lejos del núcleo del planeta, ¿me habrían odiado aún más vigorosamente y me habrían tachado de traidor?

Pero por lo que podía recordar nadie me había acusado de eso. Disfruté de mis cinco años como tutor, dejando aparte aquella imposibilidad de meter ciencia en la cabeza dura del joven Pwill.

Paradoja. No podía resolverla. Renuncié a hacerlo al cabo de un momento y dejé que mi mente errara, al azar.

Marijane. Shavarri. La eterna cuestión de las mujeres. Parecía haber pasado un siglo desde que me preocupé de una mujer. Me imaginé a Savarri para mí y asentí dando mi aprobación crítica. Sí, era definitivamente bonita para los gustos de cualquiera. Empíricamente, cómo cosa interesante, no había razón física alguna para que los vorrianos y los terrestres no pudieran hacer el amor juntos. La diferencia era mayor entre los machos que entre las hembras, pero las funciones esenciales eran idénticas. Debes notar, seguí informándome yo mismo, que no es fácil confundir una raza con otra estando desnudos y que ninguna unión híbrida podría ser fértil y en la actualidad los humanos no encontraban atractivos en los vorrianos porque a ellos les faltaba alguna secreción cutánea con fragancia particular que formaba parte de las normas humanas normales del estímulo sexual. Pero los soldados de Vorra eran iguales a los demás soldados y durante los años que siguieron al armisticio cuando en la Tierra había fuertes guarniciones y ningún lujo, con rameras de su raza en los alrededores de cada campamento militar, entonces, sin lugar a dudas, demostraron la posibilidad de relacionarse sexualmente con las terrestres...

Me di cuenta de lo que pensaba y solté una risita maliciosa. La historia que yo le endosé a Marijane para tranquilizarla estaba trabajando demasiado rápidamente en mi imaginación. ¡Allí estaba, yo considerando seriamente la posibilidad de seducir a Shavarri con el fin de utilizarla para imponer a Pwill mis ideas! Eso era grotesco, principalmente porque yo no tenía ninguna clase de ideas que valieran la pena de ser impuestas a nadie,

Y en seguida me volví a poner serio. ¿Por qué no? ¿Por qué estaba desperdiciando una oportunidad inapreciable como la que tenía al alcance de la mano? Yo era una avanzada de la Tierra en el mismísimo corazón de Qalavarra, en la segunda más poderosa gran casa y que probablemente no tardaría en ser la primera, si los planes que ahora formaba Pwill no caían por los suelos.

Entonces, lo antes posible, tendría que regresar al Acre. Me entrevistaría con Olafsson, le expondría la idea con toda franqueza *y* le diría que me daba cuenta de que había estado descuidando mi deber como terrestre *y* le preguntaría qué uso se podría dar a mi persona para que fuese una pieza valiosa en el complot general de mis hermanos de raza.

De todas maneras, para seguir adelante sin pérdida de tiempo podría improvisar algo siguiendo las instrucciones veladas que Kramer me había enseñado. Podría hacerme más el "misterioso terrestre", podría inventarme

unos cuantos poderes místicos para impresionar... incluso me sería posible comenzar con Shavarri, porque sabía que ella ya estaba un poco seducida por la falsa magia; luego, alguna de las otras esposas y quizás algún oficial de alto grado y algún sirviente de los que eran mis colegas. ¿Y por último a la propia Llaq?

Gruñí. Eso *sería" mucho*" trabajo. La vieja Llaq era con toda probabilidad la mujer más testaruda de todo el planeta. Estaba convencida de que la mitad cuando menos de los progresos de su marido se debían a su iniciativa femenina.

Pero no era necesario empezar con Llaq.

Los planes empezaron a florecer en mi mente, como si hubieran estado aguardando en el subconsciente y necesitasen sólo el impulso adecuado para desarrollarse.

* * *

Subí por el camino hacia la casa, admirando cómo sus cúpulas de vidrio y sus ventanas captaban el inclinado sol del tardecer. En su estilo era todo un invento; existía en todas las casas, en especial comparado con los pueblos chapuceros y malformados que sustituían aquí a las ciudades. Una casa era un complejo de barracones, fábricas, locales de recreo, de palacios con toda clase de servicios desde los de aprovisionamiento y vestido hasta los de educación v medicina —¡ de todo había en este planeta!—. Desde cierta distancia daba la clara impresión de formar una unidad, organizada por completo dedicada a un importante propósito.

Eso hacía pensar más desalentadoramente que yo había estado mucho tiempo dentro de esa fortaleza sin aprovecharme de mi ventaja.

Llegué a la puerta y me di cuenta de que Swallo me había visto ya mediante su sistema de espejos espías, porque al encontrarme a veinte pasos de las grandes puertas dobles, éstas crujieron y se abrieron cosa de un metro por el centro, dejando sitio para que pasase entre ambas hojas. Naturalmente no continué atravesando el patio principal hasta mis habitaciones en el bloque familiar, sino que entré en el despacho de Swallo.

Al instante me di cuenta de que algo iba mal. Porque Swallo había sacado su talismán de la buena suerte de debajo de la mesa —el talismán que decía el buen portero que le salvó la vida en la Batalla déla Cuarta Orbita— y lo tenia delante, plenamente visible. Sólo lo hacia cuándo había algún jaleo.

Me miró pétreo.

—Eres un problema —me dijo sin rencor—, si hubieras estado aquí las cosas habrían ido mucho mejor.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Pwill volvió de la ciudad con un humor de mil diablos y preguntó por tí. ¡Y hoy precisamente, de todos los días, se te ocurre no estar presente!

El corazón me dio un vuelco.

—¿Dónde está él ahora? —pregunté.

—Descargando su cólera en la Gran Terraza —me respondió Swallo lacónico—. O allí estaba la última vez que me informaron. Si ves a alguien por ahí con el rabo entre las piernas, ya sabes la razón.

—¡Pues no debía haber vuelto hasta una hora antes de ponerse el sol! —dije.

—Pwill no hace mucho caso a los relojes —repuso Swallo.

Acaricié la lata que estaba envuelta en mi capa. Estaría más segura con Swallo que con cualquier otra persona, pensé. Se la entregué a través de la ventana de su despacho.

—Guárdeme esto hasta que vuelva —le pedi—. Creo que es mejor que vaya a presentarme, a El en persona inmediatamente.

Swallo se encogió de hombros y cogió la capa, dándose cuenta de que había algo en sus pliegues pero sin hacerme ninguna pregunta. Estaba convencido de que nada más irme miraría por curiosidad qué era aquello, pero la latita no tenía etiqueta alguna y por más que la destapase le sería imposible discernir para qué podría servir el líquido que contenía. Claro que podía probar el filtro a impulsos de una irrefrenable curiosidad y de repente encontrarse con que se había convertido en irresistible para todas las mujeres, quizás, de la hacienda. Pero eso no era muy probable.

Una vez puesto a salvo, relativamente, el filtro, de amor, partí a la carrera.

Todo el camino a través del patio principal, escaleras arriba, por los corredores, hasta llegar al piso superior donde estaba la Gran Terraza, situada cara al sol poniente, fue una continua sucesión de gentes con caras tan tristes como la de Swallo, pero el portero me había puesto sobre aviso y no me extrañó que al verme todos extendieran sus manos en gesto de alivio. Alguno me gritó, preguntándome dónde había estado todo aquel tiempo. No contesté y ninguno trató de detenerme. Pensando que mi amo había vuelto directamente a casa después de su infructuosa entrevista con Olafsson, Pwill en persona habría tenido dos horas para desahogarse con su séquito y servidumbre y lo más seguro sería que alguno de sus siervos afortunados habría gustado de la mordedura del látigo del amo.

Se me ocurrió a mí que ayer simplemente yo habría acudido a presencia del amo cabizbajo y temeroso, como los demás; Pwill rara vez se encolerizaba en realidad, a pesar de que sólo para impresionar a sus inferiores algunas veces fingía montar en cólera. Pero hoy, habiéndole visto salir de casa de Olafsson como le vi escasas horas antes —derrotado, de la menos manera posible, pero derrotado, por un terrestre— sentí una boyante confianza. Me bailaba preparado para enfrentarme a él, para responderle y, si era preciso, para sobreponerme a su propia personalidad.

Cuando llegué a las puertas de la Gran Terraza, los centinelas de servicio en ellas por poco tropiezan en su ansia de franquearme el paso con toda rapidez y alejarse del causante del mal humor de El mismo.

VII

A pesar de que también era un rugido ensordecedor, el tono con que el avisador del otro lado de la puerta tenía en cierto modo algo así como un suspiro de alivio. El mismo, paseando arriba y abajo por el suelo de blanco tilo y cortando las cabezas de las plantas con un bastón estoque, se detuvo y giró sobre sus talones para mirarme. En el largo momento antes de que decidiese con qué instrumento me cortaría las orejas, vi a la Super-dama Llaq sentada en un sillón adornado a lo largo de la terraza —su rostro redondo y arrugado, severo, se mostraba encima de su traje de alegre brocado—con tres doncellas a la espera sentadas en cojines a sus pies. Sus rostros eran nerviosos, a pesar de que trataban desesperadamente de sonreír.

También vi al Heredero aparente Pwill.

Ya no tenía mucho contacto con él. Pwill en persona había decidido regresar a Qalavarra —su hijo estaba a punto de cumplir los veinte años— y también que era perder el tiempo tratar de educar terrestremente a su hijo. Sin embargo la joven esperanza generalmente siempre estaba lejos de casa, supervisando varias de las empresas bélicas de la familia. Presumí que tampoco en esta cuestión era un aprovechado estudiante.

Estaba sentado ahora en una silla de alto respaldo, su camisa brillante de rojo satén arrugada, sus negras botas altas, desafiantemente extendidas hacia adelante del suelo, su rostro como el rostro del trueno. Cerca de él, nervioso, pero tratando de mantener una adecuada postura militar, había un joven oficial de la flota del espacio llamado Forrell, a quien yo conocía por ser un íntimo amigo de Pwill, hijo. Parecía agudamente infeliz.

—¿Dónde... has... estado? —me rugió Pwill. Involuntariamente las tres doncellas y Forrell se estremecieron.

Me tomé tiempo en responder, acercándome otros tres pasos. También me incliné con extrema corrección a la Super-dama Llaq, porque yo era de su séquito personal y eso la sorprendió y la complació.

La Gran Terraza era más una especie de invernadero que de terraza en la actualidad; estaba construida casi toda en blanco y azul brillante, con madera, de tilo metalizada y sus principales decorados eran flores magnificas parecidas a las orquídeas labradas a mano sobre el alabastro. En el presente el día era cálido, los ventanales estaban abiertos, pero de noche y en tiempo frío grandes pantallas de vidrio esmerilado eran colocadas en su sitio para cerrar por completo la terraza. Pensé que era una lástima que Pwill hubiese escogido aquel lugar, tan agradable de la casa para su demostración dé enfado.

—Con respecto para El en Persona, me informé que tanto El en Persona como la Super-dama estarían ausentes hasta una hora antes de la puesta del sol.

—¡Siete Dioses desde Casca-Olla! —Pwill dijo casi sin aliento. Memoricé el juramento con interés; si juraba por tales Dioses era concebible

que creyese en ellos. Luego comenzó a gritar de nuevo—. Te pregunté dónde estuviste... no dónde te creías que yo estaba.

Su genio era impresionante para todo el mundo, pero me dejó frió. Formulé mi respuesta con cuidado.

—Comprendiendo que mis servicios no serían necesarios por El En Persona y la Super-dama hasta entonces, me puse a disposición de la Sub-dama Shavarri para un trabajo que no se podía hacer fácilmente si uno no era terrestre.

Eso le dejó asombrado. También su hijo se dio cuenta. Me miró de repente como si no me hubiese visto jamás antes.

—¡Fuiste a Acre! —agregó Pwill.

Le miré tan suave como pude.

—Estaba seguro de que El En Persona no habría dejado de interrogar al portero —dije tratando de sugerir que actualmente él se había dado cuenta de lo evidente—. Tuve la precaución exacta de informar al portero.

Pwill, con toda evidencia derrotado, se frotó la barbilla con el dorso de la mano. No había nada de qué pudiese acusarme sin hacer el ridículo; él había dicho sólo que iba a estar fuera hasta una hora antes de la puesta del sol y se volvió antes de ese tiempo y yo había salido en misión de servicio para una de sus esposas. Decidió sacar el mejor partido posible de aquel resbalón.

—¡Ah! —exclamó y se adelantó hasta su gran sillón cercano al de Llaq, repitiendo—. ¡Ah!

Entonces me di cuenta del problema. El motivo de que Estuviese tan furioso no era que yo no me hallara en la casa cuando regresó; sino porque habiendo estado también en el Acre tenía miedo de que pudiese haberle visto. Interiormente agradecí a Marijane que me hubiese puesto la capa sobre el rostro.

—¡Está bien! —ladró tras una pausa—. Shaw, tengo un trabajo para ti. Puesto que estabas hablando ahora de un trabajo que sólo un terrestre podría llevar convenientemente a cabo, debes sentirte complacido de hacer algo distinto de tus ordinarios trabajillos caseros. Ya es hora de que te utilice como terrestre en vez de como otro cualquier criado.

¡Eso no era nada propio de En Persona! ¿Qué le había pasado?

Con el rostro traicionando su malestar, el joven oficial, Forrell, se adelantó un paso.

—Si El En Persona me lo permite, pido permiso para irme —dijo—. Este es un asunto muy personal y quizás El En Persona pretiera hablarlo en privado.

—¡Vuelve a donde estabas! —ordenó Pwill—. ¡No intentes fingir que no lo sabes... probablemente conoces mejor que nadie de qué se trata!

Forrell tomó un color ladrillo oscuro, que entre los vorrianos era la contrapartida del rubor nuestro y erguido regresó al lado de Pwill, hijo.

—¡En cuanto a tí, Shaw! —continuó Pwill. -Pensé que habías sido responsable por completo de lo que ha ocurrido; en ese caso habría hecho que

te sacasen las tripas, hace ya tiempo. Pero puesto que mi hijo me dice que nada tienes que ver, lo acepto. Creo que es todavía capaz de decirme de cuando en cuando la verdad. ¡*Creo*! —dirigió una mirada luminosa a su heredero, que se la devolvió con interés.

—¿Qué es lo que sabes acerca de...? —continuó y se detuvo, como si la palabra estuviese en la punta de su lengua pero no pudiera pronunciarla. Llaq cerró sus manos en los brazos del sillón y susurró entre dientes.

—¡ Café! — acabó Pwill, dándose cuenta de lo que le apuntaba su esposa.

Con precaución, no muy seguro de haber oído bien la palabra debido a su mala pronunciación, dije:

—Bueno, es una bebida común entre los terrestres... se prepara con la semilla de una planta, creo, que se tuesta y que luego se muele y se hierve el agua para extraer gusto. Es parda oscura de color. Ah… se toma caliente, de ordinario, algunas veces con leche y azúcar.

—¿La has bebido tú mismo? —preguntó Pwill.

—¡Oh... si!

—¿Pero puede vivir sin él?

—Bueno, claro. No he probado café desde que vine a vuestro mundo.

Hizo un gesto al amigo de su hijo.

—¡Forrell! ¡Dale ese frasco!

Su hijo salió de su apatía con una débil objeción, pero inmediatamente la cortó en seco. De mala gana Forrell sacó algo parecido a los frascos de bolsillo terrestres para el coñac y se lo entregó a Pwill.

Cogiéndolo con una mano, Pwill me miró.

—¿Qué es lo que hace este... café... a los terrestres?

Tuve que ayudar. El vorriano carecía de palabras tales como “estimulante” y otra que yo necesitaba. Dando un rodeo, dije:

—Cuando se bebe muy fuerte ayuda a prescindir de la necesidad del sueño. Pero de ordinario se toma como una bebida placentera después de una comida, o de un ligero Almuerzo.

Pwill destapó el frasco y me lo tendió.

—¿Es esto café? —preguntó.

Tomé el frasco y derramé unas cuantas gotas en la palma de mi mano, las olí y las probé. Pero lo que podía decir, era café negro, flojo, bastante amargo, y sin azúcar.

—Según mi criterio, es café —dije con precaución.

—¡Bébetelo! —ordenó Pwill.

Un grito de agonía se alzó de su hijo, que se puso de pie de un salto. Forrell trató de contenerle, pero no lo logró. Al principio pareció que iba a lanzarse sobre su padre; luego lo pensó mejor y cogió la mano de su madre.

—¡No se lo permitas! —suplicó—. ¡Es todo lo que queda! ¡No se lo permitas!

Comprendí. Tenía alguna experiencia acerca de eso. El café no era una sencilla bebida de buen sabor; era todo un complejo de alcaloides, incluyendo

la cafeína. El metabolismo de los vorrianos era muy parecido al nuestro, sin embargo aunque podíamos comer las comidas de cada raza sin sufrir más que alergias menores, había algo más. Ahí estaba la cuestión. Me acordé de la esposa de Kramer febril, enferma, acostada. Pensé en mi dieta suplementaria de vegetales terrestres sin los cuales yo sufriría escorbuto, pelagra o cualquiera otra enfermedad propia de la carencia nutritiva.

Había un punto en el que nuestros metabolismos eran diferentes lo bastante como para causar graves problemas. Cualquiera que hiciese el café a los vorrianos, en el caso del joven Pwill le habría convertido en un adicto, en un afecto al líquido negro de mi patria, algo así como en un aficionado a las drogas.

Llaq dirigió a su hijo una mirada de desdén. Le habría gustado decirle lo que pensaba, pero había personas de fuera de la familia escuchando. La mirada era, sin embargo, definitiva; su hijo debió haber sabido que era inútil suplicarle. Desamparado, me miró.

Coloqué la punta de la lengua entre los dientes... era un gesto que para un vorriano significaba lo mismo que un guiño para un terrestre.

Le costó un segundo captarlo y regresar a su silla, sonriendo prácticamente. Alcé el frasco y lo apuré. Era un café terrible, pero lo bastante inocente dentro de lo que cabía suponer.

Cuando lo hube acabado, pude respirar unos cuantos segundos como si creyera que iba a caer muerto. Me bebí el frasco tranquilo y le vi resignarse a los hechos.

Este... hijo mío —dijo—, declara que ahora no puede vivir ni un día sin café. Se ha gastado su asignación en café importado de la Tierra, comprado en el Acre sin mi permiso y conocimiento. Ha gastado algo más que su asignación. Eso tiene que “*terminar*”.

Aguardé. Pwill estaba a punto de emitir algo, la mayor confesión del fracaso en su vida.

En el último momento no pudo proseguir y se lo pasó a su esposa, que no tenía tanto orgullo.

—Hoy El En Persona —dijo ella—, ha ordenado a la gente terrestre de Acre que no suministre más de este veneno a mi hijo.

“Mi” hijo. No *“nuestro”* hijo. Esta era su mayor influencia; ser la madre del heredero aparente. Si su hijo era desheredado por causa de su vicio o por otro cualquier motivo, caería ella en desgracia y tendría que suicidarse mejor que encararse a una de sus colegas elevada a la suma posición de madre de un heredero.

—*“Pero”* —dijo ella llevando el asunto con la mayor inteligencia—, no podemos estar seguros de que esta orden será obedecida. Los de tu raza son poco de fiar; intrigan. Y naturalmente están muy ansiosos por conseguir dinero. Tú nos has demostrado que ese café que es veneno para mi hijo a tí no te hace el menor daño. Quizás, entonces, la gente del Acre piense que no hay motivo verdadero para impedir que mi hijo lo tome. A menos que ellos, sin

embargo...

Su control de acero no fue tan uniforme al terminar la frase. Con tono diferente, prosiguió :

—Ya sabes el interés que la Casa de Pwill tiene hacia la Tierra; como El Mismo gobernó tu gente y lo que se interesó en su modo de vivir.

"Con la *esperanza*", (crucé en silencio)* *"de conseguir nuestro secreto*". Pero continué atento y servicial.

—Nosotros, por tanto, recurrimos a ti —acabó Llaq con tono quebradizo —, para que arregles este asunto de manera satisfactoria.

Rogándome con los ojos, su hijo me miró.

¡Bueno, eso era todo un regalo de los Dioses! El mismo día que decidía hacerme pasar por un terrestre con poderes místicos, me habían entregado ellos mismos un poder verdaderamente real!

Tuvo que haberle costado mucho a la querida Super-dama formular aquella súplica. Sólo la desesperación debió impulsarla tan lejos. No me atreví a continuar metiendo el dedo en la llaga, puesto que podía perder toda la ventaja conseguida.

Inclinándome, dije:

—Haré lo imposible. Como vos habéis elegantemente afirmado, sin embargo será difícil que la gente del Acre quiera perder este negocio tan beneficioso. Y lo que es peor, puede que haya que explicar los motivos actuales que hay tras la orden de él mismo. Y sería mucho más grave aún si se supiese públicamente. Tendré que comprar el silencio de los individuos-clave destacados.

—Daré órdenes al tesorero de que te de cien platinos mañana —dijo Pwill con voz grave—. Será más barato que continuar como hasta el presente. Si cuesta más, quiero saberlo y las razones... pero de todas maneras debes seguir adelante.

Con el corazón martilleándome, pedí permiso para irme y me fue concedido.

Apenas podía contenerme y no ponerme a bailar de alegría mientras iba en busca de mi capa y de la latita "de filtro de amor" que estaba en el despacho de Swallo.

VIII

Me sentí una persona completamente distinta. Llegué a esta conclusión: toda mi vida había estado yo tan hecho a la idea de que los vorrianos eran básicamente superiores a nosotros (habiéndolo demostrado de hecho al derrotarnos en el campo de batalla), que incluso cuando me expuse ante ellos, muy cerca, durante mi trabajo de tutor de Pwill hijo, seguí estando impresionado por su personalidad y los honré y los serví. En realidad, contento de servirles.

Como si hubiesen encendido una luz brillante dentro de mi mente, mi visita al Acre me mostró algo completamente distinto. Eso me había revelado que los vorrianos como individuos eran capaces de ser derrotados por otro individuo que fuera terrestre mientras él se viera poseído por la suficiente decisión. Eso era lo que significaba Acre.

Pero sería como cortarme yo mismo la garganta si permitía que la euforia interior que me dominaba se mostrara a los demás.

Swallo había inspeccionado lo que tenía envuelto en la capa, como yo me esperé. Creo que advirtió el cambio en mí ocurrido, porque en vez de hacerme alguna pregunta jocosa, como normalmente habría hecho, simplemente me entregó la capa y su contenido.

Dándole las gracias, crucé el patio de regreso al bloque familiar y tomé una puerta pequeña lateral que conducía a mis habitaciones. A pesar de que el personal de una gran casa no tiene privilegios reconocidos, por lo menos conservan una intimidad en sus propias habitaciones si tienen la bastante suerte —como yo— para poseer una habitación para ellos solos. Me propuse pasar un poco de tiempo solo, seguro de cualquier intromisión, leí un buen trozo de papel con las instrucciones para el uso que Kramer me había dado con la latita de “filtro”. E imaginándome cuál iba a ser mi siguiente paso.

Fuera de la puerta de mi habitación, sin embargo, una chica corpulenta en quien reconocí a una de las doncellas de Shavarri estaba sentada en el suelo, con las rodillas alzadas, ceñuda. A mi llegada se puso en pie con rapidez.

—¡Camarero! —dijo—. La Sub-dama Shavarri me envió en tu busca hace una hora. Está impaciente.

Dudé. Luego desenvolví la latita de mí capa.

—Esto es lo que ella quería —dije, tratando de no sonreír—. Dile que las instrucciones para su uso le costarán otro platino.

Tomando de mí la lata, sospesándola insegura en sus grandes manos cuadradas, la chica parpadeó.

—¿Un platino? —repitió—. ¡Un platino es mucho dinero!

A mí me pagaban siete platinos al mes y yo estaba muy satisfecho; una doncella como ella probablemente cobraría ochenta o noventa rhodias. Quise dejarla impresionada por la indiferencia de mi solicitud. Me encogí de hombros y me dispuse a entrar en mi habitación.

Mirando antes de cerrar la puerta por completo, la vi todavía dudosa. Me

detuve y ella se arriesgó a decirme algo más.

—Me dijeron que te "llevase" a tí a presencia de la Sub-dama Shavarri —dijo.

—Eres una mujer fuerte —dije con suavidad—. Pero me parece que aun siendo fuerte no podrías llevarme a la fuerza, ¿verdad? No. es culpa tuya si prefiero ir más tarde.

Sus ojos se desmesuraron desalentados y entonces cerré la puerta.

* * *

Tras ponerme zapatos para ir por casa y colgar la capa donde la sastresa la encontrase y arreglase el agujero del bordillo producido por la bala de magnesio, me hice una rápida ensalada de vegetales terrestres. Normalmente comía yo con los otros miembros del personal de la cocina vorriana, aunque me tomaba mi dieta suplementaria para no sucumbir por enfermedades de la nutrición. Comiendo en medio de la sala de estar, tuve una visión de la esposa de Kramer... pálida por la fiebre, casi delirante.

Llegué a una resolución. Mañana, posiblemente, Pwill me volvería a enviar al Acre paya tratar de impedir que le suministrasen café a su hijo. Llevaría entonces un cesto con mis mejores ensaladas terrestres para la esposa de Kramer.

Quizás encontrase unas cuantas simientes aptas para la siembra, también. Si era así, los habitantes del Acre la recibirían con agrado. Quizá no tuvieran espacio para jardines, pero no había ninguna razón para que no tuviesen macetas con tierra en los tejados de sus casas. ¿O... si las había? Frunció el ceño.

Sin embargo, todo eso era para mañana. Saqué de mi bolsillo el pedazo de papel que Kramer me había dado con la lata y lo estudié pensativo. Llevaba instrucciones en Inglés, no en vorriano, y regularmente impresas —me imaginé que las habían efectuado con una prensa de mano en el Acre.

Era aquello la mezcla más peculiar de cosas fantasiosas y palabras con sentido que yo había visto jamás. Asombrado leí:

> *La seguridad eficaz del afecto duradero de la persona deseada depende de una operación conjunta entre el deseo y los medios sustanciales apropiados. Empleado en estricto acuerdo con las instrucciones, este preparado servirá adecuadamente para este propósito. Para otros, la legislación no lo permite, ya que podría producir consecuencias funestas.*
>
> *Tengan cuidado de administrar tanta cantidad de pasta como para cubrir el extremo del pulgar y mezclarla con la carne, alimentos o bebidas del ser deseado. La puesta del sol es la mejor hora. Háblesele consecuentemente a él o a ella en términos llenos de cariño. Perdónensele todos los desaires primeros y páguensele con acciones agradables. De cinco a diez dosis asegurarán un resultado permanente*

que depende precisamente de los términos utilizados.

¿Qué diablos...?

Di la vuelta al papel y comencé a comprender. El otro lado llevaba lo que una persona sin educación entre los vorrianos podría llamar un símbolo mágico de alguna clase, especialmente si se había dejado engañar anticipadamente por la jerigonza de Kramer. Pero yo tenía bastante cultura y al instante reconocí diagramas de estructura molecular. Dos, uno junto al otro.

Bastante inseguro, traté de descubrir su significado. El primera, en particular, parecía como si yo debiese conocerlo... *¡lo conseguí!* a un lado, de la cadena de ramas que salía de la principal estructura había un diagrama de la droga llamada credulina, usada para acrecentar la sugestibilidad. La credulina era, en efecto, un producto químico equivalente a un curso de hipnosis. Podía actuar también como suero de la verdad bajo ciertas circunstancias.

Presumiendo que el lado alterado de la rama de la molécula se debía a que la droga había sido hecha a medida del metabolismo vorriano en lugar del humano, me convencí de que en apariencia Kramer no era un embaucador simplemente.

Tuve más dificultad en entender el segundo diagrama y mi creencia fue que se trataba de una hormona derivada no mejor que cualquier otro producto químico. Con certeza las dos drogas combinadas debían tener el efecto que Kramer pretendía; dejé de pensar en "filtro de amor" y pensé en filtro de amor que en realidad daba resultado. Por ejemplo: como en la mayor parte de las civilizaciones terrestres, la virilidad de un hombre era un puntillo de honor para los vorrianos. Adecuadamente empleado, este líquido podía asegurar que Shavarri sería la esposa para quien Pwill respondería con más facilidad. Quizás podría ser utilizado para asegurarse de que él no respondería amorosamente a las demás esposas. ¡En cuyo caso Shavarri iba a tener una fuerza terrible sobre su amo y señor!

Llamaron a la puerta. Tragué los últimos bocados de mi comida y respondí. En aquella ocasión Shavarri no se había limitado a enviar a una de sus doncellas. A pesar de mis buenas resoluciones, noté como si mí estómago se me removiese.

Yo había tenido bastantes dificultades con Dwerri, el verdugo del látigo, desde mi llegada, en parte porque me odiaba por principio —¡pero es que odiaba a todo el mundo!— y en parte porque detestaba su puesto en la hacienda. Pwill era señor absoluto de sus siervos y servidores y sus esposas también, claro. Dwerri era el instrumento de su autoridad: un hombre color ladrillo con patillas cuidadosamente peinadas sombreando los ojos rojizos, estrechos con brazos y piernas como ramas cortadas de un corpulento árbol. Estaba allí plantado ahora, los ojos relucientes, en el estrecho pasillo exterior a mi habitación, acariciando la correa del látigo que portaba como símbolo de su autoridad con sus dedos-gordezuelos. Detrás de él esperaban dos de sus ayudantes, casi tan corpulentos como él.

—Desobedeciste una orden de la Sub-dama Shavarri —dijo con voz

meliflua—. No fuiste con su doncella como se te mandó.

Poniendo en mi expresión el mayor valor del que pude hacer acoplo, le miré a los ojos.

—Ha costado bastante tiempo repetir el mensaje de la doncella —dije.

Parecía imperturbable.

Había tenido trabajo en dar una paliza a un labrador al que se encontró durmiendo

junto al tajo del trabajo —respondió y se humedeció el pulgar con el labio inferior. Acarició después la correa del látigo. La humedad despertó la sangre seca que tiñó parte del dedo. Esperando hasta asegurarse de que había visto y comprendido, sonrió ampliamente.

Tras él sus ayudantes descansaban hora en un pie hora en otro.

Oficialmente, claro, no habla nada que Dwerri pudiese hacerme. Yo no era miembro del séquito personal de Shavarri; una orden de ella no tenía que ser automáticamente obedecida como si viniese de Llaq o Pwill. Pero ella sí podía dar órdenes a Dwerri y eso no iba a ayudarme en absoluto si después de haber sido azotado me arrastraba hasta Pwill y hacía que revocasen la orden.

Tuve una súbita idea.

Sudaba, pero mi voz sonó tranquila.

—¿Verdad que esta es la oportunidad que has estado esperando para mezclar un poco de sangre terrestre con la sangre vorriana que mancha tu látigo?

—Exactamente. Entra en tu cuarto; resolveremos el asunto aquí. Desgraciadamente me han mandado que te dé solamente cinco azotes. Con quinientos apenas servirían para barrer la altanería que demuestras. A menudo he lamentado que mis deberes aquí en la hacienda me impidan acompañar a El En Persona a tu sucio y cochino planeta. Bajo mi punto de vista, el modo más benévolo con que deben de ser tratados los terrestres es a latigazos. Tarde o temprano tendrán que reconocer que tengo razón.

De estar impaciente yo nada podría haber hecho. Por fortuna el verdugo había estado buscando esta oportunidad durante tanto tiempo que pareció preparado a saborear la alegría de verme sufrir bajo su látigo durante unos cuantos minutos.

—Muy bien —dije encogiéndome de hombros y volviendo a la habitación. Con cuidado aparté los platos del borde de mi mesita—. ¿Será éste un sitio conveniente para que trabajes?

Eso lo dejó por completo desprevenido. Mientras dudaba sobre su respuesta dirigí una mirada a sus ayudantes. Por sus rostros pude decir que ninguno se sentía muy feliz con su trabajo. Quizás ya habían sido adoctrinados con historias acerca de los terrestres.

—Dime, Dwerri —proseguí—, ¿es cierto que tu látigo jamás se separa de ti, día y noche?

Siguió su respuesta.

—¡ Cierto!

—Bien —dije empezando a quitarme la camisa.

—¿Qué quiere decir con bien?

—Eso me da muchas oportunidades.

—¿Oportunidades *“para qué”?* —estaba en realidad mordiendo el cebo y su rostro se ensombrecía más que de ordinario. Me encogí de hombros.

—Para ajustar cuentas después —dije, siendo tan aviesamente evasivo como pude.

Dio dos zancadas y me cogió por los hombres; la punta de su látigo me dio en la mejilla, no pegándome en el ojo, por fortuna, por medio centímetro. Cuando me puso los dedos en donde la punta del látigo me había rozado noté que goteaba un poco de sangre.

El dolor hizo que las lágrimas asomasen a mis ojos, pero logré mantenerme sin gemir. Simplemente miré las puntas de mis dedos enrojecidas, por lo sangre y luego sacudí las gotitas en dirección a los preocupados ayudantes. Puntitos rojos volaron hacia ellos.

—En el Acre, hoy —dije con tono conversacional—, estuve viendo un mago llamado Kramer. Tuvimos una conversación interesante sobre la sangre.

Uno de sus ayudantes se dio cuenta. Halló parte de mi sangre manchando sus ropas y comenzó a frotarla con frenesí. Hice un gesto negativo en su dirección.

—De nada servirá. De nada en absoluto.

—¿Qué es todo esto? —ladró Dwerri, empezando a alarmarse. Le miré a los ojos.

—Oh, sólo que mientras ese látigo esté contigo, Dwerri, manchado con mi sangre tendré ocasión de ajustarte las cuentas. Sin embargo, yo no tengo motivos de rencor contra las personas, así que dejémoslo a un lado, ¿quieres? Y para complacerte iré a ver a la Sub-dama Sivarri.

El ayudante que trató de limpiarse la manchita de sangre de sus ropas susurró algo apremiante en el oído de Dwerri. El verdugo me lanzó una mirada dudosa y retrocedió un. paso. Con los ojos desorbitados.

—¡No lo creo! —exclamó.

—¡Pruébalo entonces! —le ofrecí—. Sufriré el dolor alegre, sabiendo que puedo devolvértelo después con creces.

Probablemente Dwerri jamás tuvo ante sí una víctima que no forcejease por huir, a quien sus ayudantes no tuviesen que sujetar para que recibiera el castigo. Eso, más que nada, lo decidió. Abriendo y cerrando la boca, se volvió hacia la puerta, hizo un gesto a sus ayudantes para que se fuesen con él y me dejó solo.

IX

Tenía conmigo, claro, un equipo de primeros auxilios; Conociendo el estado rudimentario de la medicina vorriana y sabiendo que las medicinas que a ellos daban resultado podían ser venenos para los terrestres, lo había reunido con cuidado antes de salir de mi planeta. Coloqué a mi mejilla un poco de polvo anticoagulante rápido para detener la hemorragia que goteaba sobre mis ropas, pero no me decidí a tapar la brecha con piel plástica. Que Shavarri viese la señal y se preguntase cómo me la habían causado.

Entonces me metí el trozo de papel con las instrucciones en el bolsillo y subí escaleras arriba hasta el serrallo.

¡Alguien había estado hablando!

Por regla general los miembros del servicio vorrianos me ignoraban, excepto unos cuantos como Swallo que podía tolerar a los terrestres sin odiarles hasta las entrañas como Dwerri o quedar ridículamente impresionado por ellos como Pwill. (Eso no me sorprendió antes. Habiendo estado personalmente, como un oficial muy joven en los deberes de guarnición en la Tierra antes que el Gran Dogal se aflojara, él nos había visto , como los seres más abyectos. ¡No era lógico para él que hubiese adquirido un sentido del aprecio hacia nosotros más tarde!).

Hoy los vorrianos no me ignoraron. En apariencia me esquivaban con toda deliberación. Los encontré camino del piso alto; apenas podían apartar de mí sus ojos cuando pasé por su lado.

¡Es sorprendente el cambio que pueden producir incidentes de pequeña importancia!

Shavarri parecía no haberse movido en absoluto desde que la vi por la mañana; estaba todavía recostada como lo estuvo antes, en una bata empolvada en oro para que hiciese juego con el color de sus ojos. Tenía la boca un poco contraída en las comisuras con una expresión decidida. En una mesita baja como un taburete, al alcance de la mano, estaba la latita que yo traje de casa de Kramer. La habían destapado. El contenido era una especie de pasta granular, seca, espesa, grisácea.

La misma doncella que estuvo esperándome a la puerta de mi habitación a mi regreso de la ciudad estaba abanicando a Shavarri con un gran abanico hecho con plumas negras. Me dirigió una mirada nerviosa y siguió con su abaniqueo más vigorosamente que antes.

Shavarri me miró fríamente. Sostuve su mirada con tanta energía como pude.

—Has tardado tiempo —dijo por último.

Me incliné.

—Nada más regresar Pwill En Persona envió por *mi* —contesté—. Como vuestra señoría podrá comprobar, eso me retrasó.

—¡Y te has atrevido a pedir un platino como derechos por explicarme el funcionamiento de estos... de esto que me has traído!

La doncella carraspeó audiblemente. Shavarri se volvió hacia ella y agitó una mano irritada.

—¡Déjanos en paz! —ordenó y la chica se fue contenta y satisfecha.

—El coste de la lata que tenéis vos era de cinco platinos —dije con educación cuando se hubo cerrado otra vez la puerta.

—¡Lo sabía! —respondió con impaciencia—. Cosra me lo dijo... te di lo que era necesario.

Cosra. El nombre me sonó como una campana. Una de las esposas de Shugurra En Persona, cabeza de la casa de Shugurra a la otra parte del valle y el individuo más poderoso en Qalavarra; el rival de Pwill apenas se dignaría ir a la ciudad. ¡Pero era realmente interesante!

Escondí mi alegría. Inclinándome de nuevo dije:

—Quizás el complacer a su señoría marca una diferencia entre un pequeño servicio cotidiano y uno como este. En mi camino al Acre, un pelotón de soldados en período de instrucción decidieron utilizarme como blanco viviente, disparándome balas de magnesio Una de ellas me hizo un agujero en la capa.

—Comprendo —me estudió pensativa—. Y tú evalúas tu vida, que así has arriesgado, en un platino. Eso concuerda perfectamente con mi propia estimación del valor de la vida terrestre. ¡Así soy!

Tomó una moneda brillante de la misma mesa en donde estaba la lata abierta y me la arrojó. La cogí en el aire con una mano y me la embolsillé.

Sus ojos ligeros siguieron el movimiento y deduje por qué estaba turbada, pero nada dijo. Al cabo de un momento, se sentó en las pieles de su diván me hizo un gesto para que me sentase en una silla cerca de ella.

—No esperaba que fueses capaz de venir hasta aqui —dijo—. Sin embargo te mueves con toda libertad, a pesar de que Dwerri te ha marcado con su látigo.

—¡Ah... Dwerri! —asentí y me llevé el dedo a la mejilla—. ¡Oh, sí!

—¿Entonces no te dio latigazos? —me espetó casi con violencia.

—Dwerri, con toda su pose de autoridad» es un sirviente con alma de sirviente... con falta de espíritu, quiero decir. El... Cambió de idea, ¿podemos decirlo así? Las capacidades de los terrestres le impresionaron demasiado. Después de todo, como su Sub-señoría sabe bien —y asentí con un gesto de la cabeza señalando la lata de filtro—, no carecemos de habilidades.

—¿Te compraste una copa de valor artificial, camarero, en casa del mago del Acre? —dijo Shavarri burlona—. Al oirte hablar, una pensaría que eres otro hombre distinto al habitual.

Con toda certeza era perspicaz. Me pregunté cómo la había subestimado todo el tiempo desde que llegué allí. Encogiéndome de hombros, respondí:

—Un terrestre en el negocio de otro terrestre es distinta persona de un terrestre dedicado a tareas insignificantes.

—¿Te gustaría repetir lo que has dicho a mi superior y hermana esposa Llaq?

—Creo, Sub-dama, que ella ya lo sabe.

Shavarri sonrió de manera inesperada.

—En otras palabras, tiene pánico por el cabezota de su hijo y su comportamiento que le han hecho volver hacia tí en busca de ayuda. Bueno, yo se lo aconsejé cuando ocurrió lo primero y se supo... pero era natural, supongo, para ella, esperar hasta el último instante.

—¿Puedo preguntar por qué su Sub-seño- ría dio tal consejo?

—¡Descarado más que descarado! No puedes preguntarlo. Descúbrelo por tí mismo. Tienes mi permiso para irte.

Me dejó sorprendido. Saqué del bolsillo el papel con las instrucciones y me aventuré a decir:

—Pero... el filtro, Sub-señoría. ¿Y su modo de usarlo?

—Ya lo sé, camarero. Con toda claridad pude ver sólo una persona con quien tal droga dé resultado. Debo hacer que el sujeto escuche de buena gana lo que se le diga y; debo inflamar su mente con besos apasionados. Oh, si, camarero —añadió rápidamente—. Estaba segura de que le preguntarías al vendedor qué es lo que me traías y no dudo que has averiguado ya para qué lo quiero. “ *Eso*” era por qué te he pagado un platino de más. Por tu discreción. No porque me leas las instrucciones. Ya las conozco... hay que poner tanta cantidad como para cubrir la punta del pulgar, cinco o diez veces a la puesta del sol en la comida o en la bebida -—se echó a reir; nunca he logrado acostumbrarme a las risas vorrianas, un sonido alto que termina en un gruñido salvaje.

Me puse en pie, un poco perdido.

—Su Sub-señoría es una persona de notable talento e imaginación —dije con sinceridad—. La capacidad de intrigar es un talento» que los terrestres olvidamos.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —jugueteó con los dedos en la lata sobre la mesita—. De otro modo vosotros no os hubiéseis buscado aliados tan extraordinarios.

Su risa todavía estaba en mi recuerdo cuando regresé a mi habitación. Aquella mujer iba a ser difícil de manejar, pensé... probablemente más difícil que Llaq y Pwill juntos, ahora que se había revelado a sí misma como intrigante de primera categoría.

Pero no había hecho muchos progresos con mi nueva línea de acción antes de que llegase de nuevo a mi habitación y encontrase que la puerta estaba entreabierta. Podía haber sido que Dwerri hubiese cambiado de idea, encontrase ocasión de volver y regresase para esperarme; iría con precaución por el borde de la puerta antes de entrar.

Las botas que se mostraban detrás de mi único sillón me dijeron que mi deducción era equivocada. Mi huésped ininvitado era el Heredero Aparente Pwill. Parecía en mal estado, lo vi tan pronto cerré tras de mí la puerta en silencio. Tenía el rostro enrojecido, con el mismo ceño que advertí poco antes, pero seguía mordiéndose el labio inferior con un típico gesto vorriano de nerviosismo y tenía las manos bien hundidas en los bolsillos de los pantalones

para impedir que temblaran.

Debió haber llegado tan pronto me marché a ver a Shavarri, porque tuvo tiempo de registrar la habitación, revolviendo en particular las provisiones que tenía almacenadas, sin duda, en busca de café. Al no encontrar nada de tal líquido, se dejó caer en la silla y esperó mi regreso. Junto a él, sobre la mesa, había una desparramada colección de monedas. Traté de no mirar a las monedas mientras me incliné ante él.

Alzando la cabeza, me dirigió una mirada brillante. Allá en los días en que fui su tutor de la Tierra, había sido hostil para mí por dos razones: primero, porque yo tenía que supervisar todas sus acciones y él detestaba a cualquiera que tuviese poder para mandarle, y segundo, porque yo era un terrestre y un miembro de una raza derrotada. Yo jamás logré aprender a odiarle, porque a la edad de quince años él era un jovenzuelo tonto, como cualquier adolescente terrestre pudiera ser, y porque era mucho menos brillante e inteligente que cualquiera de sus padres. Yo siempre estuve convencido particularmente de que Pwill y Llaq iban a ver fracasadas sus esperanzas.

Sin embargo, sería mejor, probablemente, para la Tierra que él alcanzase su herencia y luego enredase las cosas, mejor que fuera desposeído de la manera tradicional y reemplazado por uno de sus más brillantes hermanastros. Había cinco de ellos con quienes contar; los cinco estaban en el equivalente vorriano de las academias militares en donde fueron enviados cuando Pwill En Persona partió para la Tierra.

Ya no quedaba nada de aquel joven inocente, sin embargo; a los veinte años, Pwill era un muchacho odioso.

—¡No te quedes ahí fanfarroneando! —ladró de repente.

Le dirigí una mirada inquisitiva.

—¡Ya sabes lo que quiero decir! ¿Por qué en nombre de los siete dioses no tienes café?

—Es caro, incluso en la Tierra. Y habría sido un bulto enorme traer conmigo un suministro de café.

—¡Pues en el Acre lo tienen!

—Quizás —traté de recordar lo que supe en mi patria acerca de los envíos de mercancías a la gente del Acre—. Se les permite, recordé con precisión, una carga al mes de cosas necesarias. Puede que el café se incluya a veces en alguno de los envíos; era una explicación que pude pensar, a pesar de que me preguntaba por qué se enviaría el café cuando de más necesidad eran dietas suplementarias, vitaminas, antihistamínicos, antibióticos y otras medicinas.

Bruscamente Pwill se puso en pie y comenzó a pasear arriba y abajo, sin mirarme.

—Habiendo salvado hoy tu vida —dije—, necesito que me consigas un suministro nuevo de café.

—Con respeto —dije—, ¿salvado mi vida...?

—¡Claro! —sus ojos me miraron relampagueantes y luego volvió a bajar

la vista—. ¿No crees que mi padre te habría matado, cortándote la cabeza, si yo hubiese hecho lo que te merecías diciendo que la culpa era tuya y que tú me enseñaste a beber café?

Probablemente sí. Me estremecí. En la actualidad, que yo supiese jamás intenté hacer que a Pwill le gustase ninguna bebida o comida terrestres; eso quedaba fuera de mis alcances. En cualquier caso no le habría gustado, por principios. Las cosas de la Tierra, según su modo dogmático de pensar, eran propias para los terrestres y no para los vorrianos superiores. /

—¿Por qué no lo hice entonces? —prosiguió—. Porque tú eres un terrestre; puedes entrar y salir en el Acre. Y vas a hacerlo. Ofrezca lo que te ofrezca mi padre para comprar tu cooperación y la de tus amigos los ladrones del Acre, yo lo superaré. Sé que estoy haciendo una estupidez. ¡Sé que tendrás la oportunidad de entregarme, o cualquier cosa! ¡Pero nada, ni siquiera la muerte, podría ser peor que... esto!

Sacó las manos de los bolsillos y me las extendió hacia mí. Temblaban. Cada vez le temblaban de forma diferente a la de su vecina, como si la coordinación muscular hubiese desaparecido por completo. Por encima de las muñecas, los músculos estaban anulados con la tensión mientras forcejeaba por mantener las manos quietas y no lo lograba. El sudor le perlaba la frente cayendo por su rostro; sus labios estaban pálidos del esfuerzo.

—¡Eso! —gritó por último—. No sé de qué diabólica semilla preparáis la droga. Pero sin ella mi cuerpo es un despojo. No puedo dormir, no puedo comer, no puedo mover la frente, ni coger un arco, ni lanzar un arpón. ¡Ni tomar a una mujer! ¡Ahí sobre la mesa, hijo de Buey, encontrarás diez platinos, lo bastante para dos puñados de granos de café! ¡Tráeme eso mañana! ¿comprendes?, o entonces...

Sacó un cuchillo de la funda que pendía de su cinturón y me presentó hacia mí la punta, brillante y mortal, a pocos centímetros de mi rostro.

Un momento y la punta comenzó a agitarse y a oscilar de lado a lado. Al principio luchó por controlarla; luego, con un gruñido de animal, de profunda desesperación, dejó caer el brazo a un lado y salió apresuradamente de la habitación.

X

Esta vez sabía lo que me hacía. Antes de entrar en el Acre, metí en un saco que llevaba el escudo de mi casa; dejé los dedos enderezados hasta recobrar la postura natural y coloqué mi cabeza en el ángulo terrestre sobre el cuello, abandonando la pose de vorriano que había adoptado hasta llegar a los límites del Acre. Nadie me molestó mientras me dirigía hacia casa de Kramer.

En vez de la puerta delantera que utilicé el día anterior —que estaba cerrada por el interior, según descubrí— me fui por la puerta trasera y un chavalito de diez o doce años respondió receloso a mi llamada.

—¿Quién eres? —preguntó.

—Soy Gareth Shaw —dije y expliqué lo que me llevaba allí.

Cuando enseñé una de las brillantes monedas que llevaba encima, me dejó entrar.

—Mi padre tiene en estos momentos un cliente —me dijo, señalándome una silla—. Una mujer noble vorriana, creo. Siempre está bastante rato. ¿Te importa esperar?

—En absoluto —repuse—. ¿Cómo está hoy tu madre?

Una mirada de profunda tristeza cruzó el rostro del muchacho. Murmuró algo que no pude entender y volvió a una mesa en la que estaba preparando algo de comer, separando las partes podridas de algunas verduras. No hacía su trabajo demasiado bien; tenía el cuchillo con evidente torpeza y miraba y remiraba desde cerca cada verdura que cogía, a pesar de que la luz era muy buena. Al principio pensé que se trataba de un retrasado mental. Luego lo cansino de sus movimientos hizo que comprendiese con claridad el verdadero motivo. Padecía la enfermedad de la desnutrición, a pesar de que probablemente comía tanto como podía almacenar en su pequeño vientre.

Me acordé de las verduras que llevaba en mi saco e iba a sacarlas para ofrecérselas, cuando la voz de Kramer se alzó en la habitación contigua pronunciando una adecuada despedida en Vorriano. Decidí esperar. Oí abrirse la puerta principal y luego cerrarse y momentos después Kramer entró sonriendo de su salita de recibir, quitándose la capa negra que daba mayor aire de verdad a sus camelos.

—Bueno, ya hay otra en el bote... —comenzó, luego, al verme, se interrumpió, ensombreciéndose su rostro.

—¿Otra vez tú, Shaw? —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Que quieres ahora?

—No pareces muy complacido de verme —contesté manteniendo el saco sobre las rodillas.

—No —asintió tras una pausa—. No, puesto que anoche estuve hablando con Ken Lee. Creo que le conociste.

—El juez Olafsson ordenó a Ken Lee que no me mencionase a nadie —dije.

—¿Estás seguro? —Kramer dudaba.

—Por completo —repuse—. Pregúntaselo

al propio Olafsson, si gustas. No creo que sea recomendable tener en el Acre una lengua suelta.

Asintió, pero no desapareció su mirada hostil. Extendí en la palma de mi mano el saldo de sus honorarios del día anterior y tomó la moneda con rapidez.

—Veo que lograste sacárselo.

—No se lo saqué —dije—. Ella lo pagó para comprar mi discreción, porque ella sabía que te preguntaría qué es lo que me dabas.

De nuevo asintió.

—Sin embargo, si no te alegras de verme —proseguí—, por lo menos acoge bien esto —saqué algunas lechugas de mi saco.

Kramer se quedó boquiabierto. Era algo satisfactorio de ver.

—¿De dónde? —comenzó a decir con voz casi reducida a un susurro.

—Tengo unas pocas que cultivo para mí. Porque no me envían de la patria ni vitaminas ni dietas suplementarias. Pensé que a tu esposa le sentaría bien algo de esto, puesto que está bien claro que los comprimidos no le sirven para nada.

Con reverencia tomó las lechugas que le tendía, sacudiendo la cabeza y moviendo sus labios aunque sin pronunciar ningún sonido. Por último, dijo:

—Es una delicada atención por tu parte.

Shaw. Lo siento. Creo que te había juzgado mal —puso las ensaladas sobre una mesa y el muchacho interrumpió su tarea para olisquear primero y tocar con el dedo después lo que yo les había traído.

—¿Pero qué es lo que decías sobre recibir suministros procedentes de la patria? —preguntó Kramer.

—Bueno, ¿no oí, allá en la Tierra, que a vosotros, los del Acre se os permite recibir la carga de una nave cada mes?

—Sí es cierto.

—¿Y esa carga no está constituida principalmente por vitaminas? Vitaminas y cosas por el estilo.

—¿No habías estado nunca en el Acre hasta ayer, verdad?

—No, no había estado.

—Comprendo. ¿Qué es esa señal de tu mejilla?

Se lo expliqué. Kramer pareció exultar entusiasmo cuando acabé. Dando un par de palmadas, rió de buena gana.

—¡Ingenioso! ¡Oh, sí, ingenioso! Supongo que quieres algo para asegurarte de que tus amenazas a Dwerri se cumplirán, ¿verdad?

—No había pensado en eso —dije—. ¿Puedes tú...?

—¿Prepararte? ¡Nada más fácil! Ah... —buscó entre los tarros y latitas de las que eligió el filtro de amor de Shavarri el día anterior—. Esto servirá —

dijo por último, tomando una redomita plana de vidrio llena de un líquido aceitoso rojizo—. Oh, hasta tiene el aspecto de la sangre. Puedes colocar esto en cualquier lugar donde Dwarri pueda tocarlo; la correa del látigo sería el sitio más conveniente.

—-¿Qué efecto tiene?

—Es un derivado ácido del peyotol; hará que la víctima tenga algunas alucinaciones peculiares. Creo que es lo más apropiado para lo que le predijiste a tu verdugo.

Me dio el frasquito, riendo otra vez.

—No sé si podré llegar hasta su látigo. Nunca se separa de él.

—Drógale, entonces —de nuevo rebuscó en la estantería—. Un gas anestésico. ¿Duerme sólo, verdad?

—No muy a menudo.

—No importa. En una habitación pequeña, con esto tendrás bastante. Te deseo suerte.

Y a mi saco fue a parar el tubo de fluido grisáceo, reuniéndose con el alucinante rojo.

—Parece como si vayas a convertirte en un buen cliente —dijo.

De pronto me acordé,

—A propósito. He descubierto quién te recomendó a Shavarri —dije—. Se llama Cosra.—¿Cosra? ¿De la Casa de Shugurra?

—Eso es lo que pienso.

—Lo más probable. De vez en cuando es cliente. Una mujer muy joven y muy estúpida.

—Shavarri no tiene nada de estúpida —dije. Saqué del bolsillo el papelito con las instrucciones para la administración del filtro—: Te devuelvo esto. Ella se aprendió de memoria las instrucciones... gracias a Corsa, me parece... y lo que es más, me dio una buena descripción de los ingredientes de la mezcla y de su modo de operar.

Kramer curvó los labios al exclamar un “Oh” de asombro.

—¡Eso no me gusta! —exclamó después—. ¿Estás seguro?

Punteé con el dedo los diagramas de la estructura molecular.

—Uno de estos es algo análogo a la credulina, ¿verdad?

—Verdad.

—Y el otro probablemente es un complejo hormonal. Entonces, ella dio en la diana por dos veces.

—¿Pero no lo diría con tantas palabras?

Tan fielmente como pude le repetí lo que ella me había dicho. Pareció animarse algo más. Pero al poco se encogió de hombros y volvió al principio.

Es decir, tornó a lo que estaba haciendo.

Eligió una botellita con comprimidos amarillos de entre sus existencias, puso media docena en un pedazo de papel en forma de cucurucho y me los entregó.

—¿Para qué es eso? —pregunté.

—Para el caso de que Dwerri o cualquier otro quiera sonsacarte algo. Me sorprende que no lo tengas ya por tu propia cuenta. Una vez te tomas un comprimido puedes dejar en blanco, borrar de ti, cualquier información, simplemente repitiéndola y sub-vocalizándola.

—¿Por ejemplo?

—Pues, como el hecho de que... ¡Oh, pera debía ser evidente y sólo la buena suerte ha impedido que alguien se diera cuenta! No sé por qué te lo digo con tantas palabras, excepto que tarde o temprano me harías la pregunta esencial y si no se te proporciona la información definida que podrías borrar con un comprimido de olvido, podrías sin querer dejar caer algo que les hiciera deducir el resto. ¡Diablos, Shaw! ¡Reconociste en el diagrama la credulina! ¡Ah! —me arrebató el pedazo de papel—. Y el otro ingrediente principal es un compuesto hormonal. ¿Esas materias las sacamos de los árboles? ¿Dónde están los *árboles,* rayos y truenos?

Su rostro se volvía más y más colorado. Agitó su grueso índice bajo mis narices.

—¿Vitaminas de la patria? Conseguimos, con suerte, un cargamento de medicinas y dietas suplementarias cada cuatro embarques. ¡El resto es... *esto!*

Me señaló las latitas, jarros y redomas.

— ¡ Drogas ! ¡ Preparados hormonales !

¡Credulina! ¡Veneno! ¡Olvido! ¡Analgésicos! ¡Café! Y...

—¡Café! —le interrumpí—. ¿Qué efectos les produce el café a los vorrianos? Sé que pueden convertirse en adictos a la bebida esa, porque el Heredero Aparente Pwill está enviciado. Pero ¿qué efectos produce en ellos?

—¿El Heredero Pwill...? —me miró parpadeando—. Esa es una *buena* noticia, si me crees. ¿Cómo lo lograste?

—Nada tengo que ver en eso —confesé—. Me enteré anoche. En realidad se supone que hoy le tengo que comprar unas tomas y también se supone que he de convencer al Acre para que no le proporcione nada en absoluto, así me lo ha ordenado con urgencia su padre. Francamente, no sé qué hacer. Bloquear el suministro lo convertiría en un inútil práctico, pero, por otra parte...

—Oh, tendrás que ir a ver a Olafsson. Eso es demasiado grande para mí. En principio, probablemente te dirá que sigas proporcionándole café; eso nos dará algo con que tenerlo dominado y poderlo utilizar cuando Juzguemos que realmente puede sernos útil.

Me parece que es el pez más gordo que mordió nuestro anzuelo.

Medité despacio en su última frase.

—¿Entonces, hay ya muchos? —pregunté.

—¿Por qué te crees pues que nos hacemos enviar café hasta Qalavarra? Es algo que ocurre de manera natural y nos hace un buen trabajo. Los efectos del café en nosotros, son dobles, triples, veinte veces mayores en los vorrianos. Lo descubrimos en la patria, poco después del armisticio. Algunos soldados que tomaron café se volvieron frenéticos. Por último se les prohibió

y pasaron muchos años antes de que nadie pudiera entrarlo de contrabando en Vorra. No creo que consigamos que la gente de las casas lo tome, porque sus fuerzas han estado de guarnición en la Tierra y reconocerían el género y sabrían los efectos que produce. Pero hemos tenido mucho éxito entre la población libre. Los más altos cargos de la ciudad, el jefe de policía —se frotó las manos—. Si se mete en el Acre para hacer una limpieza, sabe que se quedará sin suministro. El chantaje no es exactamente una cosa muy dulce, pero de él depende nuestra supervivencia.

—Pwill en persona... anoche... en apariencia no sabía lo que era el café, ni qué efectos podía producir.

—Pero es que él fue gobernador de la Tierra.

—Exacto —dije—. Quizás ahora podía, extenderse su uso entre las casas, poco a poco.

Kramer osciló con fuerza sobre sus talones, como si asintiera con todo su cuerpo.

—Bueno, como yo dije —Suspiró—, eso queda demasiado alto para mí; yo sólo puedo vender el género.

Hice tintinear las monedas, creyendo así dirigirle una indirecta. Hizo un gesto rápido, de negativa.

—¡No, no, no! Ya has pagado con tu trabajo en la casa... extendiendo la alarma, y la dependencia entre los vorrianos.

—Entonces, ¿qué hay del café para Pwill?

—Igual. Ve a ver a Olafsson —los ojos de Kramer comenzaban a clavarse insistentes en las ensaladas que yo le había dado, así que me levanté.

—Espero que eso le siente bien a tu esposa —dije—. Trataré de traerte más cuando tenga oportunidad.

—¡Gracias! —me estrechó la mano y me acompañó fuera, y no me quedó la menor duda de que nada más cerrarse tras de mí la puerta, se lanzaría contra las ensaladas y arrebatando a su hijo el cuchillo, se pondría a limpiarlas y aderezarlas.

Me esperaba alguna dificultad o retraso para ver a Olafsson. No lo hubo. De hecho, me llevé la fuerte impresión de que él hizo que alguien abreviase su visita para poderme dedicar más tiempo. Y no se mostró tan severo como el día anterior al hablarme. Al entrar en su despacho, Sessions no estaba presente; eso me convenía, porque bajo la dura mirada de aquel hombre me encontraba incómodo.

Arrellanándose en su sillón, el juez me preguntó el motivo de mi visita.

—Tengo un par o tres de cosas que consultar —dije dubitativo—. La primera es lo que usted me contó acerca de la falta de dietas suplementarias. Tengo unos cuantos paquetitos de semillas de vegetales terrestres que pueden sembrarse y pensé que se podrían cultivar en macetas sobre los tejados, ¿no?

Expresado así, estaba seguro de que alguien debió intentarlo antes, como así era, en efecto. Olafsson me obsequió con una sonrisa cansina.

—No es mala idea. Pero inútil —contestó—. Por culpa del humo. El aire

de la ciudad está cargado de humo a baja altura. ¿No lo has notado?

Sí, lo había notado... una bruma amarillenta saliendo de cada chimenea en cada casa donde la gente hervía agua para cocinar o la calentaba para lavarse.

—Hay un componente sulfúrico en la madera y el carbón vorriano, no soy químico, pero me lo han explicado quienes lo son, que con facilidad es asimilado por las plantas terrestres. Lo sacan del humo, ¿comprendes...? puesto que pasa por el acto de arder sin cambiar en absoluto. Luego, una vez asimilado ese componente sulfúrico, nuestras plantas se convierten tan malas nutricionalmente como las vorrianas. Las hace ásperas y faltas de vitaminas. Si tú quieres cultivar tus verduras en alguna parte para que el humo no caiga sobre ellas, tienes que asegurarte de que el terreno es el apropiado y…

—Eso hice... —dije.

Y me interrumpí.

Lo sabia desde mi llegada a Qalavarra. Pedí un trocito de terreno bien alejado del edificio más próximo por esa misma y exacta razón. Sólo en este instante lo recordé.

Olafsson me examinaba con atención, dé eso me di cuenta, mientras trataba de recuperarme de mi asombro.

Otros puntos bailaban en mi mente. Reconocí antes la estructura molecular de la credulina, me acordé de su nombre y de sus funciones. Pero aquello era un conocimiento muy especializado en verdad. Sin embargo, yo había comprendido el efecto del café en el metabolismo vorriano.

¿De veras lo había comprendido?

De pronto no supe dónde estaba. Traté de resumir los hechos y parecieron resbalar de mi mente, como si fueran jabón en el agua, eludiendo una firme presión. Supe, y no sabía, una cantidad notable de hechos. Por ejemplo, lo que Kramer había dicho acerca de los embarques de la Tierra... eso me parecía como si debiera ya haberme sido familiar. ¿O es que mi mente me estaba jugando triquiñuelas? ¿Acaso deduje de mi subconsciente que las drogas y complejos hormonales no podían haber sido preparados en la simple y rudimentaria cocina de Kramer?

—Desembucha de una vez, Shaw —dijo Olafsson con voz tranquila—. Has de saber que soy un hombre muy ocupado.

Me di cuenta de que me había distraído un momento. Sessions había entrado sin que yo lo advirtiera; ¡mi mente estuvo enfrascada absolutamente en aquella divagación! Deshaciéndome en excusas volví al asunto que me había llevado allí.

XI

Como Kramer había esperado, Olafsson se mostró inflexible negándose a suprimir al Heredero Aparente Pwill su suministro de café. Eso, en efecto, era el motivo de que Pwill En Persona hubiera salido el día antes del despacho con un genio de mil diablos. Tragándose su orgullo —con toda probabilidad porque Llaq se lo había sugerido —acudió a Olafsson para pedirle que diera la orden de no proporcionar más café a su hijo.

Claro que Olafsson tuvo que decirle que el Acre no se gobernaba como cualquier gran casa; que no había flageladores para obligar a cumplir las órdenes dadas por la superioridad. Si alguno del Acre decidía proporcionar café a Pwill, hijo, nada podía hacer Olafsson para impedirlo, por muy juez que fuese del alto tribunal del Acre y ciudadano respetado de alta categoría.

Tarde o temprano habría jaleo por causa de aquello. De momento, puesto que la Casa de Shugurra estaba en el gobierno, no era problema ni probable que Pwill descendiera al Acre y lo limpiara, como había amenazado hacer. Pero, si el equilibrio del poder se inclinaba hasta caer en manos de Pwill y éste podía apoderarse del gobierno con algún golpe de mano, entonces la situación sería poco menos que infernal y se pagaría muy caro el haber desobedecido las órdenes del noble.

Por consiguiente, cuando regresé de la ciudad en este mi segundo viaje al Acre, portaba no sólo una buena cantidad de mercancías interesantes de Kramer, sino el peso completo de un grave problema que acababa de gravitar sobre mi, descansando por entero en mi regazo.

* * *

Durante algún tiempo las cosas marcharon excelentemente bien. Pasaron sólo dos noches antes de que pudiera deslizarme hasta el cuarto de Dwerri tras verter el contenido del tubito de Kramer por debajo de la rendija de la puerta. Su látigo colgaba de dos alcayatas en la pared encima de la cabecera de su cama. Llevé conmigo una cazuelita de barro cocido terrestre; vacié el contenido del líquido rojizo de la botellita en la cazuela y dejé que la correa del látigo se empapara bien hasta que los efectos del gas anestésico comenzaron a dispersarse y tuve miedo de que Dwerri despertara y me reconociese. Entonces me deslicé en silencio, dejando que el látigo se secara en la pared, colgado como antes.

Poco después de eso a Dwerri le ocurrieron algunas cosillas bastante peculiares. Y no sólo a Dwerri, sino a más de uno de los servidores a quien tuvo que azotar en el siguiente par de días. No había pensado en eso, Claro, si las alucinaciones se introducían en el verdugo sólo porque pasara los dedos por la correa del látigo ocasionalmente, mucho más y mejor penetrarían en la piel de los desgraciados que eran flagelados.

Pero eso no se podía evitar.

El látigo de Dwerri no era sólo una afectación, según las costumbres vorrianas, era el emblema de su oficio y un símbolo con supertonos casi místicos. Tenía que llevarlo muy serio y ceñudo. Sin embargo, parecía un ser muy desgraciado cuando me tropecé con él pocos días más tarde en el patio principal de la hacienda, a la vista de muchas gentes, curiosos, comerciantes de la ciudad llegados para negociar un intercambio de sus objetos por alimentos de las granjas, miembros del personal de la familia e incluso un par de parientes menores de El En Persona.

Detuve a Dwerri cuando pasaba junto a mí eludiéndome con la mirada baja.

Por casualidad afortunada le acompañaban los dos ayudantes que estuvieron presentes en su anterior y abortado intento de darme latigazos a instancias de Shavarri. Pasándome el dedo por la mejilla en donde quedaba la marca del látigo todavía visible, dije con voz cantarina:

—¿Qué tal te va últimamente, Dwerri?

No se atrevió a mirarme y murmuró algo incoherente.

—¿Qué tal está el látigo que manchaste con mi sangre terrestre? —proseguí inexorable—. ¿Se porta bien?

Al mirar en mi torno comprendí que casi todos me habían oído y que quienes comprendieron el asunto explicábanlo en susurros a quienes, no.

Ahora Dwerri se volvió, encarándoseme, moviendo la boca y dejando que algo de espuma se le escapara por una de las comisuras. No sólo se sentía desgraciado, sino también muy enfermo.

—¡Mula de padres desconocidos! —me insultó—. ¡Este látigo está sediento de más sangre tuya!

Alzó el látigo de sus manos y lo apretó contra sus labios en una especie de beso reverente. Sus dos ayudantes retrocedieron al instante emitiendo una especie de atemorizado siseo.

Pero ahora comprendí que el verdugo hablaba en serio y que estaba dispuesto a azotarme sin contemplaciones. Conocía bastante el temperamento y las costumbres vorrianas para estar seguro de ello. Tuve que apelar a todas mis fuerzas para no huir. Pero fríamente, en lo más profundo de mi cerebro, consideraba que si la alucinación podía pasar por su epidermis en alguna parte de su cuerpo, con mayor rapidez penetraría por sus labios, así que confié en sus inmediatas consecuencias para que me salvara de la iracunda flagelación del verdugo.

¡Y se produjeron!

Ya se lanzaba Dwerri sobre mí, cuando algo pareció distraer su atención... algo invisible a lo que trató de azotar con su látigo.. El chasquido de la correa fue como un toque de alarma para toda la gente del patio y su eco fue devuelto por los edificios cayendo sobre nosotros de manera impresionante. Para alguno de los presentes, el resultado fue desgraciado; la punta del látigo de Dwerri les pilló a mano y les dio en la espalda, en el brazo, o en los tobillos, según su proximidad al alucinado verdugo y momentos más tarde todos se

vieron asaltados por horrores invisibles como los que plagaban a Dwerri.

Grité alto, muy alto, para que todos pudieran oírme:

—¡Lamento que sufráis vosotros, seres inocentes! ¡Pero ese látigo me cortó la mejilla y mi sangre terrestre impregnó su correa!

Comenzaron a alejarse de mi, intercambiándose miradas de asombro, aun cuando yo no había dicho más que la pura verdad. Mientras, Dwerri, echando espuma por la boca, gritó horriblemente diciendo que *cientos* iguales que yo le estaban atormentando.

Con toda evidencia su sobreexcitada imaginación había establecido una relación entre sus alucinaciones y su ataque contra mí; ahora, por esa causa psicológica, las alucinaciones tomaban mi figura.

Llevaba varios minutos girando en torbellino, dando latigazos a diestro y siniestro y gritando como un poseso, cuando Pwill En Persona percibió el ruido y el estruendo y entró en el patio con una serie de guardias armados, exigiendo a voces una explicación.

Ansiosos de servirle, los que habían presenciado el incidente se lo contaron, tan exactamente como a mí me convenía. Tras oírlos, Pwill mandó a sus guardias que redujeran a Dwerri a la impotencia, lo que lograron por el expeditivo procedimiento de lanzarse sobre él y doblarle los brazos en una fuerte presa por encima de su cabeza hasta casi dislocarle los músculos del hombro.

—¿*El* te hizo la señal que llevas en la mejilla? —me preguntó Pwill.

Me incliné reverente y asentí, sin decir palabra.

—¿Su estado actual es cosa tuya?

Negué con la cabeza.

—Suya propia —dije lacónico—. Desde que trató de darme de latigazos, tiene visiones como las de un loco o las de un hombre recomido por la fiebre.

Oí cómo entre la multitud se alzaba un susurro. Pwill lo cortó en seco con una mirada flamígera.

—¿Intentó azotarte? ¿Quién lo ordenó? ¿Cuándo?

—Hace unos días —dije—. Pero con todos los respetos para con El En Persona, no responderé a ninguna otra pregunta. Como vos podéis ver, el asunto se ha resuelto por sí mismo y ya no le guardo rencor a nadie.

Pwill dudaba. Pero no se atrevía a ofenderme ahora que yo conocía el secreto celosamente guardado del desgraciado y despreciable vicio de su hijo. Se limitó a gruñir y a dejar las cosas tal y como estaban... es decir, constituyendo un campo fértil para que los rumores creciesen.

—Deshaceos de él —ordenó a sus guardias con sequedad, señalando a Dwerri. Su mirada se posó en uno de los ayudantes que destacaban un poco de la multitud—. ¡Tú! ¡Coge ese látigo y le reemplazarás en el trabajo!

—Estoy... abrumado por el honor que me concede El En Persona —susurró balbuciendo el hombre, para luego alzar la voz y gritar temeroso—: ¡Pero con todos los respetos, creo que el látigo está embrujado!

Le dirigí una lobuna sonrisa y luego reasumí mi expresión de suma

inocencia, una vez estuve seguro de que la gente se había dado cuenta de mi gesto.

Pwill se volvió de nuevo hacia mí, las cejas dando aspecto tormentoso a su expresión.

—¿Es verdad? —inquirió.

Extendí las manos.

—No lo sé —repuse—. Con seguridad su punta tiene mi sangre.

—¡Entonces quémalo! ¡Y tú! —añadió, señalando al nuevo verdugo—, confecciónate un látigo conveniente para el trabajo y vienes a verme a la puesta del sol para que lo inspeccione.

Ese fue el principio de mi reinado sobre la Casa de Pwill. Pude medir el crecimiento de mi fuerza de una docena de maneras. Por ejemplo, poco a poco mis colegas del personal de servicio —a pesar de que les ofendió cruelmente hacerlo así— dejaron de dirigirse a mí con las formas vorrianas de igual a igual y empezaron a utilizar las de inferior a superior. Las esposas jóvenes y sus parientes e hijos, que antes me mandaban con tanta facilidad como a cualquier otro servidor de la familia, dejaron de recurrir a mis pequeños servicios. Todas excepto Shavarri, de la que comencé a convertirme en una especie de confidente.

Todavía más: Mis obligaciones se hicieron más ligeras día a día. Siempre se encontraba a alguien para que hiciese las cosas en vez de mandarme a mi, incluso las tareas que antes constituyeron mis obligaciones habituales.

Y Swallo, que fue el único sirviente de la casa a quien podía llamar amigo, se me mostró en realidad bastante distante. Fue Swallo, en efecto, quien me dijo que mi dogal se había completado, porque vino a mí como pudo haber acudido a un hermanastro del heredero, una tarde después de ponerse el sol cuando la puerta estaba cerrada y había sido relevado de su servicio, con una petición que encontré sorprendente porque sabía yo que él tenía setenta años, aunque bien conservados. Sonriendo, con la boca torcida hacia arriba por un lado, como de costumbre, se inclinó y se tocó la cicatriz con la mano y me preguntó si yo tenía algún medio para deshacer el daño que las armas de mi raza le habían causado en la cara, puesto que estaba seriamente pensando en volverse a casar y ninguna mujer querría aceptarle con aquella cicatriz tan visible de la horrorosa quemadura que calcinaba y ennegrecía su rugoso rostro.

Le dije que no. Pero recordando lo bien que me había tratado cuando yo sólo un simple siervo de la clase que la gente del Acre me acusó de ser, le conseguí una poción similar a la que obtuve para Shavarri y no tardó mucho tiempo en tener tres esposas tan bonitas como pudiera pedirse según el gusto vorriano: sólidas, de gruesas caderas y poco habladoras.

Eso fue dos meses más tarde. Claro que yo no tuve que esperar todo ese tiempo para que llegase a mis manos el poder. Tuve que hacer algunos trabajitos arteros y llenos de triquiñuelas, antes.

El asunto de Pwill, hijo, y el café era el peor. Por una parte tenía que

satisfacer a Pwill En Persona procurando que creyera que se le había cortado el suministro de café a su hijo. Por otra, tenía que entregar ocasionalmente al heredero el puñadito de granos de café que necesitaba. Un puñadito de esos le duraba mucho tiempo —cinco días o más— porque el efecto del brebaje en el metabolismo vorriano era tan fuerte que él no necesitaba más que beber unos pocos sorbos de una solución muy acuosa del producto

La solución me llegó como un relámpago cegador, cuando estaba a punto de entregar la primera remesa. En lugar de dársela a Pwill, hijo, se la entregué a su amigo íntimo Forrel, a quien no creía adicto a la poción terrestre. Hice bien. Descubrí que Forrel era un hombre del que se hubiera podido ser amigo de no pertenecer a la raza de los conquistadores y poseer por tanto alguna buena porción de altivez: de todas maneras respondió bien a mi pretendido interés por su amigo.

—Si se lo doy directamente —argüí entregándole el café—, puede tomar una dosis excesiva y volverse medio loco, o morir. Si se lo guardas tú, podrás racionárselo de manera que su padre llegue a creer que él gradualmente se va recobrando de los efectos y recupera su propia personalidad. Eso nos beneficiará a ambos.

—¡Terrestre, eres un embaucador que sabe jugar con dos barajas! —fue su respuesta, aunque demostró una cierta admiración a su pesar. Sin embargo, tomó el café—. Tengo que confesar que hubo un momento cuando Pwill En Persona estaba tan furioso con su hijo por la conducta poco correcta del muchacho, que no veía ante mí otro porvenir menos negro que ser degradado de mis galones y enviado a trabajar los campos como un siervo vulgar y corriente. ¡No me gusta nada en absoluto, este asunto! Sin embargo, el Heredero Aparente Pwill se pone tan enfermo cuando le falta el café y le vemos tan inteligente, diestro y enérgico cuando lo toma, que no tengo más remedio que hacer lo que me sugieres.

Debió haber sido capaz de influir en el heredero mucho mejor que yo, porque todo fue a las mil maravillas. Durante unos cuantos días, mientras él estuvo corto de raciones de café, Pwill hijo, aparecía decaído e irritable. Poco a poco comenzó a ser más brillante, como si se fuera recuperando. Sólo él mismo, Forrel y yo sabíamos la verdad... que ahora tenía el café diario que tanta falta le hacía. Puede ser que su padre prefiriera engañarse a sí mismo, o aparentarlo; pero de lo que sí estoy seguro es que su madre Llaq cerró los ojos y no quiso ver lo que no le convenía en absoluto, puesto que de otra manera habría salido perjudicada.

Bajo el estímulo de lo que era para él una droga respondió de un modo que casi me alarmó. Nunca fue un hombre de acción, de eso estaba completamente seguro porque no en vano fui su tutor. Ahora adquirió la habilidad para tomar decisiones, para comprender las cosas por completo, para adquirir y asimilar informaciones y su padre, no receloso de nada en apariencia, estaba encantado. Allí, por primera vez, parecía haber un heredero digno de él.

Eso me habría alarmado de no saber bien que una palabra mía podría reducirle a la situación anterior, si no le colocaba en una mucho peor.

Al principio sentí remordimientos. Luego pensé en los habitantes del Acre. Me acordé de la señora de Kramer, que había muerto una semana o así después de mi primera visita a su casa. Pensé en Marijane Lee y en su hermano Ken, y en el juez Olafsson y en el propio Kramer. Pensé en los millones que habían muerto durante la guerra —guerra que nosotros no provocamos— y en los muchos más millones que fallecieron de hambre, o que fueron utilizados como blanco para los ejercicios de tiro de los vencedores o cayeron simplemente víctimas de enfermedades que, a no ser por las consecuencias de la post-guerra, pudieron haberse curado. Era aquel un negocio sucio, sin duda. No había razón de argüir que nosotros los terrestres no fuimos quienes buscamos la guerra... aunque sí era una buena excusa.

así que endurecí mi corazón y seguí intrigando para desintegrar la Casa de Pwill.

XII

Todo fue bien. Pero no todo marchó tan estupendamente como el episodio de Dwerri, o el acuerdo con Forre acerca del suministro de café a su Heredero Aparente Pwill. ,Y no importa lo complacido que me sentía con mi pequeño éxito local, había un problema que me asustaba continuamente hasta minar mi confianza.

El mismo punto, que me había trastornado y sorprendido en el despacho de Olafsson, en el Acre, siguió volviendo a mí. ¿Por qué había estado yo en Qalavarra, en mi puesto de confianza e influencia, durante siete mortales meses sin utilizar mis oportunidades? Ahora, en realidad, tenía algunos resultados con que pagar mis esfuerzos tardíos pero todo aquel tiempo que yo había estado viviendo como un típico siervo de los que constituían el desprecio para las gentes del Acre, cómodo, bien alimentado, sin exceso de trabajo; mientras que mis paisanos terrestres del Acre estaban intrigando, forcejeando y muriendo.

Cuando me concentraba en está cuestión, parecía perder el control de mi mente. Mi memoria se nublaba. Perdía rastro de las diferencias entre los hechos que en realidad me recordaba y los hechos que pude haber hecho encajar en el subsconciente para resumir el estado de los asuntos cuando lo descubrí.

Por ejemplo, el Acre en sí. Yo había sabido de su existencia... ¡Debí saberlo! Incluso allá en la Tierra circulaban rumores, cuentos, narraciones; en mi primer viaje hasta el Acre para cumplir la misión encomendada por Shavarri me sentía ansioso de comprobar si los rumores eran ciertos. Conocí de inmediato las calles que limitaban la zona, recordando sus nombres al instante. ¿Por qué no podía ir más allá de eso?

Muchas veces permanecía despierto, mirando a la oscuridad de mi habitación, durante horas sin fin antes que mi cerebro torturado se relajase y me permitiese dormir, preocupándome por la-misma paradoja imposible. No podía ser que yo fuese un simple egoísta, un hombre vegetativo y tranquilo, Pwill era un juez demasiado bueno para la humana naturaleza... vorriana o terrestre.., y no hubiese solucionado a una persona de esa índole como tutor de su hijo y Heredero. Sin embargo si yo no lo era, ¿por qué me había mostrado tan pasivo durante aquellos siete meses, cuando mi mismo instinto debía haberme puesto en contacto con la gente del Acre y preguntarles qué es lo que podía hacer mejor para servir la causa de la Tierra desde mi posición única?

Otros recuerdos incontables se amontonaban sobre aquellos cimientos. Me acordé de como Olafsson había ordenado a Ken, Gustav y Marijane saliesen de su despacho cuando me entraron para interrogarme, y como les ordenó que no mencionasen a nadie el episodio. Recordé la mirada de disgusto de Marijane cuando descubrió el escudo de mi casa en mi brazo. Recordé el modo apasionado con que yo traté de convencerla de que estaba equivocada acerca de que yo fuese un simple siervo... y me pregunté si en

realidad tuve más interés en convencerla a ella, o en convencerme a mí mismo.

Una vez, mientras estaba luchando todavía con mis desgarrados pensamientos porque me sentía exhausto y no solamente deseaba, sino que necesitaba dormir, se me ocurrió una idea que era demasiado débil para debatirla por mí mismo, así que se limitó a descansar simplemente en la parte delantera de mi mente hasta que la abandoné. La frase es apta; en aquella ocasión, sentí como si la abandonase al irme a dormir, al atravesar el pozo de la oscuridad.

La idea debió de permanecer en mis sueños, porque cuando desperté a la mañana siguiente descubrí que la había llegado a aceptar.

Había perdido la necesidad de justificarme yo mismo en mis acciones. Incluso abandoné el forcejeo imposible. Pero en su lugar tenía una necesidad más fuerte: necesitaba justificarme a mí mismo y a alguien más a quien de ordinario identificaba con Marijane.

Eso me turbó durante un rato. Luego recelé que ella era, después de todo, la primera chica o mujer terrestre que había visto desde que llegué a trabajar a Qallavarra. Quizás, me dije a mí mismo, eso la hacía a ella una especie de símbolo para mí. Yo no había encontrado muy difícil estar sin mujeres, hablando en general y dudaba que hubiese allí una implicación mucho más profunda emocionalmente. Pero necesitaba demostrarlo bien demostrado, al mismo tiempo que explicarlo en palabras, para comprender los motivos que tuve para comportarme como lo había hecho y, desde entonces, en un sentido que fue Marijane quien primeramente me mostró cómo había desperdiciado mi tiempo, por lo que necesitaba también demostrárselo a Marijane.

Por suerte la primera persona que sufrió mi recién hallada autoridad fue alguien tan odiado generalmente como Dwerri. Si hubiese sido alguien que gozase de mayores simpatías entre el resto del personal de la casa de Pwill, no lo habría pasado tan bien coma lo pasé. En particular, comprendí, yo iba a lograr ser odiado y despertar sospechas de tres grupos importantes de la administración de la hacienda.

Los más influyentes eran los miembros jóvenes de la familia de Pwill... entre ellos, las otras esposas además de Shavarri.

No me había equivocado en mi deducción del uso que Shavarri intentaba hacer de la poción o filtro de amor que le traje. Debía llevar esa mujer bastante tiempo insatisfecha con su estado de Sub-dama. Bueno, eso no era sorprendente; todas las esposas jóvenes no se encontraban satisfechas. La única entre ellas era Shavarri que había tenido el valor de hacer algo por remediarlo. Entre los serrallos de las varias grandes casas se permitía una cantidad limitada de visitas, animados, creo, por la esperanza de que los informes útiles que pudieran recogerse de los planes de los rivales en la serie infinita de cabildeos por el poder pudieran averiguarse mediante ese modo de las visitas... y debe haber sido en una de tales visitas que Cosra, de la Casa de Shugurra, sugirió a Shavarri que recurriese a la ayuda de Kramer.

Kramer había descrito a Cosra como una Joven estúpida y codiciosa, o poco más o menos. Ahora dudaba yo de que Shavarri fuese estúpida o codiciosa. Por las sospechas que había concebido hablando con ella reuní que una de las razones no menos insignificantes para decidirse a emprender una acción era la destrucción de su fantasía original acerca de lo que podía llegar a ser la vida como esposa joven.

Pwill era un hombre equilibrado. También él tenía, grandes ambiciones para el futuro de su casa. Con mucha frecuencia, había oído yo, las fortunas de una casa que parecían inmutables en la ascendencia habían sido destruidas por subsiguientes sucesores rivales que luchaban por la jefatura a la muerte del padre fuerte. No estaba dispuesto a dejar que eso ocurriese en su caso si podía evitarlo. Ya no era joven y tenía otros cinco hijos ya mayores, además del Heredero Aparente Pwill.

Eso no había sido desconocido en el pasado, también, porque el hijo de una esposa Joven en la historia había logrado alcanzar el poder arrebatándoselo al Heredero legal. Shavarri albergaba tal esperanza de que la historia se repitiese en su propio hijo. Desgraciadamente para su secreta ambición, poco después de que ella se casase, Pwill decidió que ya había tenido bastantes hijos y adoptó los pasos directos y brutales para asegurarse que sus esposas no darían más. Yo sólo esperaba, por el bien de las esposas, que hubiese recorrido a los servicios de un cirujano terrestre en lugar de dejar el trabajo a uno de los matasanos vorrianos.

Probablemente fue la silenciosa frustración de su sueño de mujer lo que me hizo pensar que Shavarri era menos inteligente de lo que resultó ser. Con certeza, una vez tuvo ella el filtro de amor, no perdió tiempo en usarlo. Al cabo de un par de meses era ella quien llamaba a Pwill y quien en ocasiones, cuando él deseaba compañía en su cama, Shavarri, indefectiblemente, concedía el alto honor. (Las ocasiones, según me enteré por los rumores, cada vez eran menores. Pero es que Pwill ya no era joven). Los celos que despertó esto entre las otras esposas resultaron bastante naturales.

Estaba completamente seguro de que Shavarri nunca permitiría que nadie admitiese que había obtenido para sus fines un filtro de amor terrestre, porque sus planes se habrían derrumbado estrepitosamente, pero pude advertir del modo en que los celos cayeron sobre mí que tras las acortinadas puertas del serrallo las lenguas no dejaban de funcionar y que las mentes agudizadas por años de mezquinos complots e intrigas, iban sumando dos y dos.

Por fin los celos alcanzaron hasta Llaq que probablemente pensó que su influencia como esposa decana y socia única en los asuntos de Estado de su marido eran bastante prueba contra cualquier ataque. Eso le demostró que estaba equivocada, según deduje. Pero de acuerdo con lo que aprendí de Shavarri, me imaginé que en algunos pequeños asuntos Pwill En Persona se había negado a estar de acuerdo con ella y que había aceptado en su lugar el consejo de Shavarri. Shavarri nunca se había excedido en las dosis del filtro de amor e incluso este en su modificación vorriana de la credulina era una

droga poderosa capaz de promover la sugestionabilidad.

Y yo le había traído de Kramer una lata llena de dicho material.

Me cosió largo tiempo comprender esto. Cuando por último llegué al punto crucial, casi me abofeteo yo mismo. De acuerdo con las instrucciones de administración que yo había leído, cinco o diez dosis pequeñas producirían un resultado permanente. Dándole medio kilo del material precioso implicaba que Kramer, o quien dio a Kramer sus órdenes, deseaba que Shavarri explotase hasta el máximo su oportunidad. Empapado hasta las entrañas de credulina. —A Pwill aceptaría de ella el consejo más loco y sería incapaz de oponerse e interrogarla.

Otro grupo de personas de quien sabia que tenía que esperar hostilidad era de menos importancia. Desde mi elevación a la confianza de ambas cabezas de la casa y de su Heredero en el asunto del café, nadie se mostraba ansioso de seguir mandándome que realizase mis pequeños deberes como camarero del servicio. Por consecuencia pronto los dejé a cargo de camareros más jóvenes y puesto que había demostrado ser industrioso en organizar las cosas a mi manera eso significó para todos una carga extraordinaria de trabajo.

Yo no me había dado cuenta de cuán profundamente había alterado las disposiciones que existieron hasta antes de mi llegada, si es que se puede llamárseles así. Incluso en un asunto tan sencillo como el suministro de carne y verduras de la hacienda, llevado de una forma indiferente y descuidada, resquebrajándose por todas las junturas excepto en donde éstas estaban engrasadas y tapadas con sobornos. Yo había contribuido, dando pasos pequeños de cuyos detalles apenas podía acordarme, a mejorar todo ese servicio. Recién llegado de la Tierra, con sagacidad y buen criterio, simplemente, me ofendieron tales mezquindades.

Mientras yo estuve en el trabajo, no di oportunidad a mis subordinados de llevar las cosas de otro modo. Ellos se resentían más acerca de mi origen terrestre que de mis ideas, que eran buenas, como todos podían ver. Ahora que se les dejaba a sí mismos para encargarse de todo el complejo del problema de los suministros, empezaron a ver lo mucho que dependían y habían dependido de mí. No les había importado, naturalmente que yo hiciese todo el trabajo. ¡Para eso estaba yo allí!

Pero yo podía sobreponerme a sus mezquinos enojos. Mucho peor, quizás tan peligrosos como los celos de varias esposas, era la vaciedad de un grupo de personas que yo había previamente ignorado.

Lo supe, de manera vaga, por los indicios tales como la imagen que Swallo conservaba en su despacho junto a la puerta y que sacaba de vez en cuando, al enfrentarse con algún jaleo para depositarla sobre la mesa ante su grueso registro, y eso me indicaba que allí había varios cultos los que los miembros de bajo rango de la casa pertenecían. Había oído los cánticos y la música en festividades ocasionales celebradas en los poblados de la hacienda entre diferentes grupos de trabajadores. Los metalúrgicos tenían un culto fuerte; entre los soldados, otro era popular y cada compañía mantenía por

suscripción de sus miembros a una especie de sacerdote. Esa clase de superstición no pareció extenderse mucho entre los altos rangos, en particular dentro de la propia familia.

Dejando aparte aquel juramento —el juramento por los siete dioses de casca olla— que le oí pronunciar, Pwill En Persona parecía no creer en ningún Dios en absoluto. No obstante se veía obligado en ocasiones a presidir ceremonias religiosas; yo estuve presente en varias a pesar de que jamás me fue posible percibir ni rastro de invocación a fuerzas sobrenaturales en lo que se decía o cantaba. El ritual estaba estructurado para inducir a las gentes a una especie de temor y reverencia generalizados. Si en algún sentido era alguien adorado, era Pwill En Persona como cabeza de la Casa.

Pero después de ponerme en el negocio de ser un hombre misterioso yo mismo, en especial después del asunto del látigo de Dwerri que había convencido a mucha gente de que yo era el culpable de lo que pasaba, descubrí que había juzgado mal esta decisión en los diversos sacerdotes y dirigentes religiosos que pretendían aumentar su influencia. Varias veces me encontré confusos amuletos y encantos en mi habitación, bajo mi almohada o clavados en saquitos en la puerta y vino el tiempo en que se me hizo claro que la gente responsable deseaba encontrar algo que fuese más eficiente que los meros conjuros. Una vez, cuando cogí un saco que parecía igual que otro en las largas series de los que (aparecieron clavados a la puerta, algo se movió dentro. Con rapidez lo dejé caer y lo pisoteé y contenía un reptil venenoso, una cosa con cuatro patas y una concha quitinosa y unos colmillos huecos de cosa de dos centímetros de largo.

Al día siguiente efectué una ronda por varios poblados de la hacienda y tan a menudo como pude hacerlo sin ser observado coloqué unos cuantos conjuros propios a la puerta de la Casa del Hechicero.

Consistían en el nombre de Dwerri escrito en letras vorrianas sobre una tira de cuero blanco.

Tan sencillo como era, resultó, y gocé durante varios días de paz completa.

Pero la paz no iba a durar.

Era costumbre, cuando algo iba mal con uno de los vehículos impulsados por energía solar de la hacienda y de construcción terrestre, y allí había varios centenares de ellos, la mayor parte adquiridos por Pwill durante su mandato de gobernador en la Tierra, enviar al Acre en busca de un mecánico que los arreglase si la tarea era demasiado complicada para uno de los mal adiestrados campesinos que eran una especie de herreros en la hacienda.

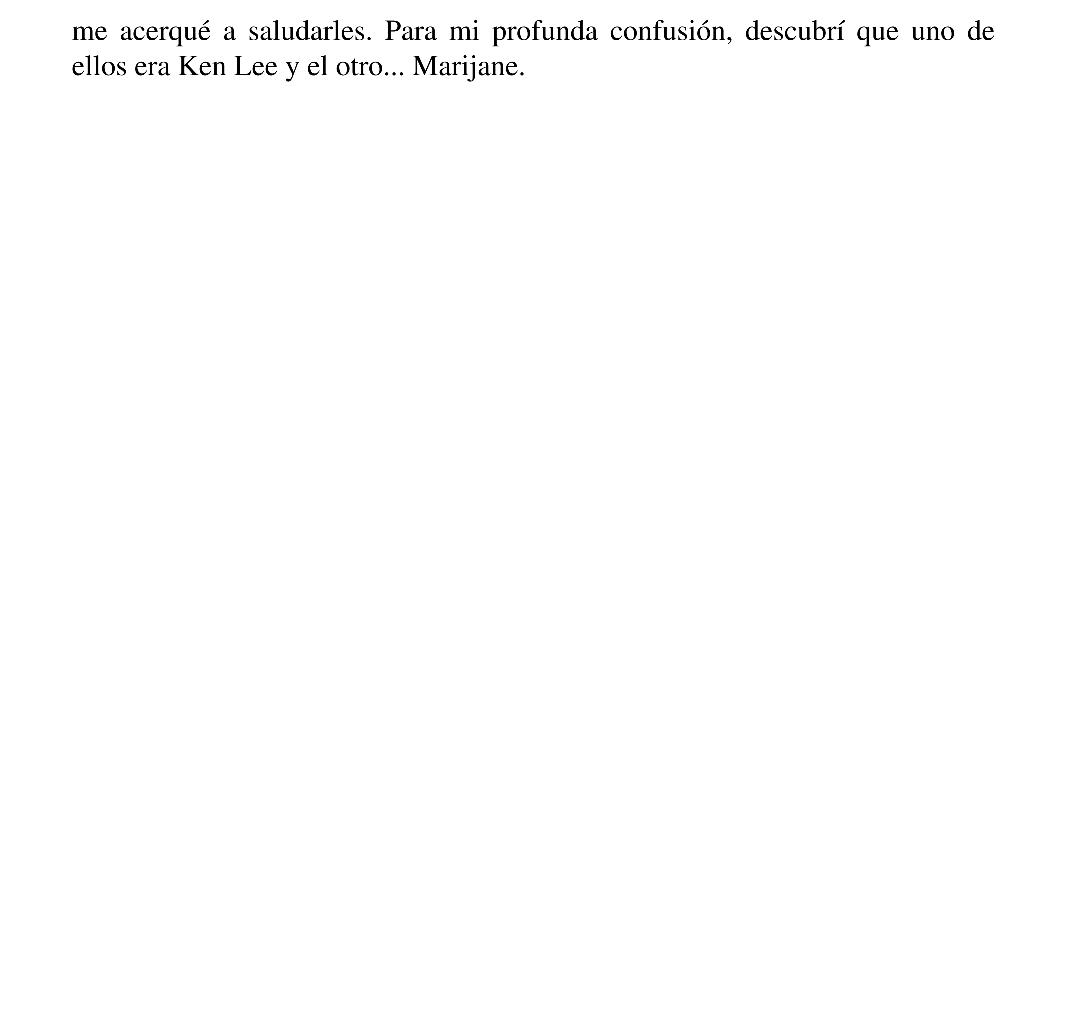
En el pasado, jamás me tomé la molestia; de trabar conocimiento con cualquiera de estos raros visitantes.

El por qué, era otra pregunta irrespondible.

Una mañana salí para pasear al sol y encontré que uno de los mayores camiones de la hacienda estaba siendo reparado a pleno aire.

Había dos mecánicos trabajando en él. En seguida vi que eran terrestres y

me acerqué a saludarles. Para mi profunda confusión, descubrí que uno de ellos era Ken Lee y el otro... Marijane.



XIII

Me quedé largo rato con la boca abierta, como un idiota antes de que ella levantara la cabeza del trabajo y me viera.

Durante aquel momento los trabajadores de la hacienda fueron y vinieron esquivándome; advertí que los dos técnicos terrestres habían sido dejados en paz en su trabajo, fiados de su pericia, excepto la vigilancia que sobre ellos mantenía un grupo de media docena de soldados de rostro sombrío que con toda evidencia se mostraban contrariados por habérseles encomendado una tarea tan aburrida; y un relámpago de comprensión alboreó cegador en mi mente.

Casi.

De pie allí, a la luz del sol, pude haber llorado de impotencia por las jugarretas que me gastaba mi mente. Ver a Ken y Marijane trabajando ellos solos; comprender que el camión había sido construido en la Tierra y no aquí... esos dos hechos sumaban un total tan importante que debería haber cambiado mi vida por entero.

Y de pronto, ridículamente, se me escapó.

Sin saber cómo logré dominarme y comprobé como si hubiera oído un eco en mi memoria que Marijane, sin demostrar haberme conocido por la expresión de su rostro, me acababa de hablar en vorriano. Una sola palabra, convertida en pregunta gracias a la adecuada partícula añadida en forma de sufijo.

—¿Terrestre?

Durante un momento me dolió su expresión de velada hostilidad y recelo. Luego comprendí que debía ser fingido y recordé cómo pensaban los habitantes del Acre de aquellos a quienes llamaban “siervos”. Respondí también en vorriano.

—Sí, y me alegra vuestra presencia. ¿Qué es lo que le pasa al camión?

Ahora Ken Lee se asomó desde el interior del vehículo, sujetando con una mano un grueso cable como si no quisiera olvidarse de de dónde pertenecía, mientras se secaba el sudor de la frente con la otra mano. Me dirigió un seco gesto con la cabeza y volvió a su trabajo.

—Un acumulador sobrecargado —respondió Marijane, aún en vorriano y luego cambiando al inglés tan de prisa que me pilló desprevenido, dijo—: ¡Esos cabezotas sólo sirven para estropear las máquinas! ¡Me habían dicho que estos camiones eran a toda prueba, pero no a prueba vorriana!

Al instante lo capté. Ella había bajado la voz al cambiar al inglés, para que ninguno de los que pasaban dejara de pensar que ella no continuaba

hablando en vorriano, aunque no hubiera percibido el sentido de sus palabras. Era bastante seguro. Nadie parecía ganoso de acercarse al vehículo. Quizás se debía a alguna especie de temor supersticioso.

Y de nuevo: *Casi* tuve aquel turbador y nuevo conocimiento. Necesité sacudir la cabeza para aclararla.

Dije en vorriano:

—¿Quedará pronto arreglado? A Pwill En Persona le disgusta no poder disponer de este camión —y siguiendo su ejemplo, cambié al inglés bajando la voz para añadir—: Me alegro de veros. ¿Podréis quedaros cuando esté arreglado?

—Eso queda fuera de toda cuestión. Es preciso hablar aquí. Tenemos un recado para ti —miró a los guardias y volvió a alzar la voz—. La avería no es muy grave, pero el ajuste es entretenido y requiere tiempo para terminarlo.

Ken dijo algo desde donde estaba medio metido en el mecanismo; ella asintió y bajó al suelo para recoger algo del maletín de herramientas depositado en un banco cercano. Mientras se lo entregaba, se volvió a dirigir a mí sin mirarme.

Hasta dentro de varios días no tienes que venir por el Acre —subió al camión junto a su hermano—. Ordenes. Del juez Olafsson.

Como abrumado por un trueno, efectué un rápido cálculo mental. Hacía ahora una semana que no bajaba al Acre. No tenía dificultad alguna con las gentes que me preguntaran o se interesaran por mis idas y venidas, pero para mantener la máxima seguridad siempre me obligaba a encontrar un motivo con el que excusarme si era necesario. De hecho, claro, mis viajes tenían como fin asegurar el preciado puñadito de granos de café con el que conservar funcionando regularmente bien a Pwill, hijo.

—¡Pero...! —dije y me di cuenta de que había empezado demasiado alto. Uno de los guardias me dirigió una mirada de curiosidad. Tapé mi resbalón con una inocua observación hecha en vorriano y cuando pasó el momento de peligro seguí en inglés y en voz baja.

—¡Eso es ridículo! —dije—. ¡El heredero volverá y no tendrá café... y se armará la marimorena!

Me dirigió una sonrisa beatífica.

—Ese es el plan—dijo en voz baja.

Me la quedé mirando, con la boca entreabierta, cuando Ken Lee efectuó algún contacto en alguna parte debajo de la capota del motor y éste comenzó a runrunear funcionando. Bajó, se sacudió las manos y llamó al maquinista jefe de la hacienda. De inmediato se enzarzaron en una discusión técnica y los guardias, ansiosos de escoltar a Ken y Marijane en su regreso al Acre, avanzaron hacia el camión. Marijane me dirigió una furiosa mirada al ver que no me marchaba y —furioso e impotente— tuve que seguir mi paseo como si nada hubiera ocurrido.

Caminé sin saber dónde iba, al azar, a través de los amplios campos en dirección a los cuarteles de los soldados que formaban una especie de pueblo.

La cabeza me daba vueltas como un giróscopo, con la diferencia que un giróscopo mantiene constante la dirección fijada y yo no sabía qué dirección seguía mi mente.

¿Cortar a Pwill, hijo, el suministro de café? ¡Eso era una locura! Las consecuencias serían terribles. Su padre pensaba que se había librado del vicio; sería imposible esconder la verdad una vez el joven se hubiese derrumbado de nuevo. Mi posición se convertiría en insostenible —de inmediato Pwill comprendería que le había traicionado— pero aun antes de eso, cuando no tuviera café que ofrecerle, podría esperar el estallido de rabia del hijo y la posible violencia por parte del aterrorizado Forrel.

Y Pwill no sería el hombre inclinado a probar por segunda vez, tras haber fracasado la primera. Nunca recurriría a mí. Me mandaría a los verdugos y luego desheredaría al Heredero Aparente Pwill en favor de uno cualquiera de los otros hijos. Como éstos otros hijos de El En Persona no eran verdaderos hermanos del Heredero Aparente, sino simples hermanastros, Llaq no me dispensaría su protección; ¡también ella sería desposeída de su cargo de esposa decana... y quizás ejecutada!

Hay que añadir a esto los rumores que entonces corrían acerca de la Casa de Shugurra. Durante los días anteriores había oído retazos y trozos de tales rumores, cosa que venía a querer decir —porque yo me cuidaba bien de ir preguntando a unos y a otros cuáles eran las noticias más frescas— que eran del dominio común. Parecía que la valuación que hizo Kramer de Cosra era exacta y que ella había hecho un uso menos discreto del filtro amoroso que Shavarri. Porque los rumores afirmaban que Shugurra En Persona estaba dominado por completo por ella y que si Pwill jugaba bien sus cartas podría aspirar a dominar Qalavarra en un futuro próximo.

Pwill estaba indeciblemente encantado con el cambio operado en su heredero. Yo estaba seguro de que estaba preparando sobrepasar a Shugurra y luego impulsar a su hijo para que conservase la jefatura. Teniendo al joven reducido de repente a un manojo vacilante de nervios incapaces de ser controlados, la clave de su plan fallaría y caería y su rabia y frustración se volcarían sobre las gentes que consideraría autores de su derrota: los habitantes del Acre de la Tierra.

¿Trataba Olafsson de hacer que me cortaran el cuello y el suyo? ¿O era la orden que me dio Marijane un error o una mentira?

Giré en redondo, pensando regresar por donde había venido y abordarla a ella sin cuidarme de las consecuencias. Pero vi que los dos hermanos casi se perdían de vista ya en el camino que conducía a la carretera principal, seguidos detrás por los guardias caminando estólidos. Ahora me era imposible alcanzarles.

¿Qué diablos se suponía que debía hacer? No podía desafiar la orden, si era genuina, e ir al Acre para que el propio Olafsson me la confirmara verbalmente. No quería mostrarme ante ellos como un cobarde o un ser del que no se puede uno fiar.

¡Espera!

Durante un segundo tuve la sensación de que la cegadora comprensión que estuve antes a punto de apresar, había vuelto a mí.

Pero una vez más me quedé desencantado.

Sin embargo, *había* visto algo.

Comenzaba a tener algo de sentido la orden de Olafsson.

¿Y si las miras estaban puestas en derrumbar el creciente poder de la Casa de Pwill? ¿Qué medio más seguro habría entonces, aun por arriesgado que pareciera, que provocar un ataque de Pwill al Acre?

Todo el mundo conocía la razón por la que él fue a la Tierra, ya que residía en la esperanza de encontrar algún secreto místico que le asegurara la superioridad sobre sus rivales.

Si él atacara el Acre todas las demás casas llegarían a la conclusión de que había tenido éxito en averiguar el secreto y que ahora trataba de asegurarse de que las demás casas no pudieran conseguir la ayuda de la pericia de los terrestres para combatirle. La casa a la que pertenecía el actual gobernador de la Tierra era bastante más pequeña e insignificante... incapaz de sufrir comparación con la de Shugurra, por muy debilitada que ésta estuviera gracias a la ingerencia de Cosra.

Seguía caminando mientras meditaba en esto con detención y cuidado. Bruscamente me vi devuelto a la realidad por una voz que sonó delante de mí semejante a un ladrido.

Miré en mi torno.

Había llegado mi paseo hasta los aledaños del poblado de los cuarteles militares que albergaba una docena de compañías de los mejores soldados de que podía disponer la Casa de Pwill.

Ante mí se me enfrentaban unos veinte jóvenes en grupo, todos armados y encabezados por dos sargentos. Desde las chozas de ambos lados se asomaban curiosos rostros de mujeres y niños mirándome con fijeza.

De pronto me sentí muy asustado. ¡Qué estupidez había cometido yendo solo hasta allí!

—¿Adonde piensas que vas? —me preguntó uno de los sargentos.

Utilizó al hablarme las formas vorrianas de superior a inferior.

No me atreví a armar jaleo. Respondí con los términos de igual a igual, pero mantuve mi voz controlada y tan amistosa como me fue posible.

—Caminaba paseando sin rumbo fijo, sargento, cosa que pudo verse con claridad —dije:

—¡Vaya que si! —exclamó en tono sarcástico y varios de sus hombres emitieron aquella risa vorriana, el sonido alto que acababa en un gruñido y al que jamás logré acostumbrarme—. Bueno, puesto que ya estás aquí, aprovecharemos la ocasión. Cogedle ordenó a los hombres que tenía más cerca.

Se adelantaron y cada uno me asió por un hombro.

Miré al sargento tranquilo y con fijeza.

—¿Qué significa esto? —exigí.

—Ya lo verás —repuso el sargento y con un gesto de la cabeza indicó a los hombres que me arrastraran hacia adelante.

No me resistí. No podía hacer otra cosa. Iba a necesitar bastante tiempo, reflexioné, para poder restaurar mi prestigio ante toda la gente que me vigilaba y que veía cómo me empujaban de aquella manera tan poco digna... y había una buena cantidad de curiosos porque la noticia de lo que estaba ocurriendo se nos había adelantado.

Bajo la mirada de una turba de no menos de doscientas o trescientas personas, en su mayoría soldados con una porción mínima de sus esposas y de sus hijos —puesto que aquellos acuartelamientos del pueblo, como en todos los poblados de la hacienda, eran completos en sí mismos— me llevaron hasta una casita que se alzaba aislada ante un tosco camino o sendero sin pavimentar. En las paredes había profusión de símbolos pintados: ojos abiertos, órganos masculinos y femeninos, armas y objetos que no reconocí.

Con toda evidencia aquella era la casa de uno de los hechiceros o sacerdotes de la compañía... y bastante poderoso, si es que habitaba la casa solo. De ordinario un hechicero tenía que compartir una habitación en el cuartel de la compañía cuyos hombres le cedían parte de su salario para pagar sus servicios místicos.

El sargento y los dos hombres que me sujetaban me obligaron a entrar.

Cuando penetramos, un hombre verdaderamente muy viejo alzó la vista desde un blando sillón en el que estaba sentado. Probablemente desde mi llegada a Qalavarra no había visto jamás un hombre tan anciano. Los vorrianos desconocían por completo la ciencia geriátrica.

¡Y de nuevo me turbó la comezón de casi conocer algo!

El sargento se inclinó reverente ante el viejísimo hombrecillo; por turno, los soldados que me sujetaban hicieron lo mismo.

—Este es el terrestre —dijo el sargento.

El anciano posó en mí su mirada y la ferocidad de sus ojos me produjo la sensación de casi un mazazo.

Habló con voz chillona y amargada —¿por qué...?

—¡Por fin! —pude entender—. Mucho tiempo llevaba esperando este instante, para mostrarle cual será tu destino... si es voluntad de los espíritus, ¡y lo es! Yo pronuncié el conjuro que llevó a Vorra a las victorias en las mayores batallas de su historia y aunque todo el mundo parece haberlo olvidado, nosotros lo seguimos recordando. ¡Mira... esto!

Trató de levantar del sillón su anciano cuerpo y se entregó a la desesperación cuando no pudo lograrlo. Furioso, hizo un gesto al sargento, señalando hacia un cubículo sito en un rincón de la mal iluminada estancia, cuyo bajo techo daba mayor sensación de .agobio. El sargento palideció. El viejo repitió el gesto con impaciencia.

—¡Hazlo! -—espetó—. ¡Yo impediré que caiga algún mal sobre tí!

El sargento hizo con la mano unos rápidos pases de una manera curiosa.

Luego se acercó a las cortinas, pareciendo endurecerse, acercarse a sí mismo, y las descorrió.

Miré.

Vi.

Y, como de milagro, recordé.

XIV

La capacidad de olvidar es una cosa curiosa. Me costó mucho, mucho más explicarlo satisfactoriamente cómo la mente humana es capaz de esto que explicar el mecanismo del recuerdo. La memoria sigue naturalmente la existencia de la perfección. Pero el olvido a veces desafía la razón. Puede olvidarse una cosa incluso aún cuando se recuerde todas las circunstancias que la rodean.

Y las circunstancias aquí eran abundantes,.

De pie en la fúnebre habitación, rodeado por los vorrianos que me odiaban a mí y a todo lo que defendía, sentí abrírseme la mente como una polvorienta habitación que ha estado cerrada durante años, cuando por *fin* un recién llegado deja entrar el sol. Pensé para mí mismo: "¡Así que *teníamos* razón!

Claro que la teníamos. No había ninguna otra explicación.

La cosa dentro del cubículo formado por las cortinas era un maniquí. Tenía forma humana tanto como vorriana, pero no era de Vorra ni de la Tierra. Su rostro, la piel encogida y retirada para mostrar los dientes anaranjados, los párpados caídos en las bolsas secas y vacías, todavía conservaban la expresión que tuvo en vida. O quizás no. Quizás sólo mi mente era la que me proporcionaba la idea. No me importaba. Pensé que el rostro parecía noble en cierto modo.

Sobre la seca oscuridad de una cabeza se alzaba el arco de una cúpula brillante, un poco sucia de polvo. Nada del resto de la piel quedaba expuesto. El cuerpo se veía cubierto por un tejido de amarillo brillante, tan fresco y reluciente, casi como nuevo, los rastros de polvo en donde la parte superior del lado de alguna doblez parecía desgastado, tenía el aspecto de haber salido ayer mismo del fabricante. Pero en el pecho, el tejido estaba roto y había una mancha oscura en torno al agujero.

Toda la cosa parecía haber sido montada en ganchos detrás de los hombros, y sus pies colgaban hasta apenas rozar la plancha de madera de los suelos.

Hablé acerca de aquel muerto, en voz alta, en Inglés.

—De modo que nosotros somos tus vengadores —dije—. Me pregunto si alguna vez llegaremos a alcanzar algo que no sea esto. Pero incluso eso es mejor que nada.

—¿Qué es lo que dijo? —gritó el viejo en vorriano y los tres soldados intercambiaron miradas.

Yo no había pensado en el riesgo de que alguno de ellos pudiese haber aprendido lenguas terrestres mientras estuvo de guarnición en nuestro planeta. Pero tuve suerte; todos demostraron ignorancia. De todas maneras, estaba demasiado alegre para importarme, ahora que me encontraba en posesión de todos mis recuerdos. Incluso podía recordar por qué había olvidado.

Sí una cosa era evidente en los vorrianos, era que se les veía incapaces de

inventar las cosas que poseían. No tenían industria unificada, el nivel de educación o el conocimiento adelantado necesario para desarrollar su impulsión a motores hiperespaciales, sus armas mortíferas o sus navíos, incluso. No era que fuesen demasiado estúpidos para utilizar lo que tenían... de otro modo lo hubiésemos visto nosotros en el curso de una larga y sangrienta guerra. No era siquiera, digamos, que el principio de la hiperimpulsión fuese en sí mismo tan complicado. En realidad, una vez uno le daba un vistazo por el interior se quedaba asombrado al hallar lo sencillo que era.

Fue meramente que uno no había construido una nave espacial en la época en que el reloj más avanzado estaba formado por un ejemplar de reloj de bolsillo de artesanía. Cuando los medios menos comunes del transporte pesado no son, ni por cierto, los carros tirados por animales. En donde uno divide su mundo en zonas de influencia presididas por casas feudales que intrigan unas contra otras.

La idea de que los vorrianos habían robado sus técnicas de alguien más no quedaba reducida a una mera hipótesis. Era una explicación. La única explicación.

Recordé ahora que el hombre que vino a verme en la Tierra —el hombre que estuvo en Qalavarra y que habló de soldados a los que había que enseñar a leer cuando se alistaban— no me había visto ni visitado una vez tan sólo. Aquella única conversación había permanecido fresca en mi memoria salida de cientos de conversaciones parecidas, con él y con otros oficiales de alto grado de la Resistencia.

¿Podría imaginarse que la fabulosa organización que había asegurado para los terrestres su único Acre en tan breve tiempo después de la derrota pasara por alto la oportunidad ofrecida por el gobernador vorriano de señalar a un tutor terrestre para su Heredero? Naturalmente que no. Habían trabajado incesantemente sobre mí para prepararme para la tarea que quedaba por delante. Era difícil, porque uno nunca podía estar seguro qué tarea era actualmente en realidad, pero indudablemente tendría que venir.

Ahora podía recordar, uno a uno o a docenas, las sesiones de trabajo que había tenido con los forjadores de la Resistencia y los preciosos minutos entre completar otra etapa de mi enseñanza y mi siguiente designación con mi tozudo alumno. A menudo y a menudo volvíamos al enigma central; cómo los vorrianos habían alcanzado sus poderes y de quién.

No podría ser, digamos, ninguna aislada expedición de exploradores de otra estrella que aterrizó en el planeta y fue dominada por la fuerza, dejando la nave para que los vorrianos la copiaran. En sus naves había titanio de alto grado y el nivel tecnológico de Vorra era más bajo de lo que indicaría una metalurgia tan avanzada. Por tanto lo habían robado todo por completo.

Quizás nunca tuvieron más que la oleada original de naves, de dónde ellas fueron traídas, o quizás habían encontrado una regla empírica de métodos que les permitían duplicar las partes menos adelantadas —el acero plano, el vidrio

plano— y luego con precaución arrancaron lo que no podían fabricar por sí mismos, de los naufragios. Se notó que después de las terribles pérdidas que les inflingimos en la Batalla de la Cuarta Orbita los vorrianos estuvieron atareados durante dos años entre los despojos. Y conociendo a esa raza nadie podría pensar que fue por interesarse por la suerte que podrían haber corrido los posibles supervivientes.

Cualquier cosa que hubiese sucedido, decidíamos siempre nosotros, nos iba a ser imposible de descubrir antes de que se ganara la victoria. Por un mecanismo psicológico en los propios vorrianos ellos lo tenían escondido para impedir que nosotros lo averiguáramos. Yo pensé en lo que el viejo había dicho momentos antes, sobre el olvido de muchas personas.

Presumiblemente los vorrianos no podían aceptar el pensamiento de que nadie fuese superior a ellos en sus destinos. Habiendo ganado navíos y armas por medios casi milagrosos, procedieron ellos a convencerse a sí mismos y a tratar de convencernos de que los habían fabricado con sus propias manos.

No importaba. He ahí a uno de los constructores, en su amarillento traje espacial -—tan parecido a los trajes que utilizaban los vorrianos— y su caso espacial y allí estaba yo, por último, enfrentado a él.

* * *

Una especie de berrido del antiguo hechicero me volvió al presente. Había exigido saber si yo me daba cuenta de lo que veía.

—Claro —dije, con tanta indiferencia como pude—. Esa es una de las personas de la que vosotros robasteis las espacionaves y las armas —con deliberación escogí la palabra más insultante del vocabulario vorriano que significaba “robar”, era la clase de término que uno utilizaba para narrar el feo hecho de robar monedas del platillo de un mendigo ciego.

El sargento y los soldados intercambiaron miradas. Sus expresiones mostraron una mezcla curiosa de cólera, debida probablemente a las palabras elegidas por mí, y de miedo. Incluso el anciano se quedó abatido.

—¡Hijo de un buey sin padre reconocido! —susurró—. ¿Te atreves a decir que robamos lo que tenemos? ¡Nosotros, los soldados de Qalavarra, los hombres más duros y valientes del Universo, ganamos lo que poseemos en una Batalla amarga y nuestros enemigos fueron tratados... así!

Extendió su brazo huesudo a la cosa que quedaba en la alcoba acortinada. Desde sus flojos labios un reguero de baba comenzó a manar. Parecía fuera de sí de furia. Sentí una inspiración instantánea y le vigilé con atención, esperando contra toda esperanza poder realizar a tiempo mi gesto adecuado.

—¡Nosotros conservamos la memoria fresca!—proclamó, su voz de anciano elevándose en un agudo falsete—. ¡Contra todas las posibilidades luchamos y ganamos! ¡Dijiste, robar! ¡Compramos lo que tenemos a un precio más caro que vosotros los libres terrestres os atrevíais a pagar... pagamos en sangre y luego nos vengamos de nuestros enemigos! ¡Así deberíais ser tratados vosotros... serpientes venenosas...!

Lo pensé.

Cualquiera que primeramente le hubiese puesto de manera tan violenta contra mí —me imaginé que era mi súbito papel nuevo una especie de medicina rival, de hechicero compitiendo con él, y rápidamente esta sensación aumentó mi decisión— su rabia había alcanzado la cumbre que podía soportar su débil y frágil cuerpo anciano. Ahora se sofocaba y eso me daba una oportunidad.

Para hacerle más insoportable la furia, todavía, dije:

—Tengo mucha paciencia, pero sus balbuceos son los de un loco y no lo soportaré más tiempo. Cállate, descendiente de una familia de comedores de cadáveres.

Con todo cuidado utilicé las formas de hablar de humano a animal.

Con ojos fulminantes, el viejo pareció por un momento tratar de arrojarse hacia mi. Por la comisura de los ojos vi al sargento y a los dos soldados empalidecer de horror y me di cuenta de que tenía sólo un momento para ganar mi juego desesperado.

Extendí un brazo conminatorio, señalando al viejo.

—¡Vosotros sólo podéis colgar como trofeos a los enemigos muertos! —exclamé—. ¡Ahora aprended cómo nosotros los terrestres tratamos a los que nos ofenden de manera imperdonable!

Todavía seguía yo esperando ser reducido a la impotencia por los tres soldados, pero mi gesto los distrajo, miraron al viejo...

...y le vieron morir.

Yo sabía que era un ataque al corazón, producido por su rabia extrema, pero yo quería que pareciese como un milagro. De acuerdo con eso, con el rostro inexpresivo y frío, me volví al sargento y dije:

—¡Tú, mira como está el viejo!

El sargento avanzó hasta tocar el cuerpo frágil. Buscó el ángulo de la mandíbula, en donde los vorrianos suelen tomar a menudo el pulso y su rostro gradualmente asumió una mirada de puro miedo.

—Está muerto —dijo con voz grave.

—¿Y vosotros? —pregunté— ¿Deseáis morir, o llegar a viejos dejándome ir libre?

Los soldados retrocedieron de mí, haciendo los mismos pases rituales en el aire que antes vi hacer al sargento. Solté una risa áspera para demostrar el poco caso que hacía de tal tontería.

Para ahondar todavía más en la lección que les acababa de dar, añadí:

—Quizás podáis sobrepasarnos en número durante una guerra... pero nosotros ya hemos superado ese estúpido estado de bandidaje. Sin embargo, el uso de los conocimientos del arcano es más sutil y más de fiar. ¿Oísteis lo que le hice a Dwerri, el antiguo verdugo?

—¡Pero ha matado al hechicero! —gimió uno de los soldados—. ¡No podemos dejarle ir!

Le miré fulminante.

—Tú eres más fuerte que el viejo de la silla —dije—. Creo que podrías hacerme algún daño, en realidad. Pero hazlo por tu cuenta y riesgo, sabiendo que tú... y él... —señalé a sus acompañantes—, moriréis al séptimo día después. Sufriendo grandes dolores. Sufriendo grandes dolores y diciendo palabras locas.

La locura era un gran estigma entre los vorrianos. La psicoterapia era otra ciencia que jamás habían logrado desarrollar.

Se produjo un largo silencio. Por fin, me volví y salí y nadie trató de detenerme.

No obstante, hasta que no me vi dentro de la enorme casa en sí mismo no me atreví a relajarme y pensar acerca del inmenso prestigio que había adquirido "matando" al hechicero. Una vez se entendiese la voz yo podría mirar anticipadamente las colas que se formarían en mi puerta buscándome como doctor, requiriendo a las gentes mi ayuda mística. Los otros cultos probablemente desaparecerían.

Eso, sin embargo, era una simple prima. Lo que más importaba era haber recobrado mi perdido conocimiento. Incluso podía rememorar cómo lo perdí. Yo había sido impulsado a esconderlo de mí mismo.

Fue en la mismísima víspera de mi partida con el séquito de un gobernador que se retiraba, Pwill, cuando me comunicaron la noticia. Un secretario celoso, que sintió que ningún terrestre se merecía ser colocado en tal posición de confianza, había dicho a Pwill que el nuevo camarero de su esposa era en la actualidad un caballo troyano. La noticia era cierta, se descubrió después. Con el corazón lleno de zozobras, tuve que tragar una de las píldoras amarillas del olvido, luego pasé una noche febril rememorando todos mis conocimientos peligrosos que no quería fueran descubiertos para que sirvieran de arma con que arruinar la Resistencia si Pwill se enteraba de ellos. Cuando llegó el momento del interrogatorio tuve la mente tan limpia como me había esperado... y todo fue tan bien aún cuando utilizaron conmigo la credulina. No me extrañaba haber reconocido su estructura molecular en la fórmula de Kramer. Tenía una experiencia de primera mano de sus efectos.

Hasta aquí la gente del Acre debió haberse resignado a perder todo el trabajo depositado sobre mí. Cuando me instalé siendo en apariencia nada más que un siervo, no hice ningún esfuerzo por explotar mi puesto; entonces debieron decidir que les era inútil por completo. Pensando en los planes en que yo debía participar, me puse a sudar. ¡Cuántos cuidados, cuántos preparativos desperdiciados !

Bueno, yo había vuelto a ser yo mismo. Tenía un prestigio nuevo. Un chantaje explotable con y sobre Pwill En Persona y con Shavarri que ahora iba a gobernar a Pwill y también a su Heredero. Así que...

Y entonces recordé la orden que me habían mandado a través de Marijane.

El resultado final de actuar como había ordenado Olafsson seguramente sería mi muerte. Por consiguiente Olafsson debía pensar que podía prescindir

de mí; debía haber abandonado toda esperanza de que fuese más valioso en el futuro de lo que había sido hasta ahora. Pero las cosas habían cambiado ahora que había recuperado la memoria. Y no me atrevía a no cumplir su orden ni a ir al Acre para explicarle; y no había nadie a quien mandar con un mensaje, y...

Apesadumbrado, busqué una solución y no pude hallar ninguna.

XV

Con mucha ceremonia y aparato. Pwill, hijo, regresó de su viaje ultramarino al día siguiente, es decir, un día antes de lo esperado. Estuve presente en las formalidades de la bienvenida celebrada en el patio principal y escruté el rostro del joven para tratar de advertir los signos reveladores de la falta de café. Llegué a la casi total seguridad de advertirlos bien avanzados y mi corazón zozobró.

Medio me había sospechado que con la indeclinable responsabilidad y las exigencias de una misión como la que acababa de realizar, Pwill, hijo, apuraría su suministro de café más rápidamente que de costumbre y estaba yo muy seguro de que su anticipado regreso tenía relación con aquel hecho. Miré atento el rostro de su compañero, Forrel, y vi que no apartaba los ojos de Pwill, con una expresión tensa y preocupada.

Miró hacia mí una sola vez y al verme apoyado en la barandilla del balcón que daba encima del patio, bajó la vista de inmediato aunque sin traicionar sus sentimientos.

Yo carecía en absoluto de plan de acción» excepto que tenía decidido no quedarme mucho cerca de Pwill para que me hiciera ejecutar, si es que podía evitarlo. No obstante, tampoco me atrevía a marcharme en la crisis actual; no tenía donde ir a no ser el Acre y si contravenía las órdenes de Olafsson de mantenerme apartado del lugar por lo menos "durante algunos días" podría involuntariamente estropear cualquier otro plan mejor elaborado y cuyos detalles desconocía.

La situación me hacia sentir muy desgraciado.

Fue una hora o así después del regreso de la expedición del extranjero que un tímido sirviente vino en mi busca con el recado de Forrel de que fuera a verle a sus habitaciones inmediatamente. No me hizo falta que el muchacho me acompañara —a menudo había estado en las habitaciones de Forrel para entregarle los paquetitos de café— pero le seguí sin embargo, con mi cerebro ardiendo de inquietudes.

Encontré a Forrel paseando abstraído arriba y abajo del cuarto. Medio me había temido que Pwill, hijo, estuviera con él, pero por fortuna estaba solo. A mi entrada, dio media vuelta para enfrentarse a mí con un suspiro de alivio. Despidió al muchacho y se cercioró de que la puerta estaba bien cerrada antes de hablarme en voz baja.

—Terrestre, necesito más café para él inmediatamente. Se tomó la última ración ayer tarde, antes de partir de regreso. Se ha pasado toda la noche de viaje y el cansancio y la falta de café le han puesto insoportable. No sé cuanto tiempo podré seguir fingiendo ante El En Persona y la Super-Dama que la causa es el cansancio.

Por tanto tuve que tocar de oído. Me encontré respondiendo con tanta

suavidad como si no hubiera para mi preocupaciones en el universo, mi rostro mostrando la adecuada expresión de preocupación.

—Pero, de momento, no tengo nada—dije.

Revisé en mi mente la fecha del próximo embarque de la Tierra para la gente del Acre. ¡Bien! Encajaba con la mentira que iba a decir.

—Recordarás que antes de iros te entregué los dos puñaditos. Un puñado le dura de cinco a siete días, pero nunca menos ele cinco. No tengo más y pasarán por lo menos tres días antes de que se entregue al Acre el siguiente embarque de mercancías de la Tierra.

Su rostro empalideció tomando el típico color vorriano ladrillo sucio que expresaba en ellos el desaliento.

—¡Pero tienes que tener algo! —exclamó.

—En el tiempo ordinario, sí, seguro —le prometí—. Pero inmediatamente, no. Ten en cuenta que no hay.

Respiró con fuerza, sin mirar a nada en concreto. Pensé oírle musitar alguna frase de plegaria, pero no pude captar las palabras. Comenzó a pasear de nuevo por el cuarto. Después de dar media docena de pasos, se volvió hacia mí.

—¡Tienes que conseguir algo! —exclamó-— ¡Y hoy!

—¿Qué quieres que haga? —respondí—.

¿Que robe el café particular del jefe de policía de la ciudad? Ya te dije que no queda nada ni aquí ni en el Acre y que el próximo suministro no llegará hasta dentro de tres días.

—¡Tú... “loco”! —siseó.

Me puse rígido.

—Si necesitabas un suministro extra —dije—, deberías simplemente habérmelo pedido. Presumí que continuarías racionando los granos en la dosis de costumbre. En ese caso, no habría problema, ¿verdad?

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —echó la mano atrás como si pensara abofetearme la cara con su guante de uniforme.

No me moví. Me limité a mirarle con fijeza.

Se lo pensó mejor y decidió no golpearme, volviendo a sus paseos por la habitación, gruñendo.

—¡Esto es lo que pasa por confiar en vosotros!,—exclamó con amargura —. ¡Intrigantes hipócritas de la Tierra! ¡Siento deseos de hacerte azotar!

Nada dije. Podía leer lo que pasaba por su cerebro gracias a los cambios de su expresión. Pensaba para sí

—¡Tres días mortales! ¿Qué posibilidad de seguir tanto tiempo con la farsa? No obstante, si presiono al terrestre más aún, ¿quién sabe lo que él puede no hacer? Dice que dentro de tres días habrá más café. No puedo decir que le creo o que no le creo. Quizás tiene algún plan propio para arruinarme a mí y a Pwill, pero nunca lo confesaría. No puedo asegurar que deliberadamente está reteniendo el café para recrearse con su poder sobre nosotros, o si está diciendo la verdad, lo que es muy posible porque después

de todo a la dosis normal de consumo el último paquetito que me dio, debería haber durado hasta la llegada del nuevo envío.

Por último aspiró profundamente y señaló hacia la puerta.

—¡Fuera! - dijo con tono sofocado.

Obedecí.

¡De manera que el Heredero Pwill estaba en tal estado que Forrel dudaba de su habilidad para mantener más tiempo oculto el secreto! Eso podía hacer las cosas mejor y peor, según mi punto de vista. Mejor porque ahora sabía que la crisis era inmediata, no dentro de un futuro vago; peor, porque todavía no me había formado un plan coherente. Todavía estaba trabajando en aquel problema aquella tarde, cuando Shavarri mandó a por mí.

Para entonces casi estábamos en un plan amigable de camaradería. Yo estaba seguro de que ella era lo bastante aguda como para darse cuenta de que los terrestres jamás la habrían proporcionado .el filtro dé amor a menos de que en cierto modo les conviniese a ellos tanto como a su persona, pero tal idea no la conturbaba en absoluto yo me había mostrado leal y los vorrianos apreciaban la lealtad. El secreto por el que ella me pagó para que lo conservara, seguía siendo secreto.

La encontré vistiendo una bata roja y reclinada en su acostumbrada pila de cojines, una mesita baja con dulces a su lado, escuchando a una muchacha que tocaba el arpa vorriana. Cuando me anunciaron, despidió a la arpista y me dijo que me sentara. así lo hice, mientras que una desconocida intuición hacía que me erizara el vello de la nuca.

Durante un rato habló contándome los chismes corrientes y eso me sirvió de mayor aviso. De ordinario tenía ella excesivo cuidado en dejar trascender el secreto de su fuerza sobre Pwill en persona llamándome excepto si el asunto era urgente. Busqué a mi alrededor alguna explicación para su nuevo comportamiento.

Entonces lo conseguí.

Giró perezosa sobre un costado y cogió uno de los dulces del estuche de la mesita. Con un gasto me indicó que tomara uno a mi vez.

—Son buenos —dijo—. Me los han traído de una plantación ultramarina en donde el heredero ha estado últimamente. Con toda seguridad tú no habrás probado nunca nada semejante.

Efectué una reverencia formal de agradecimiento, pero no hice el menor gesto para servirme. Sin tratar de esconder mi sonrisa, dije:

—Quizás, Sub-Dama, debería decir que en ningún caso la poción que tenéis da resultado en un terrestre como lo da en un vorriano.

Se quedó petrificada con el dulce en las puntas de los dedos, preparado para colocárselo en la boca. Durante un momento una expresión de absoluta rabia animal transformó su rostro; luego desapareció y se mostró otra vez dueña de si misma.

Emitió una carcajada triste y lanzó el dulce contra la pared, en donde reventó y se quedó pegado, dejando que el jugo almibarado de su interior se

deslizara en un reguero hasta poco a poco alcanzar el suelo.

—¡Vosotros los terrestres —exclamó—. Para venceros se necesitaría de la magia o del genio, cosas de las que carezco.

—Me abrumáis con vuestro elogio, Sub- Dama —dije. Pero mi tono expresaba con toda claridad que tampoco me dejaba impresionar por los cumplidos.

—Entonces, iré al grano —dije—. Tú posees mi secreto más valioso —empezó como si hubiese decidido no seguir tratando de embaucarme—, ya no puedo estar más y mejor a merced tuya. Esos dulces me los trajo Forrel.

Ahora aquello se *"ponía"* interesante. Mantuve mi cara inexpresiva como una máscara y me limité a inclinarme reverente. ¿Qué iba ella a hacer con la información que poseía?

—¡Así que, como podrás darte cuenta —prosiguió—, el filtro que me proporcionaste sirve a veces para suavizar el paso de los secretos! Hace tiempo que conozco el estado del heredero y lo que tú tienes que ver en ello. En cualquier instante pude haber susurrado al oído de Pwill En Persona una palabrita... y ya ves que no lo he hecho. ¿No me estás agradecido?

—Entonces, estamos en las mismas condiciones, Sub-Dama —contesté —. Nos hallamos ligados por un pacto de mutua... no digamos traición, sino... confianza. ¿No os parece?

Sonrió. Con toda evidencia había estado esperando aquella oportunidad.

—Exacto lo que has dicho —asintió—. No hace mucho, Forrel me informó... sin tener verdadera intención de hacerlo.., que tú has cortado en redondo el suministro de café al heredero. ¡Díme por qué?

—-Forrel tiene una gran imaginación—repuse—. Además, él era responsable del racionamiento del café y ha permitido que el último paquetito se acabara tres días antes de lo debido. Si hubiera tenido café a mano, se lo habría dado. No tengo.

—Que te crea a tí o a Forrel importa poco —dijo ella al cabo de un ratito —. Dentro de tres días el heredero se hallará en una condición tal que con nada se podrá disimular. ¿Qué ganarías tú si lo hubieras hecho de manera deliberada? Déjame que lo piense.

Durante unos minutos permaneció perdida en sus meditaciones, mientras yo la miraba con fijeza a la cara. Por último se agitó y suspiró.

—No puedo ver qué ventajas alcanzarías —dijo—. Parece seguro que Pwill En Persona se vengaría en la gente del Acre y en ti. Según eso, creo lo que me has dicho. Si no lo creyera, le susurraría la palabrita al oído de Pwill En Persona y así ganaría más renombre y respeto. Ser la primera en dar las noticias es una gran cosa, ¿verdad?

—¿Pero cómo me creéis...? —sugerí.

Soltó una risa negligente.

—¡Ah, por primera vez te veo interesado en tí mismo, terrestre! Casi había llegado a creerte un muñeco impasible, sin sentimientos ni temores. Me gustas más ahora que te has revelado persona. Lo que haré es sencillo. Este

filtro que poseo me permite hacer que Pwill crea lo que yo quiera decirle. Le diré que fue Forrel el mediador, el que ha estado asegurando los suministros secretos de café y engañándole a él y a mi superior hermana-esposa Llaq. Le diré que tú nada has tenido que ver en el asunto y que te comportaste en todos los aspectos de manera honrada. Sí, tengo tiempo de repetírselo varias veces antes de que el estado del heredero sea del dominio público, no importa las pruebas que Forrel presente de lo contrario, porque Pwill se negará a creerlas. Además, le aconsejaré que no emprenda ningún ataque contra el Acre. ¿Te complace mi decisión, involuntario aliado mió?

¡Buena intrigante aquella tal Shavarri! Y en verdad que lo que acababa de decir me complacía mucho —todo menos la parte final de no aconsejar el ataque al Acre.

Si eran correctas mis suposiciones acerca de cual era el plan de Olafsson, todas las miras estaban puestas en hacer que Pwill marchara contra el Acre y así se atrajera en contra la furia de las demás casas. Pero eso no se lo podía decir. Mejor era contentarme con tener asegurada mi propia vida y luego buscar otro medio de precipitar la guerra civil.

Me levanté e hice una profunda reverencia.

—La Sub-Dama es tan bonita como inteligente —dije.

Me miró con fijeza un instante y luego soltó una carcajada.

—¡Vosotros los terrestres sois tan raros!

—exclamó—. Jamás esperé que ningún hombre me piropease por mi inteligencia. Lo máximo que puede esperar una mujer lista es una palabrita de alabanza por algún gesto suyo, pero no que la llamen inteligente. Terrestre, creo que podrías llegar a gustarme mucho. Quizás algún día, cuando no nos sintamos ligados uno a otro por el miedo a la traición —¡oh, tenemos que ser sinceros en eso¡— quizás entonces podamos conocemos mucho mejor mutuamente.

De repente sentí un ramalazo de culpabilidad ridícula. Lo cubrí inclinándome de nuevo y retrocediendo hacia la puerta.

Aquella noche no tuve dificultad en quedarme dormido. El respiro lo había recibido muy bien. Sabía que podía confiar en que Shavarri cumpliera lo que rafe prometió. En cuanto a asegurar el ataque al Acre —si eso es lo que quería Olafsson—ya se me había ocurrido que aun cuando Shavarri convenciera a Pwill para que no lo emprendiese, la Super- Dama Llaq estaría tan desesperada por el estado de su hijo que podría ser convencida con facilidad para actuar en su lugar, probablemente con no más trabajo por mi parte que el de dejar caer algunas insinuaciones en donde supiera que podrían llegar hasta ella.

Debí estar durmiendo ya varias horas, feliz y sin pesadillas, cuando llegó a mi percepción un batir en la puerta de mi cuarto. Quienquiera que fuese necesitaba una respuesta rápida. Con el pensamiento todavía embolado por el sueño, me levanté de la cansa y fui a abrir.

Nada más ver quien había en la puerta se evaporaron todos mis planes y

se me aclaró la mente como si me hubiesen echado a la cara un cubo de agua fría.

El visitante era el Heredero Aparente Pwill, con el rostro descompuesto por la enfermedad y la furia y empuñando una espada desnuda.

XVI

Después recordé haberme dicho a mí mismo —porque todavía no pude pensar en otra cosa— cuanto esperaba no volver a ver jamás a nadie en tal estado.

Sus ojos estaban hinchados y parecían salir de sus órbitas, tanto que mostraban un amplio anillo blanco en torno al iris. Toda la cara le relucía de humedad: sudor en la frente, lágrimas corriendo por las mejillas, saliva en el mentón. En apariencia no podía cerrar la boca de manera adecuada para tragar, porque permanecía dando sorbos de aire y a cada uno de ellos la lengua se le alzaba sobre el paladar de manera que me permitía ver su amarillento interior.

Vestía ropas de estar por casa fabricadas con tejidos terrestres y el alegre material se veía con rodales oscuros por la humedad y le colgaba fláccidamente del cuerpo.

Sin una palabra me empujó dentro del cuarto, espada en mano. La punta de la hoja se agitaba sin descanso, pero con un tremendo esfuerzo siempre la obligaba a volver a apuntarme. Cuando cruzó el umbral palpó a sus espaldas hasta encontrar el pestillo de la puerta y cerrarla bien con llave.

—Ahora —dijo con voz terriblemente sofocada—, dame café.

—No tengo nada —repuse con sequedad—. Ya se lo dije a Forrel.

—¡Embustero! —me escupió—. Forrel dijo que te negaste a dárselo. ¡Dame café!

—Forrell es el embustero, no yo —repuse—. Te dijo eso para salvar cobardemente su pellejo. La culpa es suya por no haberte racionado el suministro, y darte demasiada cada vez. Si no hubiese sido débil, ahora que lo necesitas habrías tenido café,

—¡Dame café! —replicó Pwill, hijo, con la tozudez de un maniático.

Mi corazón zozobró. Era cierto que Forrel había mentido para tapar su propio error. Pero aquel joven no estaba en trance de ser capaz de escuchar ningún argumento por sólido que fuera. Se veía poseído por una enorme y hambrienta necesidad y había perdido la capacidad del raciocinio.

Sin embargo, no podía tenerle lástima. Pensé en la esposa de Kramer muerta de desnutrición, y en la lastimera poca visión de su hijo por el mismo motivo, y pensé en toda la gente de la Tierra que había muerto, o sufría hambre, o caía enferma innecesariamente por causa de lo que los vorrianos le habían hecho sin motivo.

La espada osciló frenética ante mi rostro.

—¡De manera que el heredero de la Casa de Pwill ha venido subrepticiamente a mendigar ante un terrestre! —dije con el tono más glacial que pude—. ¡Bonito espectáculo para que lo viera tu padre!

Ni siquiera eso atravesó su ciega codicia. Pareció por fin comprender que era inútil seguir pidiéndome. Giró hacia la alacena donde guardaba mis

provisiones y arrancó la cerradura con un par de mandobles de su espada, mientras incontenibles sollozos se escapaban de su pecho.

Sus ojos fijos registraron las estanterías y las aletas de la nariz se le distendieron mientras olisqueaba como un animal en busca del aroma inconfundible del café. Con toda seguridad no lo encontró; jamás guardé allí un paquetíto de los granos negros, prefiriendo siempre ocultarlo dentro del colchón para mayor seguridad.

Por fin pareció comprender la verdad. Dejó que la espada cayese al suelo con un tintineo metálico. La cabeza se le venció hacia adelante. Durante un momento me engañó; creí que iba a desmayarse, quizás sollozando.

Pero cuando di un paso hacia él, se puso rígido como si se sintiera galvanizado. Una mano subió al estante más cercano y se cerró en torno a un pesado jarro de cerámica que contenía sal. Con algo más que violencia animal giró en redondo y me lo lanzó a la cabeza.

Me agaché, pero demasiado despacio. Sentí un agudo y nublador golpe en la parte superior de mi cráneo que me impidió recuperar el equilibrio y entonces él se lanzó sobre mí, pateando, mordiendo, arañando y emitiendo ruidos que equidistaban de un sollozo y un grito. Comprendí que nadie le iba a oír; en aquel corredor estaba yo solo, con almacenes únicamente a ambos lados de mi cuarto. Mi vida estaba en juego.

Aquel simple hecho fue lo que me hizo reaccionar con tanta rapidez. Eso había sido la primera parte de mi largo, largísimo entrenamiento allá en la Tierra... sí, lo primero que aprendí fue a matar de manera eficiente con las manos desnudas. Nadie podía precisar cuantos incontables soldados vorrianos perdieron la vida por culpa de pensar que un terrestre sin armas no era peligroso.

Desprecié su fútil martilleo a mi cabeza y hombros, sus locos intentos de cerrar sus manos en torno a mi garganta. Liberté mi brazo derecho atrapado entre su cuerpo y el mío, doblé la mano con el dorso formando ángulo recto, aprendido tras muchos meses de práctica —sin esa práctica de la que me acordaba, me habría dislocado la muñeca— y golpeé hacia arriba contra su barbilla.

Su cabeza se fue hacía atrás en dos etapas, la primera sangrienta porque sus dientes se cerraron sobre la lengua, la segunda fatal. Se oyó un sonido como el de un bastoncito de madera seca al quebrarse dentro de un rollo de tela.

Aparté su cuerpo de mí y con torpeza me puse en pie, mirándole y comprendiendo despacio lo que acababa de hacer. Todas las mentiras de Shavarri para ayudarme, todos sus intrigas para protegerme mientras yo la protegía a ella, de nada me servirían ahora. Aquí en el suelo de mi cuarto yacía el heredero de la Casa de Pwill con el cuello roto.

Le dejé y me acerqué a la estantería superior de la alacena, palpando con dedos temblorosos detrás de la fila de tarros y botes de productos terrestres hasta que encontré el frasquito preciado de coñac que tenía guardado desde mi

llegada. Lo destapé y apuré su contenido de un trago. Su fuego reconfortador me alivió un poco. Arrojé a un lado el frasco vacío y volví junto al cadáver.

Docenas de posibilidades cruzaron mi cerebro. Si quería que aquello no se convirtiese para mí en el desastre definitivo tenía que preparar algún plan de verdad inteligente paro tapar lo que había pasado.

Pensé en sacar sin ser visto el cuerpo afuera, al gran patio, y prepararlo todo para que apareciese como si se hubiera caído de una de las galerías o terrazas. La deseché porque me pareció irrealizable en seguida. No había la menor oportunidad de que la vigilancia nocturna no me descubriera portando el cadáver.

¿No sería seguramente inútil también esconder el cuerpo y fingir que nada había pasado...?

Me hice un repaso a mí mismo. Noté como una especie de dura sonrisa cruzaba mi rostro. ¿“Era” eso tan inútil? Supongamos que pudiera esconder el cadáver por completo. Supongamos también — eso no lo sabía, pero podía esperarlo— que Shavarri hubiera tenido ya ocasión de susurrar sus hipnóticas acciones a Pwill En Persona. Ella le aseguraría a Pwill que yo era inocente y que había obedecido las órdenes que él me dio; le diría, en cambio, que la culpa de todo la tenia Forrel.

Entonces, cuando se descubriese que el heredero parecía haberse evaporado, podría dejar caer indirectas —o en el peor de los casos, podría decirle a Pwill con claridad lo que pensaba— insinuando que el joven se había ido al Acre en busca de café y que quizás lo habían raptado. ¿No reuniría en tal caso Pwill a sus soldados, aun cuando lo que Shavarri le hubiera dicho de no atacar al Acre, y marcharía a buscar a su hijo?

Claro que era una cosa de la que no podía estar seguro por completo, pero siempre quedaba Llaq, por si Pwill En Persona no respondía como lo tenía planeado.

Entonces, haría eso. Ahora: ¿dónde esconder el cuerpo? Consideré el hecho de que una de las cloacas principales que servía a la casa pasaba por debajo de un corredor cercano; uno podía oír el circular de las aguas residuales si escuchaba en la trampa de madera que estaba a pocos momentos de camino de mi habitación. No bastaría sencillamente con dejar caer el cuerpo al arroyo de agua maloliente. Por la mañana podría estar a muchos kilómetros de distancia, es verdad -—pero dentro de la hacienda y cualquiera que por casualidad fuese al río al que desembocaba la cloaca podría reconocer el cadáver. Tendría que encontrar otra alternativa... sin embargo la alcantarilla parecía el plan más obvio.

Lo que tenía que hacer, decidí, era meter el cuerpo en el túnel y luego en vez de dejarlo que se lo llevara la corriente, anclarlo de alguna manera para que la contrapartida vorriana de nuestras ratas pudieran cebarse en él. Y con certeza que lo harían. Cada día se encontraban y se mataban aquí en los almacenes docenas de estos roedores.

Tendría que actuar con rapidez. Escondí el cuerpo sin ninguna ceremonia

debajo de mi cama, por si acaso se daba la posibilidad entre un millón de que alguien entrara por haber oído los gritos y se decidía a investigar. Luego me apresuré a recorrer el oscurísimo pasillo.

En la intersección más próxima a la trampilla que yo pensaba utilizar, ardía una antorcha en un anaquel sito en el nicho adecuado en la pared. Uno de los trabajos del vigilante era el cambiar las antorchas que estaban casi consumidas por otras nuevas al pasar efectuando su ronda. Tomé una de las teas de repuesto, la encendí y me introduje por la trampilla.

El aire fétido casi me hizo durante un momento sentir náuseas. Luego pareció soplar una brisa fresca agitando la llama de mi antorcha y reavivándola, de manera que pude proseguir. Con toda probabilidad calculé que debajo de la trampilla y hasta llegar al pozo desde la repisa en que me hallaba, habría una escalera y después, a lo largo de la alcantarilla un pasillo estrecho por el que poder caminar. Alumbré hacia abajo para mirar...

—Sí, lo hay —exclamé para mi.

En electo, estaba la escalera y el pasillo estrecho, más unos cuatro o cinco ganchos cuyo propósito no pude ni imaginar pero que para lo que yo me proponía eran perfectos. Es más, a la luz de la antorcha pude oír cómo las ratas escapaban huyendo del resplandor luminoso.

Volví apresuradamente a mi cuarto.

No puedo recordar que en mi vida hubiese hecho otro viaje más lento y agonizante que el que realicé con el cadáver sobre mis hombros. En los almacenes cerca de mis habitaciones había hallado un pedazo de cuerda y con ella até juntos los pies y los brazos a ambos lados para impedir que oscilaran como péndulos, aunque a pesar de ello la carga fue muy pesada. Hubo un momento en que por poco me caigo al arroyo de agua putrefacta, lo que habría sido fatal para mi plan, puesto que aun pudiéndome salvar yo a nado o como fuese, el cuerpo del heredero habría sido arrastrado por la corriente. Pero logré sujetarme a la escala y tras lo que me pareció una eternidad conseguí bajar el cuerpo por la abertura y colocarlo en las losas del cáminillo que bordeaba el agua.

Allí le dejé, atado a cuatro de los ganchos de hierro, para que las ratas lo consumieran. No perdí mucho tiempo allá abajo, porque el hedor me sofocaba y antes de que amaneciera tenía que limpiarme bien yo mismo v mi habitación borrando todos los signos de la pelea que habíamos tenido.

Ya estaba saliendo por la trampilla cuando oí las pisadas, Un paso lento, mesurado, el paso de un hombre efectuando la ronda rutinaria.

Horrorizado, miré a la antorcha que chisporroteaba en el nicho cercano. ¿Cómo me había dejado pasar aquello tan evidente por alto? La antorcha estaba ya medio a punto de apagarse y eso significaba que la patrulla no tardaría en venir a renovarla... ¡y aquí, al alcance de la mano se hallaba el cadáver!

No tenía tiempo de cerrar con fuerza la tapa de la trampilla. En cualquier caso, el ruido habría alarmado al hombre que venía, que era lo último que yo

deseaba en este mundo. Mi mente voló.

—¡Eh! ¡Soldado! —llamé. Las pisadas se detuvieron a poca distancia mía.

—¡He oído ruidos! —dije con sequedad—. Salí y me encontré esta tapa alzada. ¿No crees que podría ser un ladrón tratando de introducirse en las habitaciones?

Con toda claridad aquel joven soldado no era un prodigio de inteligencia.

—¡Oh... puede! —dijo—. ¿Hay alguien ahí abajo?

—Eso trataba de averiguar —contesté—. Quizás tu vista sea más aguda que la mía. ¡Mira, echa una ojeada!

Le hice un gesto para que se adelantara. Insospechadamente, me hizo caso.

Lamenté eso más que la muerte del Heredero Aparente Pwill. Pero era preciso. Le golpeé en la nuca en la porción de su cuello que se veía por debajo del casco y por encima del uniforme y murió sin emitir el menor sonido. Cayó hacia adelante levantando una gran salpicadura, medio dentro, medio fuera del torrente de la alcantarilla. Oí más susurros y vi unas cuantas formas oscuras salir de las sombras, los ojos brillando bajo la débil luz de la antorcha.

Cerré la tapa. Tuve que volver a abrirla un momento después y lanzar sobre su cuerpo el insulto final al vomitar cuanto tenía en el estómago.

No esperaba volverme a dormir cuando, después de limpiar todas las huellas, cansinamente me tumbé encima de la cama. Pero tenía que pretender que todo transcurría como de costumbre.

Para mi sorpresa me volví a dormir una hora antes o así del alba.

Soñé en que me devoraban las ratas.

Me pareció claro al levantarme a la mañana siguiente a la hora normal y comenzar mis trabajos del día que debía haber habido una terrible pelea en las habitaciones de la familia la noche antes.

Todos los sirvientes llevaban la expresión de cordero degollado que era el signo usual de que Pwill hubiese sufrido un arrebato de cólera. Nadie me hablaba si podía evitarlo. A eso me había acostumbrado ya. Pero hoy el personal vorriano se tomaba el trabajo de. recalcar el hecho para hacerlo más evidente.

Estaba muy asustado. No lo había estado tanto desde la distante noche que pasé tratando de olvidar el peligroso conocimiento que corría el riesgo de revelar al más que sospechoso Pwill, precisamente antes de ser traído aquí desde la Tierra. Quizás ni siquiera entonces, porque esta vez el peligro era mucho más personal que lo fue entonces. No importaba cuanto se hallaba en juego, un hombre encuentra mucho más fácil temer por su propia seguridad que por la seguridad de los demás.

Pasaron tres horas antes de que el aviso esperado me viniera indicándome que me presentase ante Pwill En Persona en su cámara matinal de recepciones. Me reanimé, traté de endurecerme y fui con el mensajero tan tranquilamente como pude. Intenté no pensar en lo delgado que era el hilo del que dependía ahora mi vida.

La cámara matinal de las recepciones no era muy grande y de ordinario estaba atestada de gente cuando Pwill celebraba las conferencias de después del desayuno con los oficiales mayores de su personal. Hoy se hallaba casi por completo vacía a excepción de Pwill, dos de sus ayudas de cámara, un joven oficial que reconocí como amigo de Forrell

y...

Durante largo rato no pude identificar a la criatura que estaba en el suelo, delante del sillón de alto respaldo en el que Pwill se sentaba. Parecía más un animal que un ser humano. Estaba amontonado en el suelo, amanillado de manos y pies y tratando de frotarse las enormes encarnaduras producidas por el látigo de sus hombros. Luego un rostro hinchado se volvió hacia mi de manera ciega y vi que pertenecía a Forrel.

Yo no podía hablar. De algún modo logré inclinarme ante Pwill v esperar a que él me sacase de mi tormento indicándome si Shavarri no le había convencido de la culpa dé Forrel y de mi inocencia, o creía en lo que le había dicho la sub-dama.

Agradecí que Llaq no estuviese presente.

Al principio cuando entré, Pwill parecía más ceñudo que un trueno y yo esperé que diese orden a sus criados inmediatamente de tratarme como Forrel había sido tratado. Pero al cabo de un momento una curiosa expresión turbada apareció en su rostro y le vi sacudir la cabeza como si quisiese aclarársela.

Eso parecía fruto del trabajo de Shavarri. Comencé a relajarme.

—¡Shaw! -—dijo por fin Pwill—. ¿Acaso vuestro diabólico veneno terrestre me ha costado mi Heredero?

—Yo... no entiendo —balbucí.

—Mira a ese despojo miserable —gruñó Pwill hizo un gesto en dirección a Forrel—. Durante estos pasados meses ha estado engañándome. Ha seguido surtiendo de café a mi hijo y se lo suministraba cada vez que él se lo pedía. Bajo el látigo ha confesado la verdad. ¡Además ha dicho qué tú se lo proporcionabas a él!

Noté cómo mis tripas sufrían de retortijones. Pwill me dirigió otra turbada mirada y siguió adelante:

—Sé... no sé cómo lo sé... que es una mentira inventada para salvar su piel. Bueno, no ha tenido éxito. Se le acabó el café que le daba a mi hijo, para seguir envenenándole, y ahora mi hijo también ha desaparecido.

Este lastimoso traidor jura que ha salido para buscarse el café que tanto cree hacerle falta, i Habrá ido a pedírtelo a ti! /.Es cierto? Decidí contar la verdad a medias.

—No habría venido a pedírmelo a mí —dije—. Forrel si que vino ayer a suplicarme que le proporcionase café. Le dije la verdad... que no tenia nada y que tampoco iría a por él. Indudablemente informó de esto al Heredero Aparente Pwill.

Bruscamente Pwill se levantó de Su sillón y comenzó a pasear por la estancia,

—¿Dónde debe de haber ido? —me preguntó sin mirarme—. A un lugar y sólo a un lugar.

Dirigí una miraba furtiva a Forrel, temeroso de que denegara lo que le acababa de decir a Pwill. Pero el oficial estaba perdido en algún delirio propio. Probablemente ni siquiera me oyó hablar.

—¿Hay café en el Acre? —demandó Pwill. —Lo ha habido —dije—. Si lo hay ahora, es algo que no puedo decir.

—Habrá ido a Acre —musitó Pwill—. Tiene que haber ido allí, ¡iré tras él! ¡Shaw! ¡Vete!

Sorprendido por que la entrevista había sido tan breve, me volví para obedecer. Mientras extendía la mano para abrir la puerta, Pwill me llamó.

—¡Recuerda ésto! —dijo—. Si descubro que has estado mintiendo... no, pero no importa.

Le vi forcejear consigo mismo, en la misma lastimosa manera, que un hombre entregado a la orden post-hipnótica forcejearía para hallar una razón sensata para cometer el acto absurdo que no podía eludir. Una vez más me dijo que me fuese; una vez más me llamó.

—jShaw! Si ellos dicen... en el Acre... si dicen que mi hijo no está allí, te enviaré a Acre a que lo busques.

Era un hombre roto. Me incliné *y* esta vez me fui.

Pero cuando Pwill salió y estuvo bien adentrado en el camino hacia la cuidad cuatro corpulentos soldados vinieron en mi busca para llevarme ante Llaq y supe que con ella las cosas no iban a ser tan fáciles

Me introdujeron en sus lujosas habitaciones de la parte oriental del serrallo, llenas de silenciosas doncellas v de enanitos de voz aguda que trepaban por las cortinas y se balanceaban allí, gritando como monos.

Los soldados me colocaron delante del diván muy acolchado en donde Llaq asistía a sus audiencias y ella me miró con ojos que ardían. Sin lugar a dudas había estado llorando.

—Tú, reptil asqueroso —dijo con voz temblorosa—. Tú, hipócrita y sutil traidor, tú intrigante y envenenador... ¿qué has hecho con mi hijo?

—Nada he hecho al hijo de la Super-dama—contesté tan fríamente como pude—. Hoy me he enterado de que su falso amigo Forrel...

Me atajó.

—¡No me vas a engañar con esas historias estúpidas! —me espetó—. ¿Ha ido Forrel al Acre a comprar café? ¿Fue él? ¿O fuiste tú? El café es de la Tierra v tú eres terrestre y estás aquí y vas a menudo al Acre. ¡Soldado! ¡Pégale!

Sentí más que vi qué puño de cuál de mis guardias iba a caer como una maza detrás de mi cabeza. Me dejé caer con el golpe de modo que me hizo apenas daño.

—¡Cuidado! —dije al hombre que lo había hecho—. ¡Recuerda lo que le pasó a Dwerri!

Llaq me miró irritada.

—No sé ni me importa qué bebida terrestre utilizaste en el antiguo verdugo. Tampoco me impresionan tus triquiñuelas diabólicas, tus drogas y pociones y demás. ¿Qué has hecho con mi hijo?

—Nada —exclamé—. Deduzco que cuando el traidor Forrel agotó su provisión secreta de café para el hijo de la Super-dama se fue al Acre en busca de más. Al menos que Forrel le haya dicho de dónde obtenía su suministro, vuestro hijo se habrá encontrado con negativas. La Super-Dama no puede olvidar que pasé mucho tiempo y gasté mucho dinero en el Acre asegurándome de que nadie proporcionaría café a vuestro hijo.

Comenzaba a dudar. Seguí empujando y empujando, valiéndome de lo que ya había dicho, la misma semi-verdad que antes conté a Pwill... sobre Forrel! viéndome ayer y volviéndose con las manos vacías.

—Lo veremos —exclamó por último—. ¡Soldados, confinarlo en su cuarto hasta que El En Persona regrese de la ciudad! ¡Y además, dar órdenes al oficial de guardia de mi parte diciéndole que movilice a cuatro compañías con todas las armas! ¡Si es preciso, tomaremos las casas del Acre una por una, hasta encontrar a mi hijo!

Luego de que Pwill regresó de la ciudad me volvieron a conducir a la

cámara matinal de las recepciones y presencié algo que jamás había esperado ver en Qalavarra... Una discusión pública entre Pwill y Llaq. Fue algo que a los soldados y sirvientes presentes no les gustó; descargando su peso incómodo de pie a pie, deseando poder salir de la habitación pero no queriendo hacerlo sin una orden.

Escuchando los malignos insultos que se lanchan. recompuse lo que había ocurrido. Pwill había visto a Olafsson y el Juez se negó a afirmar de un modo u otro si su hijo estaba o no en el Acre. Llaq habría mandado a sus hombres que ahorcasen a Olafsson o lo colgasen de las orejas hasta que respondiera; Pwill no lo hizo, pero al volver a casa y contarlo, Llaq o estalló en furia.

—¿Vas a permitir que esos gusanos derrotados nos den órdenes? —gritaba la mujer—. ¿Vamos a consentirles que droguen y envenenen al Heredero de una Gran Casa? ¡Esa plaga ha infestado ya largo tiempo la ciudad... tenemos que acabar con ella para encontrar mi hijo!

Pwill sacudió la cabeza con pesadez.

—¿Qué es lo qué ha sido de nosotros? —lloriqueó Llaq—. ¡Tú no moverás ni un dedo para vengar a tu Heredero! Fue una droga terrestre traída por criminales de la Tierra la que le hizo caer tan bajo. ¿Cómo van los hombres a hablar del honor de esta casa si tú no vengas el tuyo ofendido? Te has limitado a decir únicamente: “no”, importunaciones... si tú tuvieses algo de hombre en ti. habrías reunido las cuatro compañías que ya he puesto en estado de alerta v marcharías al frente de ellas al Acre, ¡ a exigir una satisfacción! ¿Tienes tú una sola razón para no hacerlo?

Me di cuenta de que no la tenía. Sólo tenía la prevención contra ello que Shavarri sembró en su mente mientras estuvo bajo la influencia de la credulina.

—¡Entonces tenemos que marchar al amanecer contra las bestias del Acre! —gritó Llaq—. ¡Debemos arrojar de nosotros a esos reptiles terrestres y clavarlos en picas de acero y demostrarles lo que les pasará a sus amigos si alguien continua desafiándonos más tiempo.

Me di cuenta de que sentía lo que estaba diciendo. Llegó el momento para mí de hablar. Dije con la voz más atrevida que pude encontrar:

—¡Fue por invitación de la Super-Dama que yo vine a Qalavarra!

Se quedó por un momento helada. Luego cruzó la habitación para plantarse delante de mí, con los ojos llenos de odio.

—Haré que lamentes esa palabra antes de que te mueras —dijo.

No contesté. Giró para enfrentarse de nuevo a su marido.

—¿Bueno? —exigió—. ¿Marcharán tus hombres al alba contra el Acre? ¿O los vorrianos de ahora y para siempre tendrán que despreciar el nombre de esta casa?

Pwill se cuadró de hombros.

—Iremos al Acre hasta que encontremos

a mi Heredero... —dijo—. Y si no llegamos, no dejaré a ninguno de esos gusanos terrestres vivo.

* * *

Aquella noche permanecí en la oscuridad con centinelas en la puerta y otros al final del corredor. Estaba casi seguro de morir al día siguiente. De algún modo logré dominar mi miedo; me parecía que la muerte iba a ser sólo un accidente. El porqué estaba ahora tan tranquilo no lo podía averiguar. Pero lo estaba lo bastante como para dormir.

Una vez más me despertó algo, en esta ocasión un golpe sordo en el pasillo exterior. Me puse en pie despierto por completo, escuchando. Después del golpe, oí el sonido de algo que se arrastraba y luego el ruido de la llave girando en el candado colocado según órdenes de Llaq para impedir mi escapada y que venciese a los guardias por sorpresa. Parecía que incluso ahora ella seguía teniendo un gran respeto por mis habilidades.

La puerta se abrió mientras la miraba y el estrecho rayo de una linterna terrestre apareció por la abertura, Una voz pequeña, familiar pronunció mi nombre, Me puse en pie rígido, junto a la cama, frotando un fósforo para encender la antorcha que había junto al lecho.

—¡Marijane! dije en un susurro de incredulidad.

La llama al alzarse la antorcha la mostró muy pálida y un poco insegura sobre sus pies. Cerró los ojos al recibir la luz, tambaleándose. Me apresuré a ayudarla, llevándola hasta una silla. Un hedor espeso había entrado en la habitación con ella. Mirando hacia abajo vi que sus pantalones estaban mojados de barro hasta las rodillas.

Abrió los ojos y me dirigió una débil sonrisa cínica.

—De modo que eso es lo que hiciste con él —dijo. Un escalofrío recorrió su delgado cuerpo.

Al instante comprendí.

—¿Has... venido por la alcantarilla? —dije.

—Claro. Estuvimos espiando el terreno y reconociéndolo la última vez que vinimos aquí. ¡Es Pwill, hijo, el que... está ya medio comido?

Asentí.

—¡No está solo: -—exclamé para cambiar de conversación—. ¿Te acompaña Ken?

—Ken y Gustav —se puso en pie como si recordase donde estaba—. Ellos se desembarazaron del otro guardia... yo no me esperaba éste. Pero él tampoco me esperaba a mí. ¿Todo va bien?

—Pwill marchará contra el Acre mañana al amanecer con cuatro compañías de hombres y armas pesadas —respondí. Me preguntaba cómo sabía que eso era lo que ella deseaba oírme decir.

—Bien. La Casa de Shugurra saldrá a su encuentro en el camino con Seis compañías. Vamos, debemos salir de aquí o nuestra vida no valdrá ni un centavo.

Me cogió de la mano. Pasando por encima del cuerpo del centinela del pasillo la seguí hacia mi vía de escape.

XVIII

En el pasillo, apostado alerta y escuchando cualquier señal de interferencia, encontré al hermano de Marijane, Ken y con él Gustav. Para mi sorpresa cada uno de ellos me estrechó la mano con calor, sonriendo a la luz de la linterna de Marijane. Pero nada dijeron, simplemente me hicieron seña para que me -acercase a la tapa abierta de la trampilla bajo la cual había yo escondido el cadáver de Pwill, hijo, y el soldado que tuve que matar.

No fue hasta que la tapa se hubo cerrado encima de nosotros y que nos halláramos ya en medio de la densa oscuridad de pesadilla, a excepción del delgado rayo luminoso de la linterna, escuchando el rumor de las ratas al escapar, que Ken dijo:

—Si alguien llega a abrir esa trampilla, estabas listo, Gareth.

Me agradó en suma que me llamara por mi nombre de pila. Pero al no comprender el alcance de su observación, se lo dije.

—¿Qué pasó? Deduzco que tuviste que beber un poco para reanimarte... y luego vomitaste a causa del hedor de aquí dentro.

—Poco más o menos así fue —confirmé—. Pero... sigo sin alcanzarte.

—Uno puede, aún ahora, oler el vómito —explicó Ken—¿Acaso los vorrianos beben coñac alguna vez? Si alguien hubiera abierto la trampilla y encontrado el cadáver y a ese también... un soldado que hubiese servido en la Tierra habría reconocido el olor al instante... pero dejémoslo. Estamos perdiendo el tiempo. Vámonos.

Formamos una fila por el resbaladizo caminillo junto al torrente de las aguas residuales y seguimos la ruta que nos marcaba el rayo de la linterna adentrándonos en la oscuridad. Lo que. Ken me acababa de destacar no se me había ocurrido a mí. De pronto me vi temblando de miedo retroactivo al darme cuenta de lo cerca que había estado de no salir con bien.

No obstante, me había enfrentado a la certidumbre virtual de ser clavado con barras de acero hasta morir en otras ocasiones anteriores y me quedé tan poco impresionado que pude dormir con la mayor normalidad.

¿Cómo pues...?

Y entonces, comprendí.

—¿Se puede hablar sin peligro? —susurré.

—Espera hasta que estemos un poco más lejos —respondió Marijane en el mismo tono.

así lo hice, pero me resultó penoso. Mi mente ardía.

Llegarnos a un punto en el que el senderito terminaba y tuvimos que meternos en el propio torrente. Salimos del túnel bajo un cielo oscuro y nublado marchando en absoluto silencio. Seguimos un sinuoso sendero a campo traviesa en donde nada se movía a no ser nosotros mismos. Llegamos a la orilla de la carretera principal a través de una brecha sin arreglar de la cerca del ganado.

Alguien estaba esperando al amparo de las sombras de un frondoso

arbusto y se alzó de pronto ante nosotros como un fantasma.

—;Ken? —dijo en voz baja.

—George —respondió Ken—. Hemos logrado sacarle sin novedad. Vayámonos tan de prisa como sea posible. ¿Dónde está el coche?

Apenas pude ver a George. Era más negro que la propia noche. De hecho, cuando se produjo una presentación entre susurros y le oí murmurar algo acerca de un buen trabajo por mi parte, tuve dificultades en distinguir la oscura mano que extendió para estrechar la mía. No me extrañaba que fuera capaz de esconderse en el seto de la carretera sin correr el menor peligro de ser divisado.

—¿Coche? —pregunté- al acordarme.

Hubo una risita por parte de mis compañeros. George respondió por todos.

—Una gentileza del departamento de policía de la ciudad —dijo—. Aunque ellos no lo saben todavía. Nos espera en el camino, escondido, entre dos montones de tubérculos. Nadie que pase puede verlo.

Subimos al coche, con los pies y piernas mojados, fríos y oliendo mal, y nos dejamos caer en los cómodos asientos. De alguna parte George sacó una cosa que no me había esperado hallar en Qalavarra... un paquete de cigarrillos terrestres.

—Tomad uno de estos para celebrarlo —sugirió.

Los demás rehusaron, posiblemente por no haber contraído el hábito, pero yo lo acepté. De manera confusa sabía que merecía esa especie de homenaje. Pero desconocía con toda seguridad el alcance de lo que había hecho.

—Ejem... ¿cuándo fui yo... instruido?

—pregunté mientras George conducía al coche por la carretera.

—En el despacho de Olafsson, claro —respondió Marijane, tan naturalmente como si se hubiera esperado esta pregunta—. A propósito, te debemos una disculpa. Nada sabíamos de ti. El juez Olafsson nos explicó la situación —porque Ken se había enfadado tanto que hablaba demasiado— y para evitar que las noticias se extendieran más de lo debido nos ordenaron que nos cuidásemos de tu fuga en el momento oportuno. El juez Olafsson dijo que creía que habías tomado comprimidos de olvido poco antes de partir de la Tierra. ¿Sabes si es eso lo que pasó?

—Es cierto —confirmé—. Precisamente recobré la memoria el otro día. El mismo que os vi la última vez, en realidad.

—¡El juez dijo que era casi un milagro el que se te llevara a su despacho la primera vez —intervino Ken—. Todo el mundo había abandonado la esperanza de que fueses otra vez de alguna utilidad... llevabas siete meses en la Casa de Pwill y nunca intentaste ponerte en contacto con nadie del Acre. Pero cuando llegaste sintió que no se atrevía a perder la oportunidad de utilizarte para algo. así que hizo que Sessions organizara un adiestramiento urgente para ti. ¿No notaste nada en absoluto?

—Recuerdo haber sentido durante un instante una leve turbación —dije.

También me acordé de la antipatía que. me había inspirado Sessions, el hombre de los ojos duros. Mentalmente le pedí perdón. Constituía una real demostración de técnica perfecta el haberme dado todas las instrucciones que me llevaron a mi último trabajo en la Casa de Pwill y sin dejar en mí recuerdo consciente. Pregunté;

—¿Eso fue durante mi segunda visita? —Sí.

Sacudí la cabeza maravillado. Mirando hacia la carretera que quedaba delante vi que nos aproximábamos a los aledaños de la ciudad. George extendió la mano a la parte superior del coche *y* accionó un interruptor. Me vio mirándole y sonrió.

—El cartel de ahí arriba dice: POLICIA —explicó—. Es una seguridad. Si es necesario puedo también hacer sonar la sirena, que suena como un banjo atormentado.

—Algo más me ha estado turbando —proseguí tras una pausa. Me volví hacia Marijane y Ken—. ¿Era esa tal Cosra la otra mitad del plan, la que tenia que operar involuntariamente desde la Casa de Shugurra? ¿Verdad?

—Cierto —respondió Marijane—. Tal y como yo lo entiendo, el entero clímax del asunto ha sido siempre lo que tendrá lugar mañana por la mañana.., es decir, una fiera y sangrienta nueva guerra civil entre las grandes casas. En la antigüedad, como probablemente sabes, alguna vez las grandes-casas trataban de apoderarse de las ciudades libres para añadirías a sus dominios, Esa clase de rivalidad cesó cuando los vorrianos consiguieron sus espacionaves...

Me tome buena nota mental de mencionar el extraordinario episodio en la casa del hechicero, pero la deje proseguir.

—Pero alguna de las guerras más cruentas fueron las que tuvieron lugar cuando dos o tres casas pequeñas se aliaron contra un arrogante rival que había tratado de engullirse una ciudad nominalmente independiente. Era claro que ahora el Acre podía hacerse parecer como un botín tal que provocase esa misma situación.

—De cualquier manera, no sé quién, aunque puede que fuera Kramer, informó a Cosra en Shugurra de lo que tú estabas haciendo en Pwill. Shugurra En Persona esta bien dominado ahora por Cosra —era Gustav el que continuaba con el relato—, Shugurra está solo a la otra parte del valle. Ya le han llegado a el noticias de la expedición que Pwill planea para mañana, aunque no se le ha dicho, claro está, las razones que la motivan. Se le ha permitido pensar, lo mismo que a las otras casas, que Pwill piensa añadir toda la población del Acre a su propia hacienda.

Shugurra no pensará en nada más que en evitar que tal cosa suceda.

—Pero —atajó Marijane, con voz temblorosa de gozo—, ¡la cosa no termina aquí! Según lo que se les ha dicho a las otras casas, hay una conspiración entre Pwill y Shugurra para apoderarse en conjunto del Acre, cosa que no se ha logrado aún por culpa de una pequeña rencilla y diez de las casas menores se han enterado ya de que Pwill y Shugurra están movilizando

sus efectivos. Por cuanto ellos saben, eso es para unir fuerzas. Tendremos que esperar a ver lo que ocurre. Pero lo más probable es que ambos bandos sufran un ataque por retaguardia.

—Qalavarra ya nunca volverá a ser lo que es —dijo Ken con voz sombría —. Siento profunda compasión por esos pobres locos.

—¿Les compadeces? —repetí incrédulo como un eco—. ¿Después de lo que nos hicieron a nosotros? Y no sólo a nosotros, sino a…

Seguí diciéndole lo que había visto en casa del hechicero, hablándole de la momia aún vestida con el traje espacial amarillo, cuando la voz suave de George me interrumpió.

—Llegamos al final de trayecto —dijo— Preparaos para saltar cuando os lo diga. Marijane, ¿tienes aquella bomba?

—Ahora la saco —respondió Marijane. Buscó en el oscuro espacio de detrás del asiento posterior en donde normalmente se guardaba el equipaje y sacó algo pequeño pero pesado, contenido dentro de una brillante caja metálica. se lo entregó a George.

Con una mano en el volante, la otra giró un mando de metal de la caja que emitió un chasquido, mientras maniobró en el volante metiendo el coche por una calle estrecha.

—El Acre queda justo ahí delante —exclamó alegremente—. ¡ Saltad en la curva.

Gustav, el más cercano a la portezuela, abrió y sujetó la hoja metálica. El coche describió un giro; se lanzó al exterior hecho una pelota, rodando por la acera enlodada de la calle. Le seguí sin hacer preguntas. Había aprendido cómo saltar de un vehículo en marcha sin lastimarse hacía muchos años. Los otros saltaron tras de mí. Mientras me ponía en pie miré a lo largo de la calle para ver lo que era del coche y vi que George también había brincado a la calle y que los dos faros del vehículo enfocaron de lleno un alto edificio de apariencia oficial. Vi que la calle tenía una suave pendiente que daba a dicho edificio, de manera que el coche aumentaba su velocidad de manera gradual.

En la oscuridad oí que Marijane decía en voz baja:

—Es una de las principales oficinas recaudadoras de impuestos de la ciudad, ¿comprendes?

El coche chocó. Uno de sus faros se apagó, el otro se dobló bruscamente hacia arriba alumbrando la fachada del edificio, Se oyó un principio de ruido como si un hombre mascara en el más profundo silencio una rebanada de pan bien tostado. Ocurrió con tanta rapidez que la trasera del coche aún parecía moverse hacia adelante.

Entonces el vehículo desapareció en medio de un resplandor cegador y toda la ciudad pareció temblar- bajo el estallido.

—Adentro del Acre —dijo Ken a mi lado, cogiéndome del brazo.

Y como conejos buscando la seguridad de la madriguera, nos lanzamos en busca de la zona prohibida que nos ofrecía cobijo casi inexpugnable. Me volví a mirar atrás una sola vez y vi que enormes lenguas de llamas anaranjadas

saltaban de los restos del coche y que la fachada del edificio se había hendido y derrumbado revelando las habitaciones con sus suelos y techos formando un ángulo imposible. Unos cuantos muebles cayeron por la abertura y todo empezó a arder lamido por las llamas del vehículo.

—Eso es lo que podría llamarse combinar el trabajo con el placer —dijo una voz salida de las profundas sombras. Era George, no le vi hasta que sus blancos dientes destellaron con una sonrisa.

Nunca había visto yo al Acre tan vivo cuando lo visité de día como lo estaba viendo ahora en medio de la noche mientras el resto de la ciudad dormía. Raros puntos de luz se veían por entre las cerraduras contraventanas; si uno aguzaba las orejas podía percibir el zumbido de la maquinaria y de las conversaciones también, como si miles de personas estuviesen susurrando tras las paredes más próximas. En cada calle por la que pasamos, por lo menos alguien se cruzaba con nosotros caminando en un sentido u otro, de prisa para realizar algún encargo urgente. Se podía percibir la excitación en el ambiente y hasta era posible palparla porque parecía algo sólido y concreto.

Estúpidamente esperaba yo que me llevaran al despacho de Olafsson en el Banco Central. En vez de eso mis compañeros me condujeron por una calle que no había visitado antes. Nos detuvimos entre dos edificios en apariencia muertos. Uno de nosotros —no pude precisar en la oscuridad si era Ken o Gustav— se adelantó y bajó en silencio unos cuantos escalones hasta llegar a la puerta que daba acceso los sótanos. Se produjo una llamada y se oyeron voces. La puerta se abrió. Noté cómo me impulsaban para que marchase hacia ella.

Más allá de la puerta estaba una habitación de techo bajo, con abundantes columnas improvisadas con pilas de ladrillos para evitar que el techo ya rajado se desplomara. Aqui hombres, mujeres y niños —para mi asombro parecía haber crios a millares— se afanaban entre mesas y escritorios. También había cerebros electrónicos y máquinas de calcular. Asimismo poseían luz eléctrica. Contra la pared opuesta se alineaba un grupo de seis radio transceptores de los que salían y venían mensajes sin parar.

Y allí se veía también un emisor vorriano subespacial, de los empleados para comunicarse con las naves que viajaban entre las estrellas.

Estaba yo tan distraído por la contemplación de tan inesperada sala de operaciones que me tuvieron que devolver a la realidad dándome un codazo entre las costillas. Al instante me encontré frente a Olafsson, que me tendía la mano con expresión satisfecha y radiante.

—Felicidades —dijo—. Nos has ahorrado años de trabajo. Los pobres vorrianos están a punto de degollarse unos a otros.

¿Pobres, inocentes, locos? ¡No para mi! Pensé en el modo en que se había conservado el rostro de la momia de casa del hechicero y que después de muerto aquel ser espacial todavía conservaba una expresión de nobleza.

Pero antes de que pudiese hablar alguien más reclamó la atención de Olafsson. Me abrí paso hasta un rincón en el que no se veía agitación alguna y

me derrumbé sobre un sillón para pensar en aquella extraordinaria paradoja.

XIX

Yo debí haberme dormido en mi sillón. De algún modo aquella habitación brillantemente iluminada y toda su actividad coordinada parecía tener muy poco que ver conmigo. Estaba bien lejos de la intriga y la violencia que me había envuelto en la casa de Pwill. Incluso soñé un poco. Soñé que había vuelto a la casa del hechicero, enfrentándome a la momia del traje espacial y que no había nadie más presente. Rogué a la momia que me hablase, que me contase de sí misma y creo que vi la piel seca de su cara moverse, crujir y caer convertida en una fina lluvia de polvo.

Pero a pesar de que se esforzó, aquel rostro no pudo hablar. Era como una burla para mi.

Me despertó una presión en mi brazo y abrí los ojos para ver a una chiquita de diez a doce años ofreciéndome un gran tazón de sopa humeante y un trozo de pan duro y pardo. Lo tomé y le di tas gracias y ella se fue sin decir palabra.

Mirándome en mi torno, encontré que la actividad nocturna se habla rebajado hasta un ritmo más lento. La gente —menos de los que había cuando llegué—- estaba de pie, charlando y sorbiendo tazones de sopa como la mía. Sólo el del radio transmisor estaba trabajando, a pesar de que el operador sentado en el emisor del sub-espacíal estaba pronunciando un largo mensaje en su micrófono y le vi acabar una página y coger otra de un cesto muy lleno a su lado.

No se veía más a Marijane, ni a Ken ni a Gustav.

Acabé la sopa y estaba rebanando el interior de la taza con la última corteza de pan, cuando Olafsson cruzó la puerta lateral de la habitación opuesta a la entrada de la calle, con aspecto muy cansado. Viéndome otra vez despierto. se me acercó.

—Un trabajo para ti, Shaw, si estás dispuesto —dije.

—Dispuesto para lo que sea —respondí, buscando un lugar para colocar mi taza vacia.

—Acaba de amanecer. Necesito que alguien se ocupe de la atalaya en el edificio más alto del Acre. Te advierto, necesitarás máscara para el humo y gafas e incluso así es un trabajo sucio. Pero tenemos que trabajar más allá absolutamente de nuestra capacidad. Desde allí se divisa todo el valle, las dos grandes casas, el camino donde esperamos que se encuentren. Tendrás un gran panorama a la vista desde el principio al fin, si te gusta mirarlo de ese modo. Si no quieres ir, dilo.

—Pues claro que iré —dije.

—Excelente.

Se volvió hacia una chica que estaba de pie cerca y le dio unas órdenes enérgicas. La muchacha se fue y regresó a los pocos momentos con una máscara de humo y gafas, una radio portátil en miniatura y una mochila

conteniendo un frasco de vacío y dos rodajas de pan.

—Lo mejor que puede encontrar —dijo, indicando el saco de provisiones —. Llévatelo.

—Me irá bastante bien. Gracias.

Olafsson me miró.

—Sal de aquí, ve a la izquierda durante dos manzanas, cruza la calle. Verás un cartel anunciando un taller de metalurgia. Llama a la puerta. Alguien te dejará entrar. Allí recibirás el resto. Y... buena suerte.

Me estrechó la mano y se fue a responder a alguien que le reclamaba.

* * *

Me puso cómodo la perspectiva de entrar en actividad. Cuando llegué a la atalaya vi que estaba compuesta de una especie de nido metálico colgando junto al cañón de una alta chimenea; por fortuna no salía humo de ella y no volvió a salir en todo el día, a pesar de que a mitad de mañana todas las demás chimeneas de la ciudad parecían vomitar el humo y era difícil ver a través de aquella bruma.

Supongo que me había imaginado una cosa así, como era la atalaya, cuando subí hasta el tejado. Lo que no me esperaba fue encontrar el excelente telescopio binocular que hallé sujeto a un lado de la chimenea, bajo una chaqueta o chaquetón impermeable. El monte parecía extenderse en una especie de perezosas lenguas y se introducía en el campo a unos trescientos grados, permitiendo ver perfectamente casi todo el valle y con certeza donde podía ocurrir cualquier cosa importante.

Lo que no podía ver claramente eran las calles de la ciudad en torno mió, a excepción de las de muy próxima vecindad. El mejor trabajo de Vorra se vertía en las haciendas de las grandes casas; ciudades como ésta crecían en un inimaginativo plan anárquico y las calles eran estrechas y a menudo cubiertas por los pisos superiores de los edificios, como una calle medieval en la Tierra. Por consecuencia podía únicamente ver los tejados y en ocasiones los espacios abiertos, mercados, lugares en donde las viejas casas se habían derrumbado y que habían sido limpiadas de escombros para reconstruir, etc.

A pesar de mi atalaya, luego, como Olafsson la había llamado, mi puesto de mando de aquellos acontecimientos tan cruciales en la historia de la Tierra, la mayor parte del día no comprendí lo que en realidad iba a ocurrir y tuve que ensamblar la verdad hablando después con unas y otras personas. En la sala de habitaciones subterránea, claro, ellos estaban siempre en contacto fuera como fuese con los acontecimientos importantes.

Lo que ocurrió, como descubrí eventualmente, fue esto.

Alba. Nubes y nieblas grises despejándose desde la hacienda de la Casa de Pwill. Fuera en el gran campo cuatro compañías de hombres en uniforme de batalla, sacudieron los pies para librar de ellos las últimas torpezas de la noche, soplándose en las manos con la intención de contrarrestar el viento

frío. Al cabo de una hora del día se sentirían calientes, pero ahora su respiración escribía misteriosos garabatos en el aire ante sus botas. Sus sargentos circulaban entre ellos, comprobando el equipo, escuchando a los motores de sus vehículos de transporte para comprobar que funcionaban bien y no habían sido mal cuidados.

En la parte exterior de la alta verja de la casa, para ocupar su lugar en el coche de cabeza de la columna de cuatro compañías, Pwill En Persona, vestido con pieles magníficas, a tiras pardas y negras, con un cinturón de piel formado por las patas delanteras del animal sacrificado para hacer el abrigo. Con él la Super-Dama Llaq y doncellas del séquito. El coche .claro, estaba construido en la Tierra.

El inteligente oficial joven al mando de la fuerza de ataque se puso firme delante de Pwill, saludó, se inclinó y pidió permiso para ordenar la marcha. Le fue dado de manera sombría. Pwill entró en su coche. Los hombres saltaron a sus lugares con las armas preparadas y ocupando los transportes y en camiones, y toda la masa, rápida, mortal, se formó en procesión saliendo para exigir la satisfacción del pueblo del Acre de la Tierra.

En las bajas nubes de la madrugada, un helicóptero —de construcción terrestre— bramó por encima de las cabezas. El piloto informó por radio —de construcción terrestre— al comandante del destacamento de seis compañías de las fuerzas de la Casa de Shugurra que esperaban avanzar a lo largo de la carretera.

Dijo aproximadamente:

—Los rumores eran ciertos. Hay abundancia de tropas marchando en dirección a la ciudad.

El comandante de las fuerzas rivales llamó a sus hombres ordenándoles que ocupasen sus puestos y aquella procesión mortal, también, avanzó por el camino. No tenían que ir tan lejos como las fuerzas de Pwill antes de llegar al lugar que había sido elegido para la emboscada. Por esa razón, claro, habían escogido el lugar.

Bajando por la carretera principal, el coche que encabezaba a la primera procesión —en el que viajaba Pwill En Persona— dobló un recodo y tuvo que frenar. A través del camino se había colocado una barrera. Tras la barrera una enorme voz habló con un amplificador de construcción terrestre. El hombre de la Casa de Shugurra le daba dos minutos para volver a formar su columna y tomar el camino opuesto regresando a su propia hacienda.

Por encima había ahora un nuevo helicóptero. Estaba demasiado lejos para oír las órdenes que el poderoso amplificador gritaba a Pwill, indicándole que se volviera a Casa. Su piloto informó que en todo lo lejos que pudiera divisar las fuerzas de las dos grandes casas estaban a punto de unirse y marchar contra la ciudad.

Durante un rato Pwill discutió. Luego hizo una finta; mandó a su conductor que llevase su coche hacia atrás en busca de la retaguardia de la columna. Al pasar junto al vehículo del mando, dio instrucciones al joven

oficial para que limpiase el camino de todo obstáculo. Nada había más agradable para el joven militar. Hacía ya sus buenos dos minutos que estaba impaciente por entrar en combate y hay que reconocer que su paciencia era breve. Ordenó que fuese destruida la barrera con un proyectil dirigido. Aquel había sido construido aquí, en Qalavarra; los vorrianos no permitían la fabricación de armas a los terrestres de la Tierra.

La explosión hizo un agujero en la lisa carretera, pero los camiones podían eludirlo con bastante facilidad. Dio la orden de seguir de nuevo adelante.

Un momento después, ocurrieron dos cosas. Un gran mortífero de evolución de fuego por parte de las seis compañías de la Casa de Shugurra emboscadas y cubriendo por completo la fila de vehículos que recorrió parte de la carretera y mató a un cuarto de los soldados de Pwill. Y el descenso en paracaídas de las tropas de diez casas menores que habían sido engañadas para aceptar la historia de una conspiración entre Pwill y Shugurra y que en vista de ello habían decidido ocupar las haciendas de aquellas dos Casas.

Salían del cielo gris como la primera nevada de invierno, con gracia. Entre ellos las diez casas menores podían únicamente disponer de ocho mil hombres, pero estaban bien armados y suplían con el eficiente adiestramiento su inferioridad numérica. Las tropas del suelo estaban demasiado asombradas para disparar sobre ellos mientras bajaban; cada lado pensaba que quizás eran refuerzos para él y cuando se dieron cuenta de la verdad ya estaban prácticamente derrotados.

Pwill y Llaq murieron a causa de un proyectil mientras trataban de salir del coche, blanco evidente para las tropas de Shugurra, y todo era aún más claro para los recién llegados paracaidistas. Nunca se supo quién disparó el cohete; presumiblemente el hombre responsable murió en la lucha.

Más cohetes redujeron la columna de vehículos a una sarta de hogueras durante los siguientes minutos. Privados de Pwill y del joven e impetuoso oficial, y con varios sargentos también muertos; con el campo que les rodeaba vomitando muertes inesperadas, incapaces de decir que sus enemigos eran sólo los de la Casa de Shugurra, o los de muchas casas más, las tropas de la casa de Pwill pudieron únicamente desparramarse con la esperanza de salvar sus vidas, disparando a cualquiera que les disparara a ellos. En su camino probablemente sufrieron más bajas que las que hubieran aparecido de haber hecho frente a las demás casas. Según informes, las victimas habían alcanzado un número increíble una hora después del alba.

Para aquel tiempo las armas fijas de las grandes casas habían entrado en el juego. La última guerra civil en Qalavarra bahía tenido lugar en los días en que las municiones de nitrato explosivo y los proyectiles macizos eran disparados desde armas con cañones sin rayar; por consecuencia, las dos casas de ambos lados del valle en forma de vasija jamás habían sido capaces de dispararse directamente una a otra. De hecho, jamás se hizo una intentona por el estilo, porque en aquellos días existía entre ellas una alianza.

Ahora la cosa era distinta.

El primer ataque directo sobre la Casa de Shugurra no fue hecho por la Casa de Pwill en absoluto, eso se descubrió más tarde.

El comandante del destacamento de uno de los aliados de las casas menores quiso silenciar un fortín de cañones que apuntaba a parte del terreno que él necesitaba que lo cruzasen sus hombres.

Tenia sólo un mortero capaz de alcanzar el puesto artillero y el mortero no era de tiro lo bastante seguro.

Sin embargo, lo instaló tras una pequeña colina y lo puso en funcionamiento. La bomba cayó precisamente en la enorme cúpula de vidrio que coronaba la casa y la atravesó antes de explotar y matar a un millar de no combatientes —mujeres, niños y enfermos y ancianos— reunidos allí procedentes de los edificios colindantes.

Locos de rabia y todavía pensando, gracias a los pocos adecuados informes del servicio de espionaje, que únicamente la Casa de Pwill luchaba contra ellos, Shugurra En Persona ordenó el desquite.

En emplazamientos al Norte y al Sur de la Casa había cuatro cañones de gran calibre que dispararon obuses de un peso de quinientos kilos y llenos con el típico trinitro-benceno preferido por los vorrianos aunque fuese altamente inestable.

El cañón tipo, que como he dicho estaba construido por cuadriplicado, databa de un período poco después de la última guerra entre las casas y era, junto con sus hermanos, uno de los últimos nuevos armamentos instalados para la defensa local. Pero las cuatro piezas artilleras todavía eran bastante eficientes, a pesar de que su destructibilidad era menor que las armas que los vorrianos habían utilizado en el espacio.

Los artilleros dispararon unas veinte salvas en total sobre la Casa de Pwill; luego un depósito subterráneo de petróleo fue alcanzado y todo el complejo de edificios se vio vuelto en un mar de llamas anaranjadas y cubierto por una cortina negra de humo grasiento. Los artilleros dedicaron entonces toda su atención a los poblados que se alzaban más allá.

Lo que ocurrió a la Casa de Shugurra fue de naturaleza bastante más épica. Habiendo visto destruirse su propia casa parte de las tropas de la Casa de Pwill se deslizó tras la línea de destrozados vehículos en la que su columna había formado por la mañana. Se abría camino hasta que llegó a uno de los pesados transportes de armas. Era un pelotón que poco a poco se fue quedando reducido a un solo hombre. Este hombre, de la casa de Pwill, sería el vengador, por decirlo así.

La mayor parte de los armamentos estaban fuera de servicio, pero uno de los aparatos lanza-cohetes funcionaba todavía. Lo puso en marcha. Colocó cinco cohetes en fila dentro de la Casa de Shugurra, del tipo favorito adorado por los militares vorrianos por el espectáculo que producían: fósforo con magnesio, cubierto todo con una envoltura fragmentaria y con una serie de secciones de corbita. Entonces el sexto estalló en el aparato mismo lanzador.

Pero la fachada de la Casa de Shugurra tenía cinco brechas ya producidas por los cinco cohetes anteriores, y cada brecha era un incendio de furia creciente.

Desde entonces los vorrianos se contentaron con luchar con cualquiera que pudiesen encontrar. Puesto que no sabían si eran amigos o enemigos. Hasta ese punto había llegado la confusión.

XX

Era la primera hora de la tarde y yo deseaba que el humo se aclarase en todo mi alrededor porque se me hacia imposible seguir el confuso progreso de la batalla, cuando algo pasó junto a mí con un ruido como el de un abejorro furioso. Luego otro, y otro.. Y otro. Y entonces algo se *aplastó* contra un costado de la chimenea y una esquirla de metal caliente me quemó el dorso de la mano.

De pronto me vi deseando febrilmente que el humo se espesara lo bastante como para tragarme por completo. No tenia idea de dónde habían venido aquellos cuatro disparos, pero habían pasado demasiado cerca y con tan escaso intervalo que no podían haber sido hechos casualmente.

Era inevitable que tarde o temprano alguno de los confusos soldados —lo más probable los de Pwill v Shugurra— descubriera que Shugurra había atacado a Pwill por causa de una falsa y errónea presunción y que entonces se unieran las fuerzas para ir a cosechar la sangre de las gentes culpables de todo a cruel sangriento malentendido. Es decir. de nosotros.

De hecho, como supe después, algo así habla ocurrido un poco más temprano, no mucho después del mediodía, para todos los eventos.

Casi una compañía y media de soldados de Pwill y Shugurra habían recuperado cuantos vehículos pudieron y trataban de entrar en la ciudad para extender cuanta mortandad les fuera posible dentro del Acre. Los ciudadanos libres, sin embargo, se hicieron *a* la idea de que la rumoreada liga entre Pwill y Shugurra apuntaba no solamente al dominio del Acre, sino al de la ciudad entera y a pesar de que tenían confusas noticias de la lucha entre Pwill y Shugurra, la llegada de las fuerzas combinadas confirmó sus peores temores Poseían el Orgullo de su propia condición: si hubieran querido jurar vasallaje a alguna gran casa podrían haberlo hecho individualmente, pero no lo querían *y* no lo hirieron nunca.

De acuerdo con eso, el primer Intento de llegar al Acre se vio interrumpido por una horda de furibundos ciudadanos que con armas improvisadas, entre las que se contaban los ladrillos y cascotes, se opuso al avance. Bajo esta resistencia las tropas se retiraron, encontrando entonces que tenían cortada la retirada por los demás combatientes, así que se fortificaron en un bloque de casas recién construidas del que fueron desalojados al caer la tarde.

El segundo intento logró más éxito, Una fuerza bastante mayor con camiones blindados llegó basta la calle más próxima, la que constituía el límite oriental del Acre. En el transcurso de la última noche un grupo de expertos en explosivos había minado no sólo aquella calle sino una docena de otras más y para cuando dos o tres de los ruinosos edificios se derrumbaron sobre los camiones de las tropas, los vehículos quedaron atascados incapaces de moverse, mientras que sus ocupantes no estaban en mejor situación

tampoco. Los ciudadanos acabaron con ellos mediante el empleo de piedras, pesados tarros de cerámica y vegetales podridos.

El tercer intento fue organizado con algún cuidado e incluía hombres no sólo de Pwill y Shugurra, sino también de alguna de las casas menores y una buena cantidad de ciudadanos que una vez que comprendieron el meollo de la cuestión se mostraron ansiosos de tratar de ajustar cuentas con la intrigante población terrestre del Acre. Tuvo lugar pocos minutos después de haberme escapado por pelos de los disparos que se me dirigieron a mi expuesta posición de la atalaya , y todas las casas que rodeaban el Acre parecieron arrugarse y desplomarse a la vez, enterrando a la mayor parte de este tercer ataque y convirtiendo las calles en vías infranqueables.

Pensé en la alcantarilla utilizada para escapar de la Casa de Pwill y llegué a una conclusión que más tarde comprobé era correcta, De manera precavida, en la oscuridad, la gente se había deslizado a lo largo de las toscas cloacas que servían a la vecindad y colocó potentes minas bajo los puntos clave de los cimientos de las casas. En donde era necesario construyeron túneles adicionales durante semanas o meses de anticipación de manera que los explosivos pudieran colocarse del modo en que fueran más efectivos.

El colapso de las casas de los alrededores dejó a los edificios de los bordes del Acre expuestos al fuego enemigo. Por otra parte, eso significaba también que cualquiera que tratase de acercarse al Acre tenía que hacerlo cruzando un traicionero mar de escombros humeantes y exponiéndose él mismo al fuego de los terrestres. Y si en los aledaños de la ciudad la situación era tan confusa, parecía improbable que nadie tuviera éxito en conseguir armas pesadas para instalarlas lo bastante cerca como para ser capaz de apuntarnos con seguridad. El riesgo que quedaba residía en que podía haber algún artillero lo bastante experto como para alcanzar el Acre mediante cálculos de trayectoria, o lo bastante loco como para no importarle que sus obuses alcanzaran el resto de la ciudad. Ese era el riesgo que teníamos que correr. Durante considerable tiempo pareció como si tal hecho no fuera a producirse.

* * *

Entretanto, la lucha en el área circundante se iba extendiendo. Desde el punto original del inicio de las hostilidades entre Pwill y Shugurra la batalla se expandió —con la llegada de los ocho mil paracaidistas de las casas menores- hasta bien dentro de las haciendas. Pwill había perdido cuatro compañías, pero el total de los efectivos era de cerca de sesenta, más los que estaban en período de adiestramiento, los reclutas y la milicia compuesta por la población activa, de los poblados metalúrgicos, las granjas y todos los demás oficios de la enorme hacienda que de por sí se bastaba a sí misma. En total los efectivos de la casa Pwill podían cifrarse en un ejército teórico de unos veinte mil hombres, quizás más.

al principio no tenían idea de lo que sucedía. Parecía como si el mundo se hubiera vuelto loco cuando la tormenta de paracaidistas cayó sobre ellos y comenzó el ataque. Luego sobrevino la destrucción de la casa misma por el fuego de los artilleros de Shugurra y casi la mitad de las fuerzas de la hacienda —agrupada en el Oeste del edificio- partió hacia el territorio shugurriano y se tomó cumplida venganza.

La mitad que restaba, reunida al Norte y al Oeste, intentó contraatacar a los paracaidistas porque se les veía evidentemente hostiles. Para entonces, los cañones de Shugurra comenzaron a batir los poblados que se alzaban en la parte de atrás de la incendiada casa y el caos se extendió por las atónitas tropas que trataban de descubrir desde donde se les volvía a combatir. La mayor parte de ellos, sin embargo, pronto abandonó las averiguaciones; estaban satisfechos de volver a pelear tras un intervalo tan largo.

Algo similar ocurrió en el territorio de Shugurra, pero allí se complicó con la irrupción de tropas de una tercera casa del valle en forma de vasija que rodeaba la ciudad. Esta casa, normalmente, tenía poca influencia en los asuntos vorrianos; se la consideraba como ligada por una especie de dependencia a Shugurra y de ordinario actuaba siguiendo esta norma de acción.

Pero, al encontrar sus tierras invadidas por hordas de soldados shugurrianos enloquecidos que las cruzaban utilizándolas como atajo para llegar a la hacienda de Pwill y no cuidándose demasiado de lo que ocurría a las gentes que encontraban a su paso, la gente de esta tercera casa —llamada Geluid— movilizó su reducido y mal equipado ejército, para con su reconocido valor se enfrentara a los invasores, desempolvando sus escasas piezas de artillería y tratando de obligar á las tropas de Shugurra a retroceder hasta su territorio. Los shugurrianos no advirtieron que habían fallado en alcanzar la hacienda a la que se dirigían. Por lo menos hasta más tarde no se dieron cuenta.

La situación desarrollada a última hora de la tarde, entonces, era así, poco más o menos:

En la ciudad, lucha por las calles, revueltas e intentos ocasionales de llegar al Acre. Varios incendios. Todo el barrio que rodeaba el Acre derrumbado por causa de las minas.

En el lugar donde se inició la lucha, la pelea seguía desarrollándose, con los paracaidistas batallando contra las grandes casas, las tropas de las grandes casas luchando contra sí y contra los paracaidistas, y con intentos ocasionales de bajar a la ciudad desde allí.

En cada una de las grandes haciendas, tropas de la otra casa luchando por abrirse paso contra la resistencia de los paracaidistas y de los efectivos militares residentes, y —por una jugarreta del destino— con los invasores que ganaban terreno en un flanco y los defensores obteniendo progresos en el flanco opuesto. Arrastrados a sus propios territorios, los atacantes por tanto se convirtieron en defensores y lucharon con mayor violencia. Esto pasaba en

ambos lados. En los sitios en los que el retroceso se convertía en descalabro, los atacantes se animaban y cargaban contra los defensores, sólo para descubrir que habían extendido demasiado sus líneas de comunicación y que se habían convertido en presa fácil para las fuerzas defensivas de refresco llegadas desde cuatrocientos kilómetros del interior del territorio de la hacienda que habían invadido.

En la hacienda de Geluid, la situación era mucho más confusa que en los demás lugares —puesto que la artillería de Geluid peleaba disparando a ciegas tanto a los de Pwill como a los shugurrianos y a los paracaidistas, quienes tomando a los de Geluid como aliados descubrieron tardíamente su error— cosa que con toda seguridad nunca llegó a ser analizada de manera correcta.

Había yo ya perdido esperanza de seguir las huellas de la situación y así lo había informado por mi radio portátil, cuando la trampilla del tejado se abrió y yo me volví alarmado.

Me relajé en seguida. Era Olafsson, que venía a ver cómo iba el curso de la batalla, según presumí.

—¿Qué tal va? —le pregunté—. ¡Desde aquí arriba puedo ver, pero no seguir el proceso ! —y añadí animoso—: Será mejor que tenga cuidado... ¡ya me han disparado una vez!

Asintió y cruzó el tejado para plantarse junto al cuerpo de la chimenea y mirar hacia el campo.

—Todo va bien —dijo sin mirarme—. No se ha acabado aún, como debes saber. Tiene su continuación en ultramar... los trabajadores de las plantaciones y los mineros se han alzado en diversas revueltas, las casas celosas aprovechan la oportunidad para ocupar el rico territorio perteneciente a sus rivales. Y en la Tierra ocurre lo mismo, claro.

—¡En la Tierra! —repetí.

—Naturalmente. Nos aseguramos bien que se transmitiera por el subespacio nada más ocurrir la noticia de la destrucción de la Casa de Pwill y la Casa de Shugurra.

Su tono demostraba complacencia, no se le veía muy cansado.

—¿Y qué ha sucedido? —dije, digiriendo las noticias despacio.

—Lo que podría esperarse. ¡Un estado de considerable incertidumbre! Nadie sabe por qué lado hay que saltar o a quién hay que acometer. Si tuvieran algo de sentido común, cargarían contra nosotros, claro.

Me sentí desmayar ligeramente.

—¿Quiere usted decir que... éste es el acontecimiento esperado? ¿El instante de dar la vuelta a la tortilla?

Me dirigió una curiosa mirada.

—Pues claro- que sí —contestó—. Creí que le habías dicho a Marijane Lee que habías recobrado la memoria. Estaba en la creencia de que ya lo sabías.

—Entonces, no la he recobrado por entero —repuse.

El corazón me latía con tanta violencia que temí que me hiciese caer de ,la

atalaya.

—¿Pero basta con esto? —dije—. Admito que una guerra civil hará que Qalavarra retroceda en muchos años, ¿pero qué será del Acre cuando acabe la pelea? ¿Qué hay de las represalias en la Tierra si se enteran ellos de la verdad? ¿Qué acerca de...?

Pude ver que iba a interrumpirme, pero no se le presentó la ocasión. Lo que se lo impidió fue una explosión habida en medio del montón de cascotes que ahora rebordeaba el Acre —probablemente una granada procedente de los cañones de la hacienda de Shugurra. De manera que el artillero cuyo trabajo nos temíamos existía después de todo.

Una segunda granada cayó mientras todavía estábamos mirando la polvareda levantada por la primera y esta vez el impacto tuvo lugar en el linde mismo del Acre, derribando una casita y haciendo que sus vecinas oscilaran por la onda explosiva con todas las paredes rajadas.

Lo que más deseé entonces fue bajar hasta el suelo. Olafsson, sin embargo, se limitó a fruncir el ceño y tomó mi radio. Habló por el micrófono.

—¡Aqui Olafsson! —gritó—. ¡En la atalaya! ¿Cuántos cañones shugurrianos están aún disparando? ¡Porque uno o más ha abierto fuego contra el Acre!

—Dos, hasta hace pocos minutos —fue la cascada réplica—. Una granada de mortero de Geluid acaba de estallar en el mismísimo emplazamiento de una de las dos piezas, según nuestros informes. Advirtieron los de Geluid que giraba para apuntar a la ciudad.

Siguió otro estampido. Esta vez se oyeron gritos y el edificio en que nos hallábamos tembló desprendiéndose algunas tejas.

Olafsson siguió ante el micrófono. Gritó una pregunta que no tenía el menor .sentido para mí.

—¿Y la "*nave*"? —dijo.

—¡Mire hacia arriba... en cualquier momento podrá divisarla!

Olafsson alzó los ojos hacia el cielo nuboso. Seguí su ejemplo de manera automática.

—Espero que sea cierto —le oí decir—. Si así es, con sólo uno de los cañones disparándonos, saldremos de aquí antes de que nos haya hecho mucho daño. Y... ¡Oh, mira eso! ¿Has visto alguna vez una cosa más bonita?

Nunca lo había visto, era verdad.

Dejándose caer por entre las nubes, con la gracia de un pececillo dorado, salió la panza kilométrica de una nave interestelar. Parecía como si el mundo entero se hubiese detenido, indeciso, para mirar al cielo. De no haber oído a Olafsson lo que acababa de decir, habría pensado que se trataba de una expedición de vengadores vorrianos dispuestos a barrer el Acre.

Pero cuando bajé la vista vi que los edificios del Acre habían vuelto a la vida, llenos de gente. Se extendían por los tejados como hormigas, a miles y miles, alzando los brazos y gritando palabras de bienvenida a la nave cuando ésta se detuvo gracias a sus estabilizadores antigravitacionales, con todas las

escotillas abiertas y las escalas de hilo de acero cayendo sobre nosotros como una invitación para que trepáramos hacia el firmamento como un ejército de profetas subiendo a un carro de fuego.

XXI

Mi mente hervía por causa de las innumerables preguntas que allí se agolpaban. Había recobrado parte de mi memoria, ¡ pero no toda, ni siquiera la parte más importante! O quizás es que nunca había sabido la respuesta de aquellas preguntas. Ahora necesitaba conocerla. Había arriesgado mí vida, había puesto mi granito de arena para la consecución del éxito de aquella fantástica operación. ¡Tenía derecho ahora a saber la verdad!

Pero, ¿a quién preguntar? Me veía incapaz de molestar a los hombres sonrientes, pero de rostro rudo que parecían supervisar el embarque de la inmensa carga humana. No me atrevía a molestar a Olafsson; nada más penetrar dentro del ingente navío se enfrascó en un importante trabajo. Y la gente que llegaba después de nosotros —la gente ordinaria, cansada, débil pero maravillosamente feliz del Acre—- no sabría más que yo.

Una vez estuve a bordo, nadie me hizo el menor caso. Era libre para deambular a mi antojo. Caminé, espoleado por el ansia de saber que estaba en una nave tripulada por hombres obediente a la Tierra en vez de a Vorra. Era una de sus naves, claro. Con toda seguridad había sido robada. Cómo se había producido este milagro era otra pregunta que yo deseaba poder formular a alguien. Pero hacer lo que hacen los otros es un juego limpio; pensé en la momia del traje espacial amarillo y esperé que de algún modo, cualquier día, pudiéramos ser capaces de decir a los amigos supervivientes de la momia cómo le habíamos devuelto la pelota a Vorra.

¡Si al menos pudiera encontrar alguien que me lo explicara primero a mí !

Mi errar me llevó hasta otra de las grandes poternas abiertas en el suelo del navío, a través de las cuales la gente del Acre escalaba la libertad. Cuando entré en la escotilla, empujando a los que entraban y que ahora se adentraban en el interior de la nave, vi que había dificultades en una de las escalas pendientes.

Uno de los hombres que supervisaban el trabajo se volvió y me vio mientras se arrodillaba para tender les brazos a algo o alguien que quedaba en el vacío.

—¡Tú! —me dijo—. ¡Tenemos un impedido aquí... échanos una mano!

Me apresuré a adelantarme y me arrodillé a su lado y extendí asimismo los brazos. Casi me caigo de la impresión que me causó ver quien forcejeaba por cruzar el borde de la escotilla... era Ken Lee, el hermano de Marijane, su brazo izquierdo pendía inerte a su costado y de su camisa se desprendía con marcado olor a sangre.

Ni parpadeo, pese a que el dolor de verse izado por la escotilla por sus dos brazos debió haber sido terrible, y *yo* le serví de apoyo para colocarse a un lado de la escotilla donde los sanitarios tenían instalado su equipo de primeros auxilios. Le estaba quitando la camisa cuando me tocaron en el nombro *y* me volví para ver quien era, se trataba de Marijane.

-¿Como está? —preguntó.

Ken había cerrado los ojos para resistir mejor el dolor. Los abrió y sonrió a su hermana antes de volverlos a cerrar. Marijane. se situó a su lado para ayudarme en el delicado trabajo de limpiar la herida.

—¿Qué pasó? —preguntó al joven. Ken respondió sin mirar a su hermana.

—Estaba cerca de la última granada que cayó en el Acre. No sé que tal habrá quedado aquello, pero debe reinar el caos, obuses estallando, fragmentos de piedra y roca... ¿quien sabe lo que más? ¡Ahora todo está en calma!

Medio se levantó al sufrir un ramalazo de dolor. Conseguí una cápsula de gas anestesiante de un sanitario que pasaba atendiendo a varios enfermos; hasta que no la rompí bajo las narices de Ken no recapitulé identificando al sanitario como el sonriente hijo de Kramer.

El trabajo de vendar la herida prosiguió.

—Me alegro de que estés a salvo aquí, Gareth —dijo Marijane al cabo de un rato—. Oí a alguien decir que te habían acribillado mientras estabas en la atalaya.

—Trataron de hacer, pero fallaron —repuse.

—Ha debido ser terrible para tí conocer únicamente la mitad de lo que estaba pasando —dijo. Asentí—. ¿Cuánto puedes recordar?

—Mucho menos de lo que creía.

—Por ejemplo, ¿por qué era tan importante la guerra civil?

—Para... bueno, para trastornar las cosas en Qalavarra, supongo.

—Pero no sólo por eso. Para asegurarse de que nadie estaba en situación de dar las órdenes oportunas de que este navío fuera interceptado, claro.

A lo lejos alguien gritó:

—¡Cierren las escotillas! ¡Ascensión!

Y se oyó una serie de portazos metálicos en todo el navío. No notamos nada, claro; la nave poseía su propia gravedad.

Pero sabíamos que estábamos ya en camino.

—De todas maneras, ¿cómo lo robaron? —pregunté.

—Por el cargamento más ingenioso que jamás se envío desde la Tierra disfrazado como mercancía de primera necesidad para los habitantes del Acre.

La mire parpadeando.

—¡Si! ¡ La carga! Esta vez, el cargamento con que esta nave zarpo de la Tierra consistía en un robot programado para arrebatar el control de este navío de las manos de su tripulación vorriana. ¡ Y lo consiguió! Abrió las compuertas mientras se instalaba en órbita en torno a Qalavarra, así se desembarazo de los cadáveres de la tripulación, luego adoptó un rumbo atmosférico que nos lo trajo basta encima del Acre, allí abrió las escotillas y dejó caer las escalas que previamente había instalado; también se deshizo del cargamento que no nos servia a nosotros. El robot lo hizo todo.

—Y los vorrianos nunca llegaron a sospechar —dije. Sentí un escalofrío de admiración ante la magnitud de aquel plan.

—Claro que no, los pobres locos estúpidos —terminó Marijane con el vendaje de manera experta y me indicó que la ayudase a tender a su hermano en el suelo, donde estuviera más confortable.

Obedecí, mirándola fijamente. Dije:

—¡Todos habláis de los vorrianos tratándoles de *"pobres locos estúpidos"*—estallé—.

Después de lo que ellos nos hicieron a nosotros, después...

Me interrumpí. Ella me miraba asombrada

—¿Quieres decir que...? —dijo—. ¡Pero no es posible que tú... !

—¿El qué? —demandé—. ¿El que no puedo yo?

Sonaron pasos detrás de mí. Oí que Olafsson me llamaba por mi nombre.

—¡ Shaw! Me alegro de verte. Me imagino que tienes cantidades de preguntas que hacer.

—Marijane me estaba proporcionando las respuestas —contesté con aspereza—, Pero la última no me satisfizo.

Se lo expliqué. Le conté lo de la momia ¿el traje espacial amarillo, lo del hechicero, lo de la pretensión vorriana de haber sido ellos quienes construyeran por si mismos aquellas naves. Olafsson me escuchó con una débil sonrisa asomándosele a los labios.

Cuando hube terminado, dijo:

—Oh, sí, sabemos lo de ese culto. Es una sarta de tonterías, claro.

—¿Tonterías? —repetí azorado—. Pero yo vi.., aquella momia con un traje espacial...

—Artificial —dijo lacónico Olafsson—. Mira, tienes razón al decir que para los vorrianos era insufrible admitir que ellos no construyeron por sí mismos sus naves y sus armas. La verdad es que no lo hicieron tampoco. ¡Pero piensa! ¿Cómo, por qué medios concebibles pudieron haberlo robado a los miembros de una civilización superior? ¿Cómo pudo un puñado de bárbaros semifeudales conquistar una flota de espacionaves interestelares con armamento superior incluso al nuestro en la Tierra? ¡No pudieron!

—Lo que significa —terció Marijane con voz clara—, que las naves les fueron *“regaladas”*.i

—Y el culto que descubriste, con la momia del traje espacial como símbolo, fue inventado por los soldados de Qalavarra como parte de una mitología heroica concerniente a su imaginaria victoria sobre un enemigo inexistente —terminó Olafsson—. Una especie de ficticio honor bélico para que las tropas lo llevaran como estandarte.

—¿Regaladas? —dije al cabo de un rato—. Pero... ¿quién pudo regalarles las naves? —apenas pude identificar mi propia voz.

—Todavía no lo sabemos —repuso Olafsson, serio y autoritario—. Mientras lo averiguamos, en alguna parte de la galaxia hay una raza de seres inteligentes, muy adelantados, muy poderosos y muy, pero que muy crueles. Una raza que puede tratar a los vorrianos como cochinillos de indias en una especie de vasto experimento de laboratorio y a los que no les importa que

nosotros los de la Tierra podamos sufrir las consecuencias.

Presumimos que algún día se les ocurrió a esas inteligencias averiguar qué pasaría si a un planeta lleno de bárbaros se les suministrase de repente una flota de naves estelares y de armas adecuadas a dichas naves. La elección del sujeto de su experimento recayó en Vorra. Y probablemente volverán dentro de un siglo o dos para averiguar los resultados. O quizás han perdido ya todo interés, o puede que tengan los datos que necesitan y no hayan querido molestarse en arreglar el caos que dejaron detrás. Y los pobres e inocentes vorrianos, forcejearon para hallar el significado de una situación que no era originada por ellos... demasiado ambiciosos para renunciar a lo que se les había dado, demasiado retrasados para extraer de ello consecuencias ventajosas, demasiado incivilizados para comprender nada. Por eso mostraron tanto interés en nosotros, y trataron de copiarnos aun cuando ello entrañara algo que iba contra el meollo de sus instintos bárbaros naturales. Porque aquí estamos, gentes como ellos mismos —con toda evidencia más iguales a los vorrianos que a los constructores de estas naves— y que hemos inventado solos naves espaciales, que casi les derrotamos en la batalla y que pese a cómo trataron de desintegrarnos, siempre volvíamos a subir. Pero habría costado demasiado tiempo el esperar a que ellos admitiesen que deseaban recibir lecciones nuestras. Por que, mira, los constructores de estas naves podrían haber vuelto antes. Dudamos que esto se produzca antes de un siglo a contar desde ahora. Cuando vuelvan, sin embargo, queremos ser capaces de demostrarles lo que pensamos de ellos. Deseamos hablarles en términos que comprendan. Por eso volvemos a la Tierra. Llevará tiempo limpiar los residuos dejados por los vorrianos, pero para cuando aterricemos espero que los hayan reducido a bolsas aisladas de resistencia. No recibirán de su patria ninguna clase de ayuda coordinada... no hasta que acabe la guerra civil y eso llevará meses, puede que años. Y desde que nos ocuparon, hemos aprendido cuantas triquiñuelas sabían ellos y otras muchas de nuestra propia invención. ¿Sabes algo acerca da la historia terrestre?

La súbita pregunta me pilló por sorpresa. Estaba allí de pie, con los ojos cerrados, escuchando —notando cómo los hechos casaban en los agujeros de mi mente que los esperaban, dándome cuenta de que mi memoria se recuperaba por entero a medida que reaprendía las verdades que tuve que esconder con la ayuda de los comprimidos de olvido para que no las descubriesen los vorrianos— y escondido en mí mismo. La sensación era maravillosa.

Balbucí una respuesta.

—¡Claro que si! Pero, ¿qué pasaje en particular?

—Una vez los mongoles invadieron y conquistaron China, una horda de bárbaros arrolló a una grande y antigua civilización. Como símbolo de servidumbre, los bárbaros impusieron a los chinos la obligación de llevar una larga trenza. Al cabo de doscientos años los más altos mandarines del país lucieron con orgullo aquellas trenzas vejatorias. Es un modo lento de ganar

una guerra. Pero es el único modo de ganar la guerra de manera permanente y estable y, lo bueno de eso, es que es la clase de guerra en la que el lado mejor termina venciendo.

Alguien vino en busca de Olafsson y se lo llevó para que atendiese algún problema originado entre los refugiados. Cuando se hubo ido, permanecí en silencio largo rato, pensando en los constructores de las naves —la gente (¿gente?) de allá fuera de la galaxia cuya vasta y fría inteligencia nos consideraban como meros animales.

Eran evidentemente ricos más allá de toda imaginación posible puesto que podían regalar con facilidad una flota que ni siquiera toda la industria de la Tierra podría construir jamás. Eran evidentemente poderosos ya que podían permitirse el lujo de utilizar planetas como mesas de laboratorio para sus experimentos. ¿Cómo podíamos esperar competir con ellos, ni aún dentro de cien años? ¿Acaso no les iba a ser posible barrernos por completo en un gesto de disgusto por haber desviado los cauces de su experimento?

Claro que no. Un experimento se realiza por el azar de obtener sus resultados, cualesquiera que éstos puedan ser. Si uno no quiere ver los resultados, es mejor no experimentar en absoluto. Me acordé de una historia muy vieja en verdad, sobre un psicólogo que colocaba a un mono en una habitación cerrada y al cabo de un tiempo atisbaba por el ojo de la cerradura para ver lo que había conseguido hacer el simio.

Y que desde el otro lado del ojo de la cerradura vio que el mono le estaba mirando.

Sin darme cuenta me puse a reír.

—¡Hola, aquí me tienes mirándote! —dije en voz alta y como dirigiéndome al espacio.

—¿Qué? —preguntó Marijane, con la cabeza ladeada y mirándome interrogativa. En sus labios se dibujaba una sonrisita.

—Nada —respondí—. Estaba pensando. Digamos que tengo una idea. Vamos a dar un vistazo por la nave. Después de todo, es el primer navío interestelar de la Tierra en su viaje inaugural y eso es toda una ocasión memorable.

Se echó a reír y se volvió para caminar a mi lado. La cogí de la mano.

FIN